

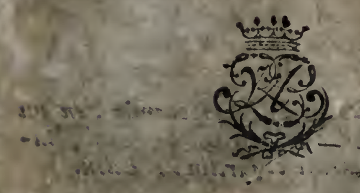
LA MUERTE DE ABEL VENGADA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ACOMODADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DOÑA MAGDALENA FERNANDEZ Y FIGUERO.



MADRID. MDCCCIII.

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE IBARRA.

Con licencia.

PERSONAS.

ABEL.
CAIN.
ADAN.
EVA.
TIRSA, MUGER DE ABEL.
MEHALA, MUGER DE CAIN.
LOS HIJOS DE ABEL Y CAIN.

La escena es en la M[illegible], en un sitio algo distante del [illegible]enal, llamado antig[illegible]amente el jardi[illegible]

ACTO I.

Pais agradable y pintoresco conforme á los tiempos primitivos del mundo, y proxîmidad al paraiso terrenal. Entre bosques y árboles asiáticos se ven tres cabañas rústicas y empieza á amanecer.

ESCENA I.

Tirsa siguiendo á Abel, que sale de su cabaña.

Tirs. Apénas, querido Abel, el alba rie:
¿donde mi e[illegible]oso vas, sin que al Eterno
di[illegible] la [illegible]ion que cada dia
lo[illegible] unicos [illegible]rtales le ofrecemos?
¿Por que [illegible]s brazos y tus tiernos hijos,
tu amab[illegible] y e[illegible] tranquilo sueño,
ántes [illegible]po el sol le dé la vida
dexas [illegible]r siempre el primero?
¿Que[illegible] [illegible]pertar el verde prado?
[illegible] del zéfiro ligero
si [illegible] sutil el paxarillo
duerme y se columpia á un mismo tiempo.
Entorpecidos yacen los humanos:
Adán y Eva y Cain y el universo
duermen profundamente. ¿Acaso quieres,

ántes la aurora saludar que ellos?

Ab. En este instante Cain aún duerme, Tirsa:
¡ó si de un sueño dulce y lisonjero
dispertase mas justo, y á mis brazos
con el ardor volara que le espero!
Esta es la pena que de ti me aparta.

Tirs. Tu hermano, dulce Abel, por un secreto
y maligno rencor huye tu vista;
¿y piensas inspirar tu amor fraterno
al que su gloria pone en despreciarte?

Ab. ¡O Dios piadoso! si del alto cielo,
donde sentado sobre el trueno mandas,
y atónito obedece el firmamento,
te dignas escuchar la voz sumisa,
el triste voto, y el humilde ruego
de un padre pecador arrepentido;
haz, árbitro del mundo, que sincéro
el corazon culpable de mi hermano
renuncie para siempre aquel protervo
é inflexîble furor, que injustamente
esconde contra Abel: haz, Dios supremo,
que su error detestando y su malicia,
de la natura siga el órden recto,
y abriendo el corazon que me ha escondido,
ame á su hermano, como amarle quiero.

Tirs. ¿Su ternura obtener? no, no lo creas.
¡Que mal conoce Abel aquel funesto
y empedernido pecho destinado
á un duro corazon de mármol hecho!
Ocupado el injusto en los campestres
trabajos y fatigas, que su esfuerzo

pre-

prefiere con teson, ha conseguido
ser insensible y altanero y fiero,
con horror zeloso, sin virtud sombrío;
orgulloso, cruel, vano y soberbio.
Es molicie á sus ojos la dulzura,
flaqueza el llanto, y el deleyte un peso:
huye de todos siempre furibundo,
aborrece la luz, y allá en el centro
de las obscuras cuevas y cavernas,
donde sepulta en tenebroso lecho
con su alma delinqüente y sospechosa
justísimo roedor remordimiento,
maldice su exîstencia... El desgraciado,
zeloso de tu dicha y siempre lleno
de envidia á tu virtud, osado insulta
el cariño que todos te tenemos.
A aquel cuidado que de ti el ganado
recibe por tu amor y tu desvelo,
con brazo fuerte y mano endurecida
los suyos él opone, mereciendo
coger por su trabajo sazonados
frutos de maldicion del fértil suelo.
Esta ferocidad que tú, Abel mio,
nunca vencer podrás, los mas horrendos
debates va á causar... Si te aborrece,
si de ti huye, y huye de sí mesmo,
gozar le dexa en su culpable angustia
delicias raras de un placer funesto.
Sí, mi querido Abel; te aman tus padres,
tu tierna hermana adora tus preceptos,
te honran tus hijos; y el Señor, que siempre
con

con paternales ojos ve el incienso
que quemas en su altar, te oye benigno;
¿pues que falta á tu dicha...? En estos bellos
sitios de paz, sembrados de dulzura,
siempre de tu memoria esté Cain léjos.

Ab. ¡Ah mi adorada esposa! de mi hermano
la amistad necesito, y á ella anhelo.
Estos sitios regados por la dicha,
honrado del Señor mi humilde ruego,
de mis queridos hijos los transportes,
y tu amor sobre todo, verdadero
tesoro de tu esposo, son sin duda
cada dia para Abel placeres nuevos;
pero si aborrecido de mi hermano
mi vista evita, y huye mis afectos,
en tus brazos hallar puedo tan solo
inquietas dichas, gozos imperfectos.
¡O ternuras primeras de la infancia,
momentos dulces, venturosos tiempos!
Cain amaba entónces á su hermano,
unía grato sus juegos á mis juegos;
los mismos eran de los dos entónces
deleytes, esperanzas, sentimientos.
La mano de un hermano ¡ay! enxugaba
llantos que el otro reputaba eternos:
uno en brazos del otro siempre estaba;
y estas venturas por mi mal huyéron.
Hoy se esconde, me insulta y tal vez puede
por causa oculta detestar mi zelo.
Sígole siempre; mas siempre de mí huye
con la misma inquietud que le estoy viendo.

Vuel-

Vuelve, ingrato, y abjura tus errores,
mi corazon te busca; ¡mas que léjos
de vengar mis afrentas! No... te busco
con el beso de paz á tus pies puesto.

Tirs. La esposa de Cain bañada en llanto
viene á nosotros... su pesar recelo.

ESCENA II.

Abel, Tirsa, Mehala.

Ab. Pintada la amargura en tu semblante,
mústio el color, y palpitante el pecho...
¿que nos quieres decir? habla Mehala.

Meh. Esposos venturosos.. Ah! ¡que opuestos
nuestros destinos son! horas dichosas,
amores castos, puros y serenos
os cupo en suerte; y yo, desventurada,
en profunda noche y en eterno duelo,
pierdo sin fruto, y sin cesar llorando,
la inútil queja que se lleva el viento.

Ab. ¿Que penas, pues, te afligen?

Meh. ¡Ay hermano!

Ab. Dínos la causa de tu mal secreto.

Meh. ¿A la esposa de Cain se lo preguntas?
Hace el amor mis dichas; ¡mas qué acerbo
es el dolor de ver á mi adorado
en sus jóvenes años baxo el peso
de un ódio abrasador que le devora
y lo arrebata de mi lado y lecho!
¡Que horrible ha sido para mí esta noche!

Quan-

Quando del sueño sus cansados miembros
estaban ocupados, de repente
abre los ojos, y con grito horrendo
del lecho salta, oprime furibundo
la tierra con sus pies, se hiere el pecho,
y contra Dios venganzas provocando,
en blasfemias prorumpe al cielo vuelto.
Con horrible conjuro invoca el rayo;
la muerte llama, y entre mil esfuerzos
quiere salirle al paso. Temí entónces
ver á sus pies abierto ya el infierno,
lanzado ¡ay triste! el rayo en su cabeza
y el techo criminal para escarmiento
de las razas futuras abrasado,
y á sus hijos y á mí con él envueltos.
Trato de apaciguar con mis suspiros
la infanda rabia que le quema el pecho:
prosternada le lloro, mas en vano;
desprecia mi dolor, huye... á lo léjos
feroces gritos daba semejante
á un tigre que de sangre está sediento.
Sigo sus pasos, mis brazos le extendia;
pero siempre furioso, y siempre huyendo,
quiere... manda que nadie le persiga...
túvome allí su voz... ya no le veo.
Evitemos su ruina al desdichado.
Ab. La virtud llora por tus ojos bellos,
esposa digna de mejor ventura:
tu mal contigo todos llorarémos.
¡Hermano desgraciado...! Pero dime,
¿qué será de Cain ya? tal vez opreso

de

de su rabia fatal se ha despeñado
desde selvage roca ; ó si el exceso
del mal sostiene su exîstencia triste,
el torrente , los riscos verdinegros,
solo., y en vano escucharán sus quejas;
voz de eterna amistad sus dulces ecos
necesita atender. ¡O quien supiera
el sitio que lo oculta! á sorprehenderlo
iría en su afliccion , y si mi auxîlio
inútil era , y á su mal molesto,
aumentaria mi llanto con el suyo.
Entónces sí, que el puro y verdadero
amor de Abel sabrá recompensarme.
¿Que digo entónces...? Quando lisonjero
seducido de mi ternura extrema
logre ver sus transportes ménos fieros,
acaso me amará qual me aborrece...
qual me aborrece... ¿pero será cierto?
Habla, Mehala, responde á mis temores.
Nada calles : yo sé que soy objeto
de su cólera... dí... salga del labio
la funesta verdad.

Meh. Abel , no puedo
tus dudas aclarar: ¿debe Mehala
descubrir de su esposo los secretos? (cho

Ab. ¡Desgraciada! te entiendo , harto me has di-

Meh. Si te parece Cain mas descontento
de ti , querido Abel , no, no le niegues
aquel sencillo amor que en otro tiempo
tan digno premio fué del que te tuvo;
y al hacer la oracion al Ser Supremo,

no

no contra Cain invoques su justicia.

Ab. Yo contra Cain pedir...¡Ah cruel! qué léjos
estás de conocer de Abel el alma:
he llorado por él, y por él ruego.
Si estuviera su perdicion prevista,
buscara la ocasion, y puesto en medio
del rayo disparado, y de mi hermano,
con fiel resignacion prestara el pecho.
Améle tiernamente, y cada instante
por mi delicia mi cariño aumento.
Aquí debe venir, al punto mismo
que mis ojos le encuentren, corro, vuelo,
á su cuello me enlazo y con ternura
para mas sosegar su injusto ceño;
quanto puede inspirar un amor puro
á un tierno hermano, le diré gimiendo.
Sin duda ha de venir, sí, pues ya la hora
de la oracion se acerca.

Meh. Hermano... temo...

Ab. ¿Que tienes que temer? ¿El insensato
negará su oracion al Ser Eterno?

Meh. Yo conozco á Cain, y mis anuncios...
esposo desgraciado.

Tirs. Nuestros deudos,
con nuestros padres, y con nuestros hijos,
unidos llegan para que empecemos
la oracion al Señor...

Meh. Mi esposo tarda.

ESCENA III.

Adan, Eva, Abel, Tirsa y sus hijos, Mehala y sus hijos.

Ad. ¡O vosotros, mortales! los primeros
de las razas futuras, y de quienes
el mundo ha de salir: míseros tiernos
hijos de Eva y Adan, hijos nacidos
de mis hijos tambien: tristes objetos
del furor del gran Dios por el pecado;
al pie postrados de su trono excelso
con ánimo contrito le ofrezcamos
votos humildes nuestro pobre ruego.
Quiera con mano protectora y tierna
al hombre errante siempre, del sendero
del vicio separar... ¡pero que miro!
Cain nos falta, mis hijos, y el primero
debiera á la oracion haber venido.
¿Donde tu esposo está? *á Mehala.*
Meh. Su mismo esmero
con que trabaja por el bien de todos
al campo le llevó: despues no ha vuelto.
Ad. ¿Mas al punto vendrá?
Meh. Lo ignoro, padre.
Ad. ¿Lo ignoras, hija? ¡Que presentimiento
asusta el alma inquieta y temerosa!
¡Tu confusion... tu angustia... macilentos
tus ojos tristes de llorar cansados!
ya todo me lo han dicho: el mal es cierto.
¡Hi-

¡Hijo de perdicion! ¡O culpa enorme!
Ev. Desdichada de mí, fruto funesto
del pecado que aún lloro amargamente.
Ad. Mi indignacion...
Meh. ¡Ah padre, deteneos:
bien sabeis todos la inquietud, la pena
que á mi esposo le arranca de los tiernos,
castos conyugales brazos de Mehala,
y en bosques solos, lúgubres y espesos
busca la soledad: los mismos males
que oprimen tanto su doliente pecho
encadenan sus labios, y á ninguno
de su dolor revela los secretos.
Si Cain se ausentó, mi amado padre,
es para sufrir y llorar á un tiempo:
tu gracia invoco, su perdon te pido.
Ad. ¿Pudiera ser capaz de un ódio eterno
el padre que á sus hijos ama tanto?
Así al culpado perdonara el cielo
como yo le perdono.
Ev. El ódio horrible
que á su hermano le tiene, es un veneno
que en su sangre fermenta y le consume,
le roe el corazon, que tiene enfermo.
Nace la luz del sol, y ya culpable
Cain parece á los ojos del Eterno!
Ad. Sin él la súplica empecemos, hijos.
Ab. Esperad, si quereis, otro momento,
que á buscar á mi hermano me apresuro
por sendas desusadas: evitemos,
si es posible, su error y su desgracia.

¡Con que dolor, con que amarguras veo
la cólera de Dios en su cabeza,
si él solo ausente la oracion hacemos!
No, mi hermano querido, te amo mucho
para dexar de prevenir tus yerros.
¿Por que senda dirigiré mis pasos...?
¿en donde le hallaré? ¿donde? en mi seno:
mi corazon me guia... sí... ciertamente
encontraré á mi hermano, y al respeto
volverá de toda su familia:
recogerán sus lágrimas mi aliento;
y uniendo mi amistad á su disgusto,
á los pies le traeré del Ser Supremo.

Meh. ¡Ah generoso Abel!

Ev. ¡Como, el ingrato,
puede insensible ser con este exemplo!

Ab. Cerca está del abismo, y por salvarle
olvido su rencor, su ódio desprecio:
ni debo ver los daños que me causa
precisado á acudir á su remedio:
voy, padre, á sostener su virtud débil.

ESCENA IV.

Adan, Eva, Mehala y sus hijos,
Tirsa y los suyos.

Ad. Mira insensible Cain los sentimientos
del hombre á quien detestas: tú le afliges
con ódio injusto, miéntras él con tierno
y compasivo corazon te busca:

in-

insensato mortal... hombre perverso!
Dos hijos tengo; pero que distante
de la virtud del uno al otro veo:
éste es todo dulzura, compasivo,
dócil, sencillo, religioso y recto,
igual á un ángel que la paz anuncia
por órden del Señor al universo:
melancólico el otro, alimentado
de la sospecha, del rencor, del miedo,
en sus transportes será tal vez un dia
del enojo de Dios el instrumento.
Mi senectud será por él turbada,
y las profundas llagas que mi seno
cancerán poco á poco, sus delitos
en el sepulcro ya me hubieran puesto
si sobre ellas mi Abel no derramara
bálsamo saludable del consuelo.
Mas ¿por que he de quejarme de mis hijos
siendo todo de mi pecado efecto?

Ev. De tus penas, Adan, y desventuras
sola soy responsable, pues el cielo
fecunda quiso hacerme por desgracia.

Ad. ¿Pues que falta contra el Señor has hecho
de que yo esté inocente? ¡Ah esposa mia!
tú fuiste en el mal que hoy padecemos
solamente culpable la primera.

Ev. De esa memoria nace mi tormento:
todo dice á mi amor que en el abismo
te encadenáron mis culpables yerros;
yerros culpables que el Señor condena,
y á tus hijos un mal causan eterno.

En

En este bello Eden, en este asílo
por Dios criado para retiro nuestro,
corrian dichosos en deleyte puro
tranquilos años de esperanzas llenos.
Yo perdí sola... ¡ay triste! por mi falta
á mis hijos y á tí, y al mundo entero.
¡O dia cruel! ¡ó castigo! sobre un trono
de encendidas nubes por los ayres veo
á un Dios terrible armado de centellas
descender y juzgar, qual juez severo,
las débiles criaturas. Ahora escucho
su voz terrible sentenciando recto
nuestros perjurios, y anunciar la muerte
(á cuya vista temblará el protervo)
á este género humano que ya debe
de nosotros nacer. ¡O dia tremendo!
¡ó terrible dolor, ¡ó culpa enorme!
Estais heridos del fatal decreto.
Esposo... amados hijos... todos, todos
vengaros... y vengad al universo:
contra mí á todos os junta mi delito:
maldecidme, hijos mios.

Meh. Con que extremos
querеis nuestro pesar hacer mas grave:
¿maldeciros nosotros...? Ah! que léjos.
Bendeciros... y bendeciros siempre.
Dexad esa memoria, cuyo aspecto
nos hiere á todos. Si tan grandes bienes
destruido habeis en un fatal momento
de flaqueza, nosotros los miramos
dulces, gratos en vuestro amor materno.

Tirs.

Tirs. Abel viene, miradle...
Ev. Solo y triste;
señalès ciertas del dolor que temo.

ESCENA V.

Adan, Eva, Mehala y sus hijos, Tirsa y sus hijos, Abel.

Ad. ¡Amado Abel! ¿por que tan pensativo?
¿no encontraste á Cain?
Ab. Pluguiera al cielo,
así de este modo el golpe evitaria
de su furia infernal.
Ad. ¿Pues que te ha hecho?
Ab. Al pie de esa montaña en una cueva
mordiendo el polvo con furor le encuentro:
me arrojo á consolarle: no ignorais
el corazon de Abel: sus sentimientos.
Te esperamos (le dixe), amado hermano,
para hacer la oracion al Ser Supremo.
No osaré repetir su horrendo crímen;
pero por recompensa y digno premio
del fraternal amor que por él tomo,
la amenaza en la boca, ronco el eco,
y la rabia en sus ojos, me maldice
con palpitante bárbaro despecho.
Luego me prohibe á mí (¡mísero hermano!)
seguir sus pasos, ni atentar sus zelos.
A esta postrera voz desaparece
huyendo de mi vista mas ligero

que de la hoguera, quando el humo sale,
si es agitado por furioso viento.

Ad. ¿Huye de ti tu hermano? ¿á Dios ultraja?
¿pues no teme el ingrato el triste exemplo
que doy á todos con mi fatal caida?
¿Así quiere el favor perder del cielo?
¿su cólera irritar?

Ab. Mi hermano acaso
á vuestra instancia...

Ad. Sí... resuelvo verlo:
mi voz paterna encenderá en su alma
la piedad santa, que el injusto ceño
de un corazon malvado ha suspendido.
Postrados, hijos, todos invoquemos
del Hacedor del mundo los auxîlios.

Todos de rodillas ménos Adan.

Dios de Adan y de Abel, Señor excelso,
robarte quiere Cain, por afligirme,
el tributo de amor y de respeto
que cada dia debemos ofrecerte
los hombres todos como á Señor nuestro.
Yo obligaré al culpable á sus deberes:
haré que los conozca, mi Dios... Pero
si en este sitio, donde tu justicia
de Eden me ha desterrado, al fin merezco
una mirada de tu gran clemencia,
haz que enternecer pueda yo el fiero
y helado corazon de aquel ingrato.
A mis discursos presta encantos nuevos:

abre á mis voces su alma comprimida:
rinde á este yugo humilde aquel soberbio:
prostérnale á tu altar, y que mudado,
pueda ser como Abel tan santo y bueno.
Todos. Auxîlia, Dios piadoso, al desgraciado;
merezca tu perdon por nuestro ruego.

ACTO II.

La escena representa una llanura con algunos árboles, donde se ven señales de la agricultura nasciente, y dos altares erigidos en una eminencia á cierta distancia el uno del otro.

ESCENA I.

Cain trabaja la tierra con una quixada.

Cai. Al trabajo, y á un ódio inextinguible
condena el cielo mis marchitos años:
en tierra la cerviz, doblado el cuerpo,
de continuos sudores inundado,
el suelo estéril que con penas rompo,
maduro el fruto da por mi cuidado:
del sol me abrasa el peso, me devora;
¿y que hace ahora Abel, el adorado
de toda su familia? Muy tranquilo
baxo la fresca sombra de algun árbol
goza indolente de un reposo inútil,
ó alegre canta en pos de sus ganados:
vendrá la noche al fin, y quando al seno
de ámbas chozas con paso lento y tardo,
del sueño dulce que huye de mis ojos
se acerquen los instantes deseados,

Abel será colmado de caricias,
y yo que por todos sin cesar trabajo,
dexaré en tierra lleno de fastidio
el peso de mis miembros fatigados.
Este es el fruto, ó Cain, de tus labores,
tú sustentas con tu trabajo á ingratos...
Huye léjos de mí, vil instrumento,

Arroja la quixada.

signo de esclavitud; y ahora volvamos
por mi furor á ver al exêcrable,
al preferido é idolatrado hermano,
cuyas virtudes tanto se ponderan.
Que aspecto el suyo tan afeminado,
que Adan llama dulzura: ¡con que tono
lleno de molicie inútil, blando,
nos quiere ponderar los atractivos
de su amable virtud y de su encanto!
¡con que baxeza vino á suplicarme!
Ah! ¡que debilidad! y sin embargo
nada le aflige y sabe ser dichoso:
todos sus juegos, sus risas, y sus cantos,
á la ventura conspiran de sus dias
y de sus flacos femeniles años.
Y yo en el mundo solo y sin consuelo,
en un momento de cólera criado,
aborrecido de Dios y de los hombres,
de negros pensamientos circundado,
maldiciendo mi mismo nacimiento,
del peso de mi esencia fatigado,

mal obtenido un sueño doloroso,
y comprándole á fuerza del trabajo;
al mismo extremo reducido estoy
de aborrecer con corazon dañado
naturaleza, padres... á mí mismo;
mis tristes años, de llorar cansados,
anticipados males que el infierno
para mí solo tiene destinados.
Mira aquí, flaco Adan, tu obra funesta:
si no hubieras vendido en nuestro daño
la voluntad del cielo, hoy vivirian
tus hijos todos venturosos años
en paz, felicidad y en inocencia:
yo por lo ménos en aquel estado
no tendria que quejarme... mas entónces
sería mayor el ódio por mi hermano.
Sí: aborrezco al Señor que Abel adora,
no le suplico ya... no ya le llamo,
seguro que mis súplicas no atiende,
pues mis ruegos espiran en mis labios.
¡Que importuno á mis ojos es el dia!
Brillante antorcha, que en lucientes rayos
los orbes todos de la esfera envuelves,
el necio Abel te admira, yo me aparto
de tu funesta faz... sí... te detesto:
la noche lúgubre, y su obscuro manto,
es para mí mas dulce que á la oveja
el pasto tierno de los verdes prados.

ES-

ESCENA II.

Cain, Adan.

Ad. ¡Cain, hijo mio!
Cai. ¡Que miro! Adan es éste,
digno padre de todos los humanos. *ap.*
Padre...Señor... ¿que espanto en vuestros ojos
amenazando está? Solo mi hermano
y su presencia os llena de contento:
mis tristes ojos se hallan condenados
siempre á mirar en la irritada frente
la amarga correccion, el duro trato.
Ad. Tú la lees en mi frente, y la mereces.
Cai. ¿Y el paterno amor no, mi padre amado?
¿tan solo es debido ese sentimiento
á vuestro hijo Abel?
Ad. ¡Como tu labio
de mí se queja tan injustamente!
tú eres mi hijo como Abel, os amo
y sois los dos á un mismo tiempo iguales
luz de mis ojos, de mi vida encanto.
Tú sí, injusto, que no amas á tu padre:
ese negro rencor que te hace ingrato,
inflexîble y soberbio, me presenta
la pintura afrentosa, el triste quadro
de la discordia entre mis dos hijos,
castigo justo del primer pecado.
Que irritado el Señor hiera á su gusto
la frágil obra que sale de sus manos

y ultraja su bondad, enhorabuena,
postrado rindo con respeto santo
mi criminal cabeza; ¿pero el hijo
mayor de un padre tan desventurado
su dolor aumentar debe y su pena?
¿que he hecho yo contra ti, ciego insensato,
para que así mis canas amancilles?

Cai. Siempre quejas, suspiros, baldon, llanto:
conoced para siempre á vuestro hijo.
El desgraciado Cain ama á su hermano,
y á su padre tambien... Mas no ignorais

Con amargura.

que inclinado á los riesgos y al trabajo,
la continua fatiga y el retiro,
enérgico me han hecho, no inhumano.
Con repetidos surcos he vencido
la aridez de la tierra, y destrozando
con obstinada mano sus entrañas,
pingües tesoros para vos le arranco.
Por resguardar del sol y de la lluvia
nuestros cuerpos, que Dios nos ha dexado
desnudos é indefensos, ¿quantas veces
entre riscos, con saltos despeñados,
el leon y el tígre, en súbito combate,
su ancha piel con el alma me dexáron?
pero á fuerza de triunfos, sin saberlo,
sus maneras feroces me han quedado.
Por otra parte, Señor, bien conoceis
mi triste corazon emponzoñado

de un dolor importuno que me obliga
á aborrecer el peso de mis años:
hoy mi tristeza es mucho mas penosa...
tiemblo á mis solas con oculto espanto...
lúgubres pensamientos me persiguen...
no me sentí jamas tan fatigado.
Mirad por qué Cain algunas veces
se niega á vuestro amor, teme el descanso.
Si el cielo me ha hecho duro, insoportable,
mia es la disposicion y suyo el daño.
Ad. Te engañas, infeliz, el daño es tuyo,
seguro efecto de tu genio amargo.
Su víctima te han hecho tus pasiones,
¿por que á vencerlas no aprendes de tu her-
Cai. A cada paso Abel... *ap.* (mano?
Ad. ¡Con que respeto
en las aras ofrece su holocausto!
Mas tú, culpable, el homenage justo
has negado del voto acostumbrado;
y bien léjos de espiar este delito
¿te atreves, orgulloso temerario,
acusando la sabia Providencia,
á penetrar profano en sus arcanos?
¿Que esperar puedes de audacia tan impía
punto invisible de asqueroso fango?
¿Quieres hallarte por su voz terrible
reducido á pavesas, vuelto en átomo?
Cai. Que cayga sobre mí la omnipotencia,
truene la nube... yo bendigo el rayo
destructor de mi mísera exîstencia.
Estoy ya de la vida tan cansado,

tanto á mí mismo me aborrezco, y temo
que la muerte espantosa, ahora acabando
de mi cansáda vida la carrera,
sería á mis ojos el placer mas caro.
Nací de una muger, cuya flaqueza
perdiéndonos, á Dios dexó indignado;
y el peso de los males que destina
su terrible poder á los humanos,
en mis débiles hombros é indefensos
dsploma entero con potente brazo.
Ad. Ese Dios vengador, es Dios piadoso,
y ántes al hombre que cayó en pecado,
el gran tesoro de su pura gracia
le abre con liberal y franca mano:
participa estos bienes qual nosotros,
que si los buscas, tú podrás hallarlos:
el recto Juez perdona á quien se humilla;
y si castiga al hombre temerario,
como padre el perdon ántes le ofrece.
¿Acusas su bondad? huye, profano,
murmura solo, donde no te escuche;
pero dime por qué. ¿No te ha entregado
quanto naturaleza á tus sentidos
embelesa y hechiza con su encanto?
¿No te ha dado tambien gustos mas dulces,
sentimientos de gozo acompañados?
¿tu tierna amiga y cara compañera
para endulzar tus penas y trabajos?
¿No tienes hijos que á su padre abrazan?
¿Que te quejas del cielo sacrosanto
viéndote esposo y padre á un mismo tiempo?

Si Dios un corazon, hijo, te ha dado
para gozar te ha hecho: abiertas tienes
todas las fuentes de contentos gratos:
no vayas á exhalar la amarga queja
de tus padres y amigos apartado.
¡Ay del que solo se ve! en su retiro
irrita su dolor, no halla descanso.
La soledad mayor hace los males:
vuelve á nosotros á gozar el santo
deleyte de amistad y compañía,
feliz serás como en tus tiernos años.
¡Yo te ví mas dichoso en otro tiempo!
Cai. Dichoso yo? en otro tiempo..? quando..?
Ad. Quando amabas á Abel.
Cai. Ya le aborrezco. *ap.*
Ad. Entónces te encontrabas á su lado
mas tranquilo y sereno, y tu alegría
era de nuestro asilo un santo ornato:
un maligno rencor de tu familia
la paz con la ventura ha desterrado:
para siempre la vuelve, hijo querido:
mira en lágrimas tiernas anegados
los tristes ojos de tu viejo padre;
Mira mi cuerpo trémulo, enervado,
baxo la carga inmensa de los males
que á su cercano fin me está llamando.
Yo bien quisiera, Cain... de ti lo espero,
reconciliaros ántes. Este quadro
de tan deseada paz mi hora postrera
dichosa me la hará, y en los amargos
momentos de espirar diré contento:

ya son amigos...? pues en paz muramos.
No puedes negar, hijo, esta gracia
que te pide tu padre con su llanto.
Despues querrás á Abel. Si conocieras
su corazon, el íntimo cuidado
con que aplacar procura tus enojos!
No, Cain... jamas ninguno será amado
de su hermano menor mas tiernamente.
Aquí cerca, guardando su rebaño,
por ti suspira y sin cesar te llama.
Ah! ¿por que le aborreces así, quando
su virtud es igual á su dulzura?

Cai. Si nací con defectos, vuestra mano
pudo evitar que nunca los tuviera,
pues si no hubiese Adan ántes pecado,
yo mis pasiones sujetas mentendria:
si por una flaqueza quebrantado.
no hubieseis... Llora..? Ah!

Ad. Sigue en tu queja,
te oprime mi delito... desdichado
eres por mí, merezco tus baldones;
rompe mi corazon que te ama tanto,
mas no dudé que humano y compasivo
perdonabas al fin mis viejos años.
Tambien pensaba que el amor paterno,
mi cruel remordimiento, y mi quebranto,
la compasion de mi suerte me obtendria
de mis queridos hijos... ¡me he engañado!
indigno soy de ti... ¡mísero padre!
¡que horrible imágen del futuro estado!
Así en la mancha original envueltos

y confundidos los míseros humanos,
de ultrajes llenarán la infiel memoria
de aquel que tanto mal les ha causado:
sus lenguas contra Adan de gente en gente,
de una edad á otra edad irán gritando,
y serán sus cenizas maldecidas,
ora en el ayre estén, ora en el mármol.
¡O soberano Dios! A esta memoria
espantosa ¡ay de mí! sin fuerzas caygo.

Se separa, y se apoya lleno de lágrimas junto á un árbol.

Cai. Un dolor horrible penetró en su alma,
¿y he sido yo quien le aumentó sus daños?
¡O Dios, autor de los mortales todos,
qué alma infernal, qué corazon me has dado!
He producido el ódio, la discordia,
continua turbacion, lloros amargos.
¿Yo no nací para vivir con hombres?
¿Debo habitar desiertos y peñascos
entre tigres y carniceros lobos?
ellos al ménos mucho mas humanos
para sus hijos oyen la natura.
Cain tan solo, del universo espanto,
á su voz poderosa es insensible;
pero... no... me parece... no me engaño...
un sentimiento suyo ahora me inflama.
¡Alma natura, grito sacrosanto,
trueca mi corazon... ya no es posible
resistir á sus males... Padre amado

Arrojándose á los pies de Adan.

(si pronunciar me es lícito este nombre)
dignaos compadecer al mas culpado
de vuestros hijos... sí... lo he merecido.
Digno he sido, Señor, por mis pecados
de toda vuestra cólera y enojo;
pero vedme arrepentido y humillado,
las penas escuchad que el alma exhala,
mis lágrimas sentid, con ellas baño
vuestra mano querida, mano tierna
que un hijo pecador besa temblando.
Decid.. ¿que me pedís para acordarme (no?
el perdon, ¿que á buscar vaya á mi herma-
¿que invoque su favor? Consiento en ello;
corro á obedeceros, á abrazarle parto,
mi razon me lo ordena; mas decidme
ántes al ménos: *Cain, te he perdonado.*
Ad. Levántate, hijo mio, te perdono,
ceden mis iras á tu humilde llanto,
no eres culpable quando te arrepientes.
¡O deseos oidos, del Señor premiados!
el instante bendigo de tu ofensa:
hijo, bendigo tu baldon amargo.
¿Pudo mi dolor hacerte virtuoso
de injusto, enemigo y obstinado?
Ven... abrázate á tu padre, digno eres
de mi perdon: busquemos á tu hermano,
démonos prisa á consolar sus penas:
cada instante que en verle retardamos,
un placer le robamos: presto... presto,
la paz llevemos que tanto ha deseado.
Cai. Mi hermano viene aquí.

ESCENA III.

Adan, Cain, Abel que entra temeroso.

Ad. Mi Abel querido,
cese ya tu temor, olvida el llanto.
Cain te ama, te busca, y deseoso
de tu tierna amistad quiere tus brazos:
abrazaos una vez, amados hijos.
Ab. ¿Mi hermano me ama ya? ¡Puedo dudarlo!
oyga yo esta palabra de tu boca,
á mi alma llegará desde tus labios.
Cai. Sí... ya te estima Cain, hermano mio.

Cain con violencia.

Ab. ¡Palabra encantadora! que te abrazo,
¿y á este triste tu corazon acercas?

Abraza á Cain y á Adan.

Nunca de los dos fuisteis mas amado,
digno padre del mundo. Dios piadoso,
infinito Señor de lo criado,
la gran señal me das de tus bondades.
Sean los que quieran todos los encantos
y los gozos del mundo, no se igualan
á los que estoy sintiendo, bien amado.
Léjos de nuestras almas la sospecha,
toda riña y contienda; mas si acaso

con-

contra ti descuidado alguna ofensa
en mis palabras vierto sin pensarlo:
ven á mí pronto, no me las ocultes,
contento quedarás, yo consolado.
Descienda de tu boca, amado amigo,
mi perdon justo, no me dés mas plazos.
Prométeme á lo ménos de que nunca
ódio tendrás á Abel sin escucharlo.
Cai. No es menester, te estimo, y seguir pienso
de nuestro padre los consejos sabios.
Así unido á su amor y á tu cariño,
y de nuestras familias circundado
vivir quiero y morir; ¡oxalá pueda
la paz del alma hallar, y aquel descanso
de que hasta aquí mi vida ha carecido!

ESCENA IV.

Adan, Abel, Cain, Eva.

Ev. Que veo! juntos están: no me he engañado.
Ab. Gozad, madre, conmigo la ventura;
que de mi hermano en la amistad hoy gano.
Ev. Hijos...
Cai. Madre...

Abrazándola.

Ev. ¡La mas afortunada!
¿triunfó la sangre al fin, hijos amados?
juntos mi seno maternal os tiene,
y abrazados en él á los dos hablo?

en este instante cesan mis tormentos;
cayó el peso de mi dolor amargo.
Rindo mi gratitud al sacrificio *á Cain.*
que haces de tu pasion. El soberano
Eden, perdido por mi sola culpa,
que lloro sin cesar, otra vez hallo
en vosotros, mis únicos amores.
Y en este sitio donde desterrados
hemos quedado por Dios, mi paraiso,
mi mayor gloria... todo mi descanso
será si unidos á mi lado os tengo.
Cai. ¡Que respetable os hace vuestro llanto!
Ad. ¿No eres ya mas feliz?
Cai. Querido padre...
Ad. Sí lo eres, como yo. No tardes... vamos,
y asociemos al cielo tan dichoso
dia de paz y amistad. No ignoras quanto
los mortales en su flaqueza extrema
se pierden del Señor abandonados.
Invocadle rendidos, y ofrecerle
por tan dulce concordia un holocausto.
¿Que respondes, Cain?
Cai. Señor, yo pronto estoy.
Ab. De sola su bondad el gozo alcanzo,
que hoy en la tierra me hace el mas dichoso;
debidas son las gracias que mi labio
por tan grandes favores le consagra.
Ad. Id pues, mis hijos, preparad los gratos
sencillos dones, y volved con ellos.

ESCENA V.

Eva, Adan.

Ev. El dia feliz llegó: los sobresaltos
huyéron de una vez: si hemos sufrido,
¿que momentos dichosos compensáron
la pena que dobló nuestro tormento?
Ad. A Dios conozco en tan afortunado
momento de salud: si nos castiga
como Señor á veces enojado,
nos consuela tambien qual tierno padre.
Escucha, Eva, mi bien, lo que he pensado:
si hemos de conservar este reposo
que ya Cain nos ofrece, prevengamos
crueles sospechas que causarle puedan
despues algunos zelos infundados.
¿No nos dice que Abel es preferido
de nuestro amor paterno, y detestamos,
(¡error funesto!) todas sus labores?
Pues bien, entre los dos, Eva, partamos
unas mismas caricias igualmente,
la misma ternura y un igual cuidado.
Ev. A hacer á Cain feliz tan solo anhelo:
dichosa yo si para Dios le gano.

ESCENA VI.

Adan, Eva, Cain, Mehala y sus hijos: Abel, Tirsa y sus hijos, todos con ofrendas.

Ad. Ya vuelven con los suyos nuestros hijos:
las ofrendas, los dones preparados
sobre estas aras, que hemos erigido
al Señor, colocad; bien sabes quánto

Abel y Cain colocan sus dones en los altares.

hacer te toca si su gracia esperas *á Cain.*
merecer y obtener. ¿Le serán gratos
estos frutos, y el humo del incienso,
que vamos á ofrecer todos temblando
á un Dios terrible, si con mano impura
y un alma criminal llegais acaso
la ofrenda á presentar? El fervor solo
da precio al sacrificio... Hijos, guardaos
que esos ojos que leen los pensamientos

mirando al cielo.

no hallen la mancha impura del pasado
funesto crímen que dividido habia
vuestro amor fraternal. Al holocausto
anda, amado Cain... mas revestido
de este arrepentimiento sacrosanto
que nos da la virtud: quando la ofrenda

el Ser supremo acepta, de lo alto
llama resplandeciente repentina
baxa á abrasarla con furor sagrado,
haz que por tu zelo y confusion se vea
del signo celestial tu don sellado.
Cai. Eso deseo, mi padre.
Ad. Todos, hijos,
los dones presentad, y prosternados,
nuestra oracion juntemos á sus ruegos,
y á presencia de Dios todos pidamos
para vosotros dos su digno apoyo.

Los hijos y la muger de Cain se colocan con él cerca de su altar; Abel y su familia se colocan igualmente cerca del suyo, y Adan y Eva entre los dos altares en el centro del teatro.

Cai. Dios eterno, que en este lugar santo
ves la infancia y la niñez del mundo,
frutos puros recibe de estos campos
que tu bondad fecunda nos concede;
tus piadosas miradas merezcamos,
y esta amistad que con Abel renuevo
tenga tu aprobacion.
Ab. Tan dulces lazos,
suspirados de mí por tanto tiempo,
sean á tu gran bondad, Dios sacrosanto,
propicios y agradables. Dios piadoso,
benigno admite el sacrificio grato

de Cain y de Abel... Ah! sí lo recibe:

Aparece en el ayre un torbellino de fuego.

repara en torbellinos inflamado
respirar fuego el ayre desde el cielo;
á nuestros dos altares baxa el rayo.

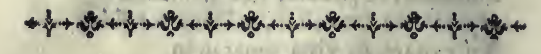
La llama consume la ofrenda de Abel, y sube separándose de la de Cain.

Cai. Baxó la llama para el tuyo solo.
¡Miserable de mí!
Ev. ¡Suceso raro!
Ab. ¡Divina Providencia!
Cai. ¿Y á mis ojos *con furor.*
la ofrenda solo de mi injusto hermano
el fuego celestial consume, abrasa,
miéntras yertas yacen como el mármol,
y abandonadas en su altar las otras?
Abel, soberbio Abel, del triunfo vano
corona tus dos sienes. ¡O furores!
¡ó suplicios! ¿que es esto? yo me abraso.
Así, Dios sin piedad ¿juzgas los hombres?
Me quieres pecador... pues bien... en vano
buscara la virtud... sofoca... hiere
este corazon duro y sanguinario
que no teme la muerte, y que en su angustia
empezar debe su fatal descanso.
Ad. Hijo... tu padre... Cain...
Cai. Dexadme, injusto.

C 2

libradme, si podeis, del inhumano
aspecto de este altar, mi juez terrible.
Yo evitaré su vista separando
mis ojos encendidos de sus aras.
Ay de mí, infeliz, que donde quiera hallo
su horrible imágen, que grabada llevo
en este corazon despedazado.

Cain huye: Mehala y sus hijos, Adan y Eva le siguen: Abel quiere tambien seguirle, pero Tirsa y sus hijos le detienen, y le obligan á tomar el camino opuesto.



ACTO III.

El teatro representa un sitio horrible, en el fondo hay una cadena de montañas y de rocas, cuyas puntas parecen desiguales. Cain está recostado junto á una peña, y como fuera de sí.

ESCENA I.

Cain, Mehala.

Meh. ¡Donde hallaré mi esposo! ¿mas que (miro?
cubierto del dolor, á la inclemencia
tendido yace, y todo transportado
en dura roca posa su cabeza.
¿No fuera mejor en estos brazos?
¡Ah Mehala... no... no... detente, espera.
Cai. ¡Tiernos hijos!
Meh. Parece que suspira.
Cai. Hijos del falso Abel... soberbias fieras.
Meh. Siempre en su odio infernal. ¡Que senti-(miento!

Cain suspira profundamente.

Cai. Mis hijos inocentes en cadenas
y subyugados por atroces manos.

Meh. ¡O quanto del amado las dolencias
el corazon amante despedazan!
Cai. Crueles hijos de Abel, raza perversa,
primero que atrevidos...

Levantándose con un movimiento violento, y reparando en Mehala lleno de turbacion.

Meh. ¡Dulce esposo!
en sus ojos marchitos centellean *ap.*
el furor, la cólera y la rabia:
siempre un mismo dolor, las mismas quejas.
Cai. Donde están, dí, mis hijos.
Meh. Los dos juntos
esperando á Cain ahora con Eva
los dexé por buscarte.
Cai. Miserables!
Meh. ¿Que nueva turbacion, que mayor pena
nace en tu alma? el sueño por ventura?...
Cai. En sueños vi desgracias verdaderas.
Meh. Entre tus gritos y confusos ecos,
las voces que mas tu triste lengua,
llorando, de continuo repetia,
eran, hijos... esclavitud... cadenas.
Pues que has visto, Cain?
Cai. Nuestras desgracias.
A la entrada del monte, en una cueva,
silencio todo, mi reposo invoco
que en parte alguna encuentro; pero apénas
el sueño descendió sobre mis ojos,
esta imágen crüel se me presenta.

A una luz triste... (el sueño huyó, dexando
todo su horror en mi confusa idea).
Vi unos campos ingratos y marchitos
en cuya desnudez la vista yerra;
chozas pagizas entre sí distantes
y de indefensos techos mal cubiertas,
abrigo daban á unos desgraciados
que encorvados sin cesar, la tierra
movian por sacar de sus entrañas
el débil fruto que forzada entrega;
el instrumento de sus manos huye,
el polvo espeso cubre sus cabezas
lánguidas y marchitas del trabajo.
La zarza y el abrojo sus inciertas
desnudas plantas sin piedad herian,
y el sudor abundante hasta la tierra
corria por su miembros temerosos.
Mis pobres hijos y familias eran
los mal parados. Ay! en un momento
cambió el teatro, se varió la escena.
Campos amenos, fértiles llanuras
á mis cerrados ojos se presentan.
Brillaba el esplendor con la abundancia,
y el suelo ostentando su grandeza,
del otoño presentes regalaba
con dones de la bella primavera.
Descuidados de Abel los descendientes,
á los pies de sus tiernas compañeras,
en la llanura fertil abundante
cantaban la inaccion y la pereza.
Uno de ellos, miéntras todos juntos

de los maduros frutos se alimentan,
en pie se pone, y escuchando atentos,
satisfecho de sí, la lira templa.
"Oid, oid (les dice), mis amigos,
» lo que el cielo me inspira y os ordena.
» Aunque el campo produce á nuestro gusto,
» necesita otras manos que esten hechas
» á un trabajo penoso y continuado:
» destinadas á manejar las nuestras
» la lira y el laud, no son formadas
» para tan largas y rústicas tareas:
» cerca de aquí, con áspero trabajo,
» y por sí mismos sus ingratas tierras
» noche y dia cultivan labradores;
» quando del suave sueño sus cabezas
» trastornadas esten, vamos, amigos,
» caygamos sobre ellos con presteza,
» y ántes que acudan á las armas, todos
» en su robusto cuello el hierro sientan.
» Osemos subyugarlos, dixo entónces."
Todos le aplauden, y á cumplir se aprestan
el tirano proyecto. Unidos iban
al tiempo que en el ayre centellean
los tristes techos de las pobres chozas
que de lúgubres llamas ya son presa.
Al pálido esplendor... Ay! reconozco
mis hijos y sus hijos, que la fiera
raza de Abel á sus campiñas ricas
insolente conduce entre cadenas.
Meh. Gran Dios!.. piadoso Dios!..
Cai. Pues ¿qué mis hijos,

en quienes veo crecer mis mismas fuerzas,
mas que los de Abel fuertes y bravos,
han de ser con el tiempo lastimeras
víctimas de opresion, sacrificadas
á la injusta y bárbara inclemencia
de un Señor indolente y descuidado?
Antes que un crímen tan atroz consienta,
sabrá este brazo armado de mi rabia...
Meh. ¿Que en el pais, Cain, de las quimeras
perderte quieras tan inútilmente?
¿Que en un sueño que á veces no presenta
mas que errores de enferma fantasía,
débil, atormentada, y siempre inquieta,
un furur ciego escuches y alimentes?
¿Deberás afligirte con la incierta
desventura que mudar no puedes?
¿Por que al mortal la sabia Providencia
corrió un velo obscuro á lo futuro,
sino es por descargarle de la horrenda
pêna amarga del mal inevitable?
Esposo amado, humíllate, respeta
de un Dios augusto el órden soberano.
Justo es el gran poder que nos gobierna.
Cai. ¿Justo es el Dios que á Abel así prefiere?
Justo, ¿así despreciando mis ofrendas?
Advierte su rigor: por solo el miedo
de que una esperanza pasagera
me dexe soportar el sufrimiento
del eterno suplicio que me espera,
lo que ha de suceder en lo futuro
con horrendas pinturas me presenta.

Es muy poco á su cólera infinita
los males, el desprecio, las afrentas
que en silencio devoro y me consumen;
¿su mano hasta en mis hijos se ensangrienta?
Mis descendientes, proscriptos, desgraciados,
¿se verán suspirar en las cadenas
del menosprecio? Sí. ¿Mis tristes hijos
esclavos y humillados? Tiembla, tiembla,
hermano aborrecido: que aun no exîstes
posteridad de Abel, y por mi diestra
podrás dexar de ser.
Meh. ¿Que has pronunciado?
Cai. Qué sofoca mi corazon sus quejas,
cansado ya de ser tan inocente;
que mi razon se pierde, y que me dexa
á solo mi consejo abandonado.
Meh. ¡O quantos males tu palabra encierra!
¿Y los derechos santos de la sangre?
¿y la tierna amistad? ¿y las severas
leyes de la virtud?
Cai. Las aborrezco.
El ódio y el furor por estas venas
hácia mi alma desventurada corre
á formar el veneno que fermenta
y se dilata con horrible esfuerzo
en mi sangre encendida. En las horrendas
imágenes del crímen solo encuentro
descanso y placer... Si aquí estuviera
este aborrecido objeto, sufriria
de mi indignacion la mayor prueba.
Meh. Corramos á impedir una desgracia

si Abél á sus ojos se presenta:
volveré con mis hijos: y á su vista
los ímpetus huirán de su soberbia.

ESCENA II.

Cain solo.

Cai. Salid sin duelo sentimientos mios.
El ódio y la venganza resplandezca
contra el injusto Abel... ¡Ah! miserable
si buscas orgulloso mi presencia!
Pábulo del incendio que me abrasa
oso emprenderlo todo. Nada aterra
esta fuerza invencible que me inflama.

Mirando á todas partes.

¿Donde está mi muger? huyes? ¿me dexas
abandonado á mi dolor profundo?
Como todos, mi vista y exîstencia
evita y aborrece... ¡O tú, trabajo,
puesto que el universo me detesta,
concede al desgraciado un corto auxîlio
que no encuentra en el hombre, y Dios le
Instrumento fiel, testigo digno (niega.

Toma la quixada.

de mis constantes y robustas fuerzas,
á quien mi velludo brazo cada dia

para el cultivo de los campos lleva,
ven, y de las entrañas escondidas
del suelo virginal arranca, presta
el sustento continuo y necesario
á tus parientes... á la descendencia
de este hermano tirano... ¿Mas que miro?
¿mienten mis ojos? todo me enagena
la cólera y el furor... Abel!

ESCENA III.

Cain, Abel entrando por el lado opuesto á aquel por donde salió Mehala.

Ab. Yo soy;
llega, adorado Caìn, mi hermano, llega
á los brazos de tu estimado amigo.
Cai. Encuentro desgraciado... aparta, fiera;
¿tú mis brazos? huye de ellos... de mí mismo.
Ab. ¡Ah mi querido hermano! ¡que así puedas
el inhumano rencor no merecido
guardar á mi ternura..! Acaso intentas...
Cai. A su aspecto fatal crece mi rabia: *ap.*
este es aquel mortal que por sentencia
inevitable, de mis tristes hijos...
vete, asesino... bárbaro... respeta *á Abel.*
mi justa indignacion; huye, te pido.
Ab. Solo temo tu enojo: mi presencia
no, no te ofenda, Cain: humildemente
imploro tu amistad.
Cai. ¡Ah que soberbia *ap.*

que violento delirio, que furores
de nuevo encienden la funesta hoguera
en que el alma inmortal se está abrasando!
mi mano para herirle está dispuesta.
Vete luego...

Ab. Mi hermano, yo no puedo
separarme de tí... mira... contempla
en esta union sagrada que á los ojos
de nuestros padres, y á la faz suprema
del cielo y de la tierra hemos jurado.
Mis brazos evitar en vano intentas.

Quiere abrazarle.

Cai. Venenosa serpiente, ¿has presumido
con tus dobleces y enroscadas vueltas
envolverme y ahogarme? ¿has intentado
asesinarme así con la supuesta
y engañosa señal de tus abrazos?

Le da un golpe en la frente con la quixada.

recibe el premio justo de la necia
y audaz virtud que encubres altanero.

Alzando la voz.

Razas futuras, larga descendencia
del altivo Cain, ya estais vengadas.

Ab. ¿Que has hecho, caro amigo? á la severa
justicia del Señor has insultado.

Abel sale con pasos trémulos.

ESCENA IV.

Cain reparando en la sangre de Abel.

Cai. ¿Que estoy viendo? la sangre el suelo riega

Espantado.

que mi mano liviana ha derramado.
Alma sin compasion, rabia funesta,
¡ay de ti y de tus hijos, miserable!

Extendiendo las manos.

Ven á mi seno fraternal, alienta
tu espíritu apagado... yo te estimo
con amor puro y amistad sincera;
á mí mismo tan solo me aborrezco:
ese silencio rompe que me hiela
de espanto y de temor... vuelve á mis brazos...

De rodillas.

Soberano Señor, haz, por clemencia
que Abel viva y me ame... Este tormento,
y este remordimiento que me llena
de susto y sobresalto, es un castigo
que debo padecer: benigno ordena
tu decreto fatal contra el malvado;
pero á los brazos de su hermano vuelva

el mas digno mortal. Cielos! que miro!
Allí luchando con la muerte, apénas
en pie su cuerpo trémulo sostiene...
cayó el desgraciado moribundo... espera;
si tu virtud me falta, mas que todo
el orbe se desplome en mi cabeza.

ESCENA V.

Mehala y sus hijos.

Meh. El sitio es este donde vuestro padre,
con amargas dolorosas quejas
sus penas exhalaba. A su amargura
oponed vuestras lágrimas: sean ellas,
si no el remedio de su mal profundo,
al ménos un consuelo en su tristeza.

Reparando.

¿Mas que es esto, mis hijos? En los sitios
donde ántes Cain quedó, la sangre humea.
Manchas purpúreas hácia todas partes
mis tristes ojos por mi mal encuentran.
Llamad á vuestro padre, tiernos hijos.
A ti vuelvo, mi esposo... ¡O que funestas
las dudas son en los amantes pechos!

ESCENA VI.

Mehala, sus hijos, Cain espantado y las manos teñidas en sangre.

Cai. Mehala, querida esposa...
Meh. Sí, sosiega.
Mehala ahora con tus hijos te esperaba.

Acercándose á Cain.

Dulce esposo, mi bien...
Cai. Huye... ¿que intentas?

Apartándola de sí.

No te acerques á mí, teme el contacto
de mis manos sacrílegas y fieras,
el ayre teme respirar que aliento.
Meh. ¿Que quieres ocultarme en las tinieblas
de tan obscuras voces? Nuestros hijos
conmigo estan aquí. ¿No su presencia
endulza tu amargura? Con su vista...
Cai. Mas con su vista mi dolor se aumenta.
Meh. ¡Quantas veces el mio han consolado!
Cai. Si llegas á saber lo que me cuestan...
si supieras esposa...
Meh. ¿Te complaces,
dí, en atormentarme con inciertas
lúgubres expresiones de tus labios?

¿que me quieres decir?

Cai. Sabe...

Meh. Sosiega,

calma tu agitacion, dímelo todo.

Cai. ¿Por que en mi turbacion solo me dexas?

Meh. Un momento...

Prontamente.

Cai. ¡Ah cruel! solo un momento
basta para una culpa atròz y horrenda.

Tirsa atraviesa el teatro los brazos extendidos, y seguida de sus hijos, todos con muestras de dolor.

ESCENA VII.

Mehala, Cain, Adan.

Ad. ¡Que es esto, Dios terrible! ¿Aquí temblando
Mehala y Cain estan? Si mis sospechas...
¡O justicia divina! ¡que pesado
el dedo es de tu grán omnipotencia!
¿Que has hecho de tu hermano? dilo presto.

Cai. ¿Soy yo acaso su guarda ó centinela?

Ad. ¡Desgraciado Cain! di ¿que sangre es esta?

Cai. La sangre de Abel es, su indigna sangre,
y derramada por mi fuerte diestra.

Mehala horrorizada.

Meh. ¡Infinito Poder!
Ad. Cómo... ¿que has hecho,
hijo de perdicion?
Cai. La mas horrenda
y exêcrable maldad, por la qual debo
ser objeto de horror. La Omnipotencia
no puede dignamente castigarla.
Meh. ¡Momentos desgraciados! ¡con que penas
el suceso fixais en mi memoria!
Ad. Asesino de Abel... ¿donde la eterna
indignacion de Dios podrás seguro
evitar un instante? ¿En que cavernas
ocultarte podrás del que en su seno
las arenas del mar numera y cuenta?
¿Cómo, ingrato, contra un hermano justo?..
Cai. Lo ignoro como vos; sin que yo pueda
comprehender el espíritu maligno
que el reyno abandonó de las tinieblas
para armarme la mano contra el justo.
¡O golpe por el qual hoy mi conciencia
me acusa, me delata, y me conduce
al recto tribunal de un Dios, que espera
al reo para intimar con pompa horrible
el decreto de muerte sempiterna!
Ad. Mira aquí el fruto, Cain, de tu delito,
tristes remordimientos te atormentan.
Cai. Me destrozan el alma pecadora.
Si el delito en el mundo no tuviera
otro castigo que el de la memoria

que al alma delinqüente siempre dexa,
no sin venganza la virtud quedara;
tan solamente un asesino prueba
el miedo enorme que al delito sigue.
Herido estaba Abel, quando sus tiernas
miradas dulces hácia mí arrojaba
en señal de amistad: sus manos tiernas,
caminando á la muerte, me extendia.
Un movimiento incógnito se eleva
por todo mi corazon. Mi rabia cae,
á socorrerle corro; pero apénas
con paso tardo llega á aquel peñasco,
las sombras de la muerte le rodean:
quanto mas cerca de espirar estaba,
mas sus miradas amororas eran:
parece que en secreto á Dios pedia
el perdon de mi culpa... Cayó en tierra.
¡Es imposible mas mirar mi obra!
y horrorizado, por inciertas sendas,
con aquella presteza errante vuelo
que por los ayres la sutil saeta.
No pido vida, mi suplicio invoco.

Meh. Invoca tu perdon con lastimeras
profundas voces del doliente pecho:
el Señor es piadoso.

Cai. ¿Y yo pudiera
mi perdon esperar? No, no lo quiero.
Arroja sobre mí, justicia eterna,
la lumbre entera de los astros todos:
rompa ese rayo la celeste esfera
hecho en la eternidad para mi alma.

El ímpetu del viento, el trueno suena:
su asiento dexó ya.. brilla en los ayres
inflamado vapor... la densa niebla...
Abrióse mi sepulcro en los abismos.
Aquí, Dios justo, tienes mi cabeza:
hiere... maldice... tu venganza grande
el justo teme, el criminal desprecia.
Cobardes! ¿que os asusta el miedo inútil
del sempiterno infierno que os espera?
Ah! si el dolor alguno adivinase
del fuego que circula por mis venas!
Mirad todos á Cain, que se apresura
á encontrar con la pena sin temerla. *Vase.*

Ad. ¡O, hijo pecador, desventurado,
sordo á mi llanto y á mi amarga queja!
¿donde, osado, el furor te precipita?
tiembla del Dios de Abel, y reverencia...
Vamos Mehala.

Meh. Ya te sigo:, mi esposo...

Ad. Corramos detras de él... No, no se pierda
sin arrepentirse este desgraciado.

ESCENA VIII.

Sitio montuoso y escarpado: en el centro del teatro hay una eminencia desde donde se ha de precipitar Cain. Abel moribundo apoyado en el brazo de Tirsa y sus hijos, Eva.

Ev. ¡Muerte terrible, cuya triste idea
es ménos espantosa que tu aspecto!

término señalado á la carrera
de esta vida mortal, ¡como horrorizas
la faz de aquella que te abrió la puerta
para en el mundo entrar! Hijo querido,
la muerte, Abel, te da mi inobediencia.

Ab. Hermano, á Dios... yo muero... te bendigo.
Perdonadle ¡ó mi Dios! vuestras ofensas.

El teatro se obscurece con algunas nubes. Abel muere.

ESCENA IX.

Los dichos. Cain asombrado, Adan despues, Mehala y sus hijos.

Cai. A tí vengo, mansion, en donde el justo
muriendo, al criminal de espanto llena:
obscuras bocas abre que vomiten
fuego infinito que al culpable envuelvan.
A vista del delito, sí, castiga
con tu poder, ¡ó Dios! y fuerte diestra
el primer fratricida, á quien oprime
el peso de su mísera exîstencia,
y arrastrando al suplicio, ya manchado
de la sangre que así mi accion condena,
corta con el puñal de tu justicia
esta vida triste, y rabiando muera.

Reparando en Abel.

Aparta, Abel... tu sombra es mi martirio,
tus ojos turbios penetrantes flechas
que triunfante la muerte me dispara,
y á un tiempo el alma hieren y envenenan.
Espire yo á tu vista.

Tirsa, que hasta ahora ha estado contemplando en Abel, anegada en lágrimas, y traspasada de dolor, se incorpora, y apartando con sentimiento los ojos de su esposo, se dirige á Cain.

Tir. ¡Miserable!
hoy, traidor, por tí bebió la tierra,
espantada de tu maldad, la sangre
del amado de Dios. En la primera
violenta muerte que tu indigna mano
inventó por mi mal, al mundo enseñas
el mas atroz delito. ¡Ah fratricida!
la sangre de tu hermano al cielo llega,
clama á Dios contra tí... sí... oye el decreto
del primer asesino: „En tu presencia
„verás que espira sin cesar tu hermano.
„Tus miembros temblarán con una horrenda
„continua convulsion: errantes pasos
„te han de conducir de sierra en sierra:
„prófugo, espantado, y perseguido,
„siempre gemirás baxo la eterna
„maldicion del Señor. Manchas de sangre

» escritas en tu frente, las mas ciertas
» señales darán, hasta la muerte,
» del fratricidio que causó tu diestra;
» y los mortales espantados todos,
» apartarán sus ojos de las sendas
» malditas que tu cuerpo inmundo
» con el tacto manchó de tu exîstencia."
Inspirada de vos, y traspasada
del inmenso dolor de ver deshecha
la imágen de tu amor, Dios soberano,
rotos los lazos que la union mas tierna
con nuevas venturas me estrechaba
mi corazon al suyo, la sentencia
del primer matador he pronunciado.

Trueno con un relámpago.

Ad. Sentencia justa, y que el cielo aprueba
por mi mayor dolor: hijos queridos...
Cadáver insensible... á la inocencia
su primer golpe destinó la muerte.
Ev. Desventurado Cain, mira.. contempla
en tu delito atroz. Suplica humilde...
Meh. Invoquemos de Diosla gran clemencia.
Tir. El Dios de Abel, y que rendida adoro,
tiene piedad de mí, de tí me venga:
su intencion, que anuncia por mi labio,
con ese obscuro velo manifiesta:

Mas obscuridad.

el mal irreparable que me causas
te he perdonado; pero humilde ruega
que revoque el decreto pronunciado.
Cai. Inexôrable Dios, que me decretas
este mal que padezco ¿me prohibes
que implore tu perdon...? si me condenas
al perdimiento eterno de mi alma,
¿que me queda que hacer en mi carrera?
Que me queda que hacer? nuevos horrores,
y abreviar por mi mano tu sentencia.
¡Valles profundos! recibid el alma
de este desventurado, que á Dios niega
su culto y oblacion... Ser poderoso,
orígen de mi ser, causa primera,
¿por que animaste un cuerpo destinado
al duro golpe de tu justa diestra?

Subiendo á la cima de un monte.

Peñascos espantosos, confundidme,
despeñadme, y desde aquí descienda,
maldecido de Dios, á los abismos,
el primer criminal que Dios condena.

Se acaba de obscurecer el teatro, y al ruido de un trueno horroroso se precipita Cain del peñasco, y cae muerto á los pies de Abel.

LAS COSTUMBRES

DE ANTAÑO.

LAS COSTUMBRES
DE ANTAÑO.

COMEDIA ORIGINAL.

POR DON MANUEL EDUARDO
DE GOROSTIZA.



MADRID 1819.

Imprenta de Repullés, *plazuela del Angel.*

AL REY

NUESTRO SEÑOR.

NUES

Manuel Eduardo Gorostiza.

PERSONAS.

Don Pedro, *propietario rico de Chinchon.*

Doña Inés.

Don Felix.

Don Juan.

Un Escudero.

Un Page.

Un Doctor.

Isabel, *criada.*

Escuderos, *Pages y dueñas que no hablan.*

LA ESCENA ES EN CHINCHON.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

Don Juan, Don Felix e Isabel.

D. Juan.

Confieso teneis razon:
¡es singular su manía!

D. Felix.

No nos habla en todo el dia
sino de la perfeccion
de las costumbres de antaño;
exagera su bondad,
pondera su gravedad;
y en proceder tan estraño
nada es bueno, nada deja
su voluntad satisfecha
sin cuatro siglos de fecha.

D. Juan.

Siempre á los viejos aqueja
semejante enfermedad;
y como su edad pasó,
no hay uno solo que no
eche de menos su edad.

D. Felix.

Fácilmente se concibe
la razon, qué á los sesenta
nada presente alimenta,
y de recuerdos se vive:
con todo, mi amado tio
se excede mas que cualquiera,
y lo que en otro es chochera
en él pasa á desvarío.
No hace mucho que le ví
con un ochavo en la mano
(al parecer segoviano),
y entusiasmado le ví
que entre dientes repetia,
¡qué delicado perfil!
¡qué limpieza! ¡qué buril!
No se grava asi en el dia.

Isabel.

Pues cuando anoche mondaba
en la cena cierto pero

de Ronda que (no exagero)
sus cuatro libras pesaba,
me dijo, mira, Isabel,
todo cambia y degenera,
y si yo nacido fuera
cuando D. Pedro el cruel,
te aseguro sin afan
que este pero que has traido,
por lo chico, hubiera sido
una pera de S. Juan.

D. Juan.

De buena gana me rio.

D. Felix.

Nosotros no, porque al cabo
todo el mundo aqui es esclavo
del capricho de mi tio;
y si aquesto no influyera
en su genio y condicion,
pudiéramos con razon
pasarle tanta quimera;
mas por la Vírgen, señor,
¡si no se puede sufrir!

Isabel.

No sabe sino reñir.

ISABEL.

D. Felix.

Siempre está de mal humor:
cuanto hacemos le disgusta,
y cuanto hablamos le enfada;
si callamos no le agrada,
si reímos no le gusta.
Con el sol nos levantamos,
nos acostamos de dia,
comemos al medio dia,
y entre cinco y seis cenamos.
Nunca podemos leer
sino en viejos cronicones,
con mas roña que renglones,
con mas polvo que saber.
Y el mísero que se atreve,
y sus órdenes resiste,
á vestir como se viste
en el siglo diez y nueve,
desde luego le declara
por hombre de poca pró,
pues de greguescos no usó
como D. Sancho de Lara.

D. Juan.

¿Y él los usa?

D. Felix.

No por cierto;

viste como le acomoda,
y no aborrece la moda
sino en los otros.

ISABEL.

Un tuerto
le dijo cuando enseñó
á cazar á cierto amigo,
apunta como te digo,
y no como apuntó yo.

D. FELIX.

Llega á tanto su locura,
que aunque él mismo determina
mi boda con su sobrina,
retarda nuestra ventura,
porque dice que no ve
en nosotros cierto fuego
que asegure su sosiego,
que nos falta un no sé qué,
que los Wambas y Mencias
amaban de otra manera;
y en fin, no sé lo que espera,
y pasan dias y dias,
y no nos casa.

ISABEL.

Caramba,
con tal necedad me irrito;

¿quiere acaso el señorito
sino lo que quiso Wamba?

D. Felix.

Nuestro mismo descontento
sin duda ninguna ha sido
el que nos ha sugerido
un extraño pensamiento,
un proyecto de que ya
os hablamos hace poco;
quizá de este modo un loco
con locuras curará.

D. Juan.

Pero no temeis su enfado?

D. Felix.

Se enfadará por supuesto;
mas como lo hemos dispuesto
en dia tan señalado
en que de Madrid se espera
la nueva de la llegada
de nuestra Reyna adorada,
tenemos la lisongera
esperanza de que el tio,
á la sombra de este dia,
perdone nuestra osadía.

Isabel.

Sí señor, el amo mio

es un español de ley.

D. Juan.

¡Excelente sobrescrito!

Isabel.

Y todo le importa un pito
con tal que se case el Rey.

D. Felix.

En efecto, su lealtad
y amor por el Soberano
escusan en este anciano
las rarezas de su edad.
¡Ay sobrino! (me decia
ayer mismo) ¡cuántos años,
cuántos tristes desengaños
cuenta la existencia mia!
Esperanzas mil, y mil
brillar vi, de dicha grata;
mas como el cierzo arrebata
las tiernas flores de abril,
asi desaparecieron,
y en su lugar me dejaron
recuerdos que me amargaron,
penas que me entristecieron.
Desconfiado ya de un bien
que cual la sombra me huía,

imaginé que podia
cesar de vivir tambien;
quise al sepulcro bajar,
pues no vive quien no espera,
cuando empezar su carrera,
y crecer y deslumbrar
ví un astro que bondadoso
tanto su luż difundia,
que al triste paz prometia
y dicha eterna al dichoso.
Lo considero admirado,
lo venero agradecido,
cobro el aliento perdido,
huyo del sepulcro helado,
y constante girasol
de sus rayos vivir quiero,
porque ya de nuevo espero,
porque he visto un nuevo Sol.

Isabel.

Pues sin duda conoció
que yo no le entendería
semejante alegoría,
y para usted la guardó,
porque á mí solo me dijo:
Isabel, el Rey se casa;
déle Dios dicha sin tasa,
y al noveno mes un hijo.

D. JUAN.

¿Con que os decidís por fin?

D. FELIX.

Ya está todo preparado,
y tenemos concertado
ademas en el jardin
un festejo, un bailecillo
para despues que se acabe
nuestra farsa.

D. JUAN.

¿Es cosa grave?

D. FELIX.

Es de asunto muy sencillo;
mas con todo, servirá
de mucho.

ISABEL.

Vamos, señor,
tengamos ojo avizor,
que el amor dispertará
cuando menos se le espere.

D. JUAN.

¿Pues duerme?

D. Felix.

Tres horas hace.

Isabel.

Mucho el dormir satisface;
pero él duerme mas que quiere.

D. Juan.

No entiendo vuestra respuesta.

D. Felix.

Es que hemos aprovechado
todo el tiempo que ha roncado
para disponer la fiesta.
Mudanza hubo general
de menage y guardaropa;
antigua será la ropa,
antiguas mesa y sitial;
le servirán escuderos,
tendrá dueñas que le lloren
y doncellas que le imploren
contra sandios caballeros.
En fin, pues tan miserable
este siglo le parece,
veremos si el siglo trece
le parece mas amable.

D. JUAN.

Y en tiempo tan limitado
¿cómo se pudo forjar
tal enredo?

D. FELIX.

Es de contar
muy largo: mas se ha forjado.

ISABEL.

Diez cómicos de la legua
nos ayudan. . . . .

D. JUAN.

¡Buen acaso!

D. FELIX.

En el pueblo estan de paso,
y . . . . . .

ISABEL.

Como pasó la siega,
se vuelven donde se estaban.

D. FELIX.

Y al punto los embargué.

. . .

D. JUAN.

Muy bien hecho.

D. FELIX.

Asi logré
los trages que me faltaban.

ISABEL.

Tambien ellos representan
sus papeles.

D. JUAN.

Bien lo creo.

ISABEL.

Y es tanto ya mi deseo
de que empiecen y diviertan,
que reniego de la suerte
al mirar lo que se tarda. . . . . .

D. JUAN.

Pero en fin, ¿á qué se aguarda?

ISABEL.

A que D. Pedro dispierte

D. FELIX.

Pienso se te fue la mano

en los polvos que le diste
en el caldo.

ISABEL.

¡Lindo chiste!
harto polvo es un anciano!
no señor: solo le dí
lo que recetó el doctor.

D. PEDRO.

¿Isabel?

ISABEL.

¡Ay Dios! señor, *Bajito.*
que es el amo.

D. JUAN.

¿Llamó?

ISABEL.

Sí.

D. FELIX.

Pues chiton, y cada cual
ocupe el debido puesto.

D. PEDRO.

¿Isabel?

D. Juan.

Vámonos.

D. Felix.

Presto.

Isabel.

¡Oh Vírgen del Tremedal!
ahora sí que va de veras.
Dános pues tu proteccion,
porque si no este Neron
nos ha de dar para peras.

SCENA II.

El teatro representa una sala colgada con tapices viejos, y mueblado del modo mas antiguo que se pueda. En el foro habrá una puerta que figurará ser de la alcoba en que ha dormido Don Pedro la siesta, y saldrá por ella. Toda esta escena es á obscuras.

Don Pedro solo.

D. Pedro.

¿Isabel? ¿Felix? ¿Lucía?

¡todo el mundo ha ensordecido
en esta casa! ¿Muchacha?
sí, á la otra puerta... ¿Sobrinos?
¡nadie me responde, nadie!
¿Pero cómo habré dormido
tanta siesta? Ya es de noche
cerrada, ¡cuando á las cinco
debieron llamarme!.... Vaya,
que me gusta tal descuido.
Pues, señor, fuerza será
que me tome el trabajito
de buscarlos en persona:
de lo contrario.., no atino

Tropieza con un sitial.

con la puerta... ¡Santa Tecla!
que me he deshecho un tobillo.
¡Siempre han de dejar por medio
las sillas!... Pero, Perico,
esto no es silla.... ¿Pues qué
será? Yo no lo adivino;
vamos, si hubiere en el mundo
hombre que esté peor servido
que yo... ¡maldita canalla!
Todos, todos son lo mismo.
Bien haya aquellos criados
de vigote retorcido,
con su perilla en la barba

y su tizona en el cinto;
¡aquellos sí que servian
los pensamientos!.. Afirmo
que diera lo que no tengo
por un escudero.

ESCENA III.

ESCUDERO Y DICHO.

ESCUDERO.

Fizo *Claro.*
vuesa merced luenga siesta.

D. PEDRO.

¡Válgame San Agapito! *Ap.*
¡San Juan, San Cosme, San Diego,
los mártires de Corinto,
y la santa Translacion
del Apostólico oficio
á la ciudad de Antioquía!

ESCUDERO.

¿Non me fabla, señor mio?
¿qué pescuda? ¿qué desea?

D. PEDRO.

¿Pero dónde estoy? ¿Qué sitio *Ap.*
es este?

ESCUDERO.

¿A quién demandaba?

D. PEDRO.

¡Qué tapices tan antiguos! *Ap.*
¡Qué muebles! Vaya, no hay duda:
ó me vine sin sentirlo
á las ferias de Madrid,
ó estoy todavía dormido,
y me aflige pesadilla.

ESCUDERO.

¿Mas por qué vos mortifico
con preguntas é respuestas,
cuando de todo colijo
que la fiebre cuartanal
vos acucia?

D. PEDRO.

Un buen pellizco *Ap.*
me tiraré por si logro
dispertarme.

ESCUDERO.

¿Hubiste frio?
¿Sentiste en la riñonada
punzada ó dolor?

D. PEDRO.

Maldito
seas con tu riñonada:
duende, vision ó vampiro,
¿qué me quieres? ¿qué me quieres?

ESCUDERO.

Daros el vuestro vestido.

D. PEDRO.

Oste puto, y ¿tiene llamas?

ESCUDERO.

Franjas solo.

D. PEDRO.

¡Qué delirio!
¿Pues acaso en el infierno
faltan lacayos?

ESCUDERO.

Non digo
tal sandez.

D. PEDRO.

Pues por si acaso,
de parte de Dios te pido
me digas quién eres, y
quién te envia.

ESCUDERO.

Soy Rodrigo
el vuestro buen escudero,
é de Juan Rodriguez fijo,
é nieto de Gil Rodriguez,
el de Iniesta.

D. PEDRO.

¡Ay diablo mio!
eso sí que no; serás,
si es que te empeñas, sobrino
de la misma catedral
de Toledo: no replico
ni me opongo; pero en cuanto
á lo escudero te afirmo
que es mentira, porque yo
nunca tuve á mi servicio
gente que oliera á toston.

ESCUDERO.

¿E asi pusiste en olvido
mi lealtad? Mas non lo estraño,

ni menos lo maravillo,
pues estais asaz doliente,
é sin seso.

D. PEDRO.

¿Con que es fijo
que eres mi escudero?

ESCUDERO.

Sí.

D. PEDRO.

Míralo bien.

ESCUDERO.

Ya lo miro.

D. PEDRO.

Pues entonces qué ¿soy yo?

ESCUDERO.

Sois el muy alto é manífico
señor Pero Perez de Hita
de abolorio esclarecido,
copero mayor del Rey,
é su vasallo.

D. PEDRO.

Has mentido,

y la culpa tengo yo
de hablar con diablos bebidos.
¡Yo copero! ¡yo abalorio!

ESCUDERO.

Vaya, recobrad el joicio:
no esteis, señor, tan airoso,
que al dotor ya he prevenido
é con su fisica pronto
vos curará.

D. PEDRO.

Vive Cristo, *Ap.*
que segun lo caprichoso,
este diablo es vizcaino:
no hay remedio.

ESCUDERO.

En tanto pueden
vuestros pages asistiros,
é quitaros el ropon.

D. PEDRO.

¡Esta es otra!

ESCUDERO.

¿Dais permiso?

D. Pedro.

¡Si supiera conjurar! *Ap.*
Mas á falta de exorcismos
allá van media docena
de cruces. . . : nada. . . está visto,
en no hablándoles latin
se hacen los desentendidos.

Escudero.

Ola, pajes; venid pronto.

ESCENA IV.

Dichos y dos Pajes.

Pajes.

¿Qué nos mandas?

Escudero.

Necesito
unas calzas coloradas,
é greguescos amarillos,
é coleto, é la ropilla
de belarte berberisco
para engalanar al dueño
á quien atentos servimos.

D. PEDRO.

Para disfrazar dirás *Ap.*
mejor.

ESCUDERO.

¿Lo habeis entendido?

PAJES.

Todo está á punto.

EESCUDERO.

Pues luego
comenzad el vuestro oficio,
é nada os detenga.

D. PEDRO.

No
por cierto: yo no me visto
de mogiganga.

ESCUDERO.

Parad
las mientes. . . .

D. PEDRO.

Lo dicho, dicho;
ni paro ni reparo; ¡ola!
¿soy acaso dominguillo

para que asi se diviertan
á mi costa?

Escudero.

Catad....

D. Pedro.

Digo
que no quiero.

Escudero.

Pues entonces
homildemente os aviso
que por ser la malatía
tan pertinaz....

D. Pedro.

Hombre indigno,
¿qué tiene que ver mi tia
con tus planes fementidos?

Escudero.

E porque perdido el seso
vos acometen vaguidos,
é non vos dejais servir
de los vuestros, determino
que con todo aquel respeto
que á vuestro alcurña es debido,
vos aten entrambas manos,

é los pies sujeten grillos,
é vos desnuden é vistan,
mal que vos pese.

D. PEDRO.

No, amigo;
no dejaré yo que llegue
este caso.

ESCUDERO.

Ello es preciso...

D. PEDRO.

Pues me entrego á discrecion,
porque nunca he apetecido
distinciones con grilletes,
ni respetos con silicios.

ESCUDERO.

Tomad asiento.

D. PEDRO.

Caramba,
y qué blando es el maldito.

ESCUDERO.

Es de alcornoque.

D. PEDRO.

Lo creo.

ESCUDERO.

E non lo vi tan polido.

D. PEDRO.

Ni yo tan duro.

ESCUDERO.

El abuelo
de vuesa merced lo fizo
facer cuando se tornaba
de los campos de Clavijo.

D. PEDRO.

No hubiera hecho tal si hubiera
las poltronas conocido.

ESCUDERO.

Llegad, pajes, é las calzas
atacadle.

D. PEDRO.

¡Qué martirio! *Ap.*
Esto es ligarme las piernas.
¿Donde, donde os habeis ido
comodísimas calcetas?

¿Desahogados calzoncillos?
Pero, señor, ¿qué es aquesto?
¿Son visiones? ¿Son hechizos?
¿Si seré yo Pero Perez,
y nunca lo habré sabido
hasta ahora?

ESCUDERO. *A los pajes.*

Los greguescos.

D. PEDRO.

¿Mas no soy D. Pedro Risco, *Ap.*
el hidalgo de Chinchon,
y el cosechero mas rico
de la villa?

ESCUDERO. *A D. Pedro.*

Enderezad.

D. PEDRO.

Con un garrote de pino
en tus costillas.

ESCUDERO.

¿Fablais
con nosotros?

D. PEDRO.

No, querido;

...

rezaba mis oraciones,
como siempre que me visto.

ESCUDERO. *A los pajes.*

El coleto.

D. PEDRO.

¿Pero dónde *Ap.*
mis sobrinos se han metido?
¿dónde mis criados? ¿Dónde
mi casa?

ESCUDERO.

Ya estais vestido:
¿qué nos ordenais agora?

D. PEDRO.

Mas ¿por qué me martirizo *Ap.*
con necias cabilaciones?
¿Puedo acaso resistirlos
si son diablos? Si es un sueño,
¿ha de durar medio siglo?
¿no he de dispertar al cabo?
Pues, entonces, ea, Perico,
pecho al agua, fuera miedos;
y si de pronto me miro
infanzon hecho y derecho,
paciencia, pues lo he querido
y deseado, y... mal haya,

amen, tanto desvarío.

ESCUDERO.

Estais harto enfastidiado;
narrarnos, pues, yo lo pido,
del presente displacer
la causa.

D. PEDRO.

¿Dieron las cinco?

ESCUDERO.

E las siete tambien dieron.

D. PEDRO.

Mejor, por eso me inclino
á que me deis chocolate;
pues no será divertido
que me quede sin refresco.

ESCUDERO.

No sé lo que quereis.

D. PEDRO.

¡Lindo!
¿qué he de querer! Chocolate,
con vizcochos de soplillo,
y......

ESCUDERO.

¿Pero qué es chocolate?

D. PEDRO.

¡Es verdad que aun no ha nacido
el buen Cristóbal Colon!
Por vida de...

ESCUDERO.

¿Teneis hipo?
¿Quereis yantar?

D. PEDRO.

Ya se vé
que quiero.

ESCUDERO.

Sereis servido
súpitamente.

ESCENA V.

DON PEDRO SOLO.

D. PEDRO.

Ello es cierto;
graves males han traido
esas Indias; mas tambien

nos dan frutos peregrinos:
dígalo si no el cacao
y el azúcar, y. . . . ¡benditos
ingredientes! Sin vosotros
fuera en verdad perdidos
muy buenos ratos, muy buenos;
y ademas, zoylos impíos,
sin chocolate, decidme,
y sin un azucarillo,
¿qué hubieran, pues, refrescado
el Príncipe, el grande, el chico,
el reverendo, el letrado,
la doncella, el. . . .

ESCENA VI.

Escudero, Pajes y dicho.

Escudero.

Pan y vino
tiene aqui vuesa merced:
yante en buena hora.

D. Pedro.

¡Esquisito *Ap.*
refresco!

Escudero.

E muy buena pró
le faga.

D. PEDRO.

¡Qué hermoso vidrio! *Ap.*
Vaya, que la tal vasija
puede hacer cualquier servicio,
sin que nadie se lo tache;
pues digo, ¿y el panecillo?
si no es de leche, es de tinta;
de piedra si no de trigo;
y . . . . .

ESCUDERO.

¿Non yanta?

D. PEDRO.

Tengo solo
sed.

ESCUDERO.

Beba luego.

D. PEDRO.

Es muy tinto.

ESCUDERO.

¿Quiere agua?

D. PEDRO.

Quiero el demonio
que cargue pronto contigo.

ESCENA VII.

EL DOTOR Y DICHOS.

DOTOR.

Non desçuiden la mi mula: *Al salir.*
guárdense de sus descuidos,
cá siempre fue caroñosa,
é coçea.

ESCUDERO.

Ya el dotor vino.

DOTOR.

Aristotis é Avicena
nos encargan . . .

D. PEDRO.

Buen principio: *Ap.*
y no es malo que al instante
entregan el sobrescrito.

DOTOR.

O debieron encargarnos
el uso del solomillo
ahumado en casos de gota,
porque el craso del cochino,
humectando los tendones,

ablanda el dolorido
estremo, é . . .

D. PEDRO.

Basta, hombre, basta:
escuse los desatinos,
que no tengo otro dolor
si no haberos conocido.

DOTOR.

Paso, señor Pero Perez,
non denueste, que me irrito,
é tengo siempre en la maño
la venganza.

D. PEDRO.

No me admiro,
porque con cada renglon
se sale de un enemigo.

ESCUDERO.

Señor dotor, non es gota.

DOTOR.

¿Pues qué es?

D. PEDRO.

Si se lo decimos,
¿de qué le sirve su ciencia,

ni sus graves aforismos?

ESCUDERO.

Le acucia una malatía
en la mente,

DOTOR.

¿Bebe vino?

ESCUDERO.

Algun tanto,

DOTOR.

Mas valiera
que lo aforcaran,

D. PEDRO.

Dios mio,
¿por qué los médicos siempre
han de ser tan compasivos?

DOTOR,

Beba, pues, del agua sola,
é huya del vino dañino
cual si fuera de la yerba
ballestera.

ESCUDERO.

Lo he entendido;

é diga, ¿podrá beber
en cuantía?

DOTOR.

Sí, Rodrigo,
cuanta agua quiera.

D. PEDRO.

Mil gracias
por favor tan peregrino.

DOTOR.

E aparejado que sea....

D. PEDRO.

Tú lo serás, gran pollino. *Ap.*

DOTOR.

Para que le saquen sangre,
le aliviaremos de cinco
buenas tazas en catorce
vegadas.

D. PEDRO.

¡Soberbio alivio!

DOTOR.

E despues le dispondremos
brebajes frigerativos,

é luego....

D. PEDRO.

Y luego me muero,
por libertarme prontito
de tus malditos remedios.

ESCUDERO.

¡Ay, que le crece el delirio!

DOTOR.

¿Qué propala este demente?

D. PEDRO.

Reniego de tal estilo
de curar: agua, sangrías,
brebajes, friegas, y... lindos
remedios son, por mi vida,
si el enfermo es un novillo.

DOTOR.

¿Non es fuerza le medique?

ESCUDERO.

Sosegaos, señor mio,
é reparad que este home
es un varon muy sabido,
é doto en la fisicante
parlería.

D. Pedro.

Sí, pues, mira, hijo,
anda, y cúrate con él,
que yo no lo necesito,
ni pienso necesitarle
para nada.

Escudero.

E á vuestro primo,
Garcí Manriquez de Lara,
le curó con mucho tino
cuando finó.

D. Pedro.

Pues no quiero
que me atine: ¡ay tal capricho!

Dotor.

Bien está; ya lo veredes.

D. Pedro.

No tal, ya lo tengo visto;
y por lo tanto resuelvo
no morirme en este siglo.
¡Cáspita con los dotores
de antaño!

DOTOR.

¡Doliente impío!

D. PEDRO.

A lo menos en Chinchon
el cirujano latino,
si mata cuando le llaman,
y porque al cabo es su oficio,
no por eso se ensangrienta;
mas los herodes antiguos
matan, y sangran; y asi
son dos veces asesinos.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON FELIX, vestido á la española antigua.

D. FELIX.

Fugid, noble caballero,
de esculapios maleficios,
é pósimas melecinas;
é dotores non leidos.
La negra melanconía
diz que os tiene asaz sombrío;
é si es vero lo que fablan,
é si estais tan aborrido,
mirá, señor, vais errado,

cá las dolencias de espritu
non se curan emplastando,
non se aplacan con lentisco,
sino solo les atañe
torresnos é regocijos.

D. PEDRO.

¡Tiene razon, por mi vida, *Ap.*
este diablo! ¿Mas, qué miro!
¡Jesus, lo que se parece
á Don Felix, mi sobrino!

D. FELIX.

E vos, dotor sangradero...

D. PEDRO.

Però habiendo conocido *Ap.*
muchos hombres endiablados
con uniformes y rizos,
¿por qué estraño que se encuentren
tambien diablos parecidos?

D. FELIX.

Andad en hora no buena;
cá si agora yo os lo pido
con asaz cortesanía,
sabré, si osais resistillo,
de una coz, bien asentada,
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Sí andaré; mas pronto llegan
con las febres, los pepinos,
é os emplazo para entonces.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS EL DOTOR.

D. PEDRO.

¿Escudero?

ESCUDERO.

Señor mio.

D. PEDRO.

¿Cómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,
señor de Valdecorneja,
é rico-home.

D. PEDRO.

Pues, querido,
en cuanto le vi tan fiero
adiviné que era rico.

D. Felix.

Agora pensemos solo
en solazarnos.

D. Pedro.

Bien dicho;
pero sepamos primero,
¿de que modo en este siglo
se acostumbra á solazar?

D. Felix.

¿Danzais?

D. Pedro.

Nunca dí brincos
á compas, ni sin compas.

D. Felix.

¿Jugais cañas?

D. Pedro.

Cuando chico
jugué con ellas, y fueron
mi fusil y caballito.

D. Felix.

¿O correis liebres?

D. Pedro.

Las cojo
si no miro donde piso.

D. Felix.

¿Al menos cabalgareis?

D. Pedro.

Pierdo al punto los estrivos.

D. Felix.

¿Nada, pues, sabeis facer?

D. Pedro.

Sé olvidar lo que he sabido;
y no es poca habilidad
á los sesenta del pico.

D. Felix.

Pésame sobre manera
que non gusteis de bollicios,
é que vos falten las fuerzas
para gozar atrevido
de los únicos placeres
á los nobles concedidos.

D. Pedro.

Y qué, ¿no hay otros?

...

D. Felix.

Los hay;
mas en todos es preciso
cabalgar buenos rocines,
é guardar el equilibrio.

D. Pedro.

¿Con que sin cabalgadura
no hay nada? ¿eh?

D. Felix.

Nada.

D. Pedro.

Pues digo
que es un lance del demonio;
y supuesto es requisito
indispensable la tal
quisicosa, determino,
despreciando todo riesgo,
cabalgar en un borrico
que tengo, si la propuesta
mereciere el sacrificio.

D. Felix.

¿E si dais con vos en tierra?

D. Pedro.

Dará la tierra conmigo.

D. Felix.

Ora bien, vos aconsejo
que tomemos el camino
de Flandes.

D. Pedro.

Dígame usted;
¿y qué se nos ha perdido
en Flandes?

D. Felix.

Se casa el conde.

D. Pedro.

Dios lo haga muy buen marido;
pero tambien en Castilla
hay boda, y fuera delirio
el bien teniendo tan cerca,
que necios é inadvertidos
lo buscásemos tan lejos....

D. Felix.

¿Pero el conde?...

D. PEDRO.

Y donde Cristo
dió las tres voces....

D. FELIX.

Catad,
que un personero me dijo
facian los sus vasallos
festejos harto polidos,
y que luego mantenian
un torneo.

D. PEDRO.

No lo envidio
tampoco, que si su boda
celebran los flamenquitos
con zambras y diversiones,
los castellanos mas finos
saben celebrar la suya
en sus pechos complacidos
con votos, con esperanzas,
con deseos, con sencillos,
pero sinceros estremos,
con apasionados gritos,
y con lealtad castellana,
que jamas se ha desmentido.

D. FELIX.

Retórico estais.

D. PEDRO.

No tal,
pero siento lo que digo,
y la elocuencia del alma
no necesita de libros:
con todo, aunque yo protesto
no moverme de este sitio,
quisiera que me esplicaséis
á lo que están reducidos
esos dichosos torneos.

ESCUDERO.

¿E su merced non los vido
antaño, en Valladolid,
cuando los dos asistimos,
é la Infanta se casó
en Portugal?

D. PEDRO.

No lo he visto.

ESCUDERO.

Pues por mi vida, señor,
anduvisteis bien ardido,
é tan tieso en el rocin,

cual si fueseis úno mismo.

D. PEDRO.

Asi seria; pero yo
no me acuerdo.

ESCUDERO.

¿Nin del circo,
que fembras é menestriles
guarnecian?

D. PEDRO.

No, querido.

ESCUDERO.

Nin tampoco de dos torres
que en él se vieron de pino
ó de lienzo, é semejaban,
ser de piedra?

D. PEDRO.

Te repito
que si lo ví, lo olvidé.

ESCUDERO.

Junto á ellas reconocimos
diez tiendas sobre cubiertas
con telas de varios visos,
é de ellas salieron luego

por el faraute advertidos
apuestos mantenedores,
que justaron con gran brio,
é dieron contentamiento
á estraños é conoscidos.

D. PEDRO.

Pero ¿qué hicieron?

D. FELIX.

Lancear.

D. PEDRO.

¿A toros?

D. FELIX.

¡Qué desatino!
A nobles aventureros.

D. PEDRO.

¿Entonces aqueste oficio
tendrá tambien sus percances?

D. FELIX.

¿Qué?

D. PEDRO.

Que tendrá sus peligros.

D. Felix.

Alli mismo D. Gutierre
de Sandoval fue caido
por el justador Urrea,
que le dió sin advertillo
un desemejable encuentro,
é alli murió.

D. Pedro.

Muy bien hizo;
mas yo no le imitaré,
y mientras que haya novillos
que ver desde la barrera,
y teatros bien concurridos,
y visitas y paseos,
os juro, caballerito,
que donde arriesgue el pellejo
no podré estar divertido.

D. Felix.

Son, empero, diversiones
que placen al nuestro siglo.

D. Pedro.

Pues de ellas y de él reniego.

ESCENA X.

Doña Inés, vestida á la española antigua y dichos.

DOÑA INÉS.

Justicia, señor, vos pido,
que quien á nobles demanda
contra entuertos, el su auxilio
de justicia se lo pide.

D. PEDRO.

!Sobrina!

D. FELIX.

¡Raro prodigio
de belleza!

ESCUDERO.

Noble dueña,
non plañeis vuestro destino,
non esteis mas de finojos:
levantad, cá vos afirmo
é prometo, en nombre suyo,
defenderos é asistiros.

D. PEDRO.

Pues la prometes muy mal,

porque nunca, nunca he sido
cirujano, y asi no puedo
curarla entuertos ni envizcos.

D. FELIX.

Referírnos vuestras cuitas.

DOÑA INÉS.

Oidme, pues,

ESCUDERO.

Ya vos oimos.

D. PEDRO.

Cuánto va que mi sobrina *Ap.*
quiere darme un sobrinito!

DOÑA INÉS.

En rico abolengo nascida é criada;
de padres fidalgos habida é querida;
con dulces presagios rescibí la vida;
con nobles ejemplos fui endotrinada;
los cielos ficiéronme asaz bien formada,
de rostro fermoso, cual estais notando;
mas diéronme, empero, como cera blando,
corazon amante é alma apasionada.
Catorce vegadas he visto con flores
ornarse los campos, é á la mariposa
mecerse en su cáliz, robando envidiosa,

á par de la abeja, sustancia é colores.
Catorce vegadas oí ruiseñores
en suaves concetos cantar sus querellas;
é tambien catorce burlábame de ellas;
cá non conoscia qué cosa era amores.
Mas ¡ay sin ventura! la paz que yo habia
huyóse del pecho, cual sombra ligera,
é lo muy tranquila que entonces viviera,
castígame el ciego con gran tiranía;
sin sueño de noche, sin gusto de dia;
sollozo, sospiro, morirme me siento;
é como la rosa por cálido viento,
ansi se marchita la mi lozanía.
Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,
al punto se bajan como avergonzados,
é luego al soslayo, sin ser levantados,
curiosos indagan, é tiernos se miran.
Los pechos entonces á la par respiran;
las manos se enlazan, los labios se mueven,
é amantes se juran, é finos se atreven;
cá dos que se adoran muy pronto deliran:
por ende asustada, maridarme quiero,
que todo lo cura un apuesto garzon;
é non fuera justo, nin menos razon,
pudiendo haber vida, morir cual yo muero.
Las palmas é tocas en otras venero,
é verdes guirnaldas de oliente tomillo;
mas nunca en mis manos, que nupcial anillo
á tocas é palmas é á flores prefiero.

Señor Pero Perez, amado señor,
marido me place, marido vos pido, (do,
pues muero é me abraso; é diz que un mari-
mas que sanguinaria, refresca mejor.
Si escuchais mis preces, si me dais favor,
Dios vos galardone con bienes sin tasa:
cá nunca la suerte fue parca ni escasa
para aquel que alivia querellas de amor.
Mas si mi esperanza se viere burlada,
é se desmintiera vuestra cortesía,
permitan los cielos vos roben el dia
escuros celages, noche prolongada,
é vivais mil años si vida os enfada,
sin paz ni deseos, con penas sin fin,
que aquesto merece el necio, que ruin
el llanto no enjuga de fembra angustiada.

Escudero.

Non temais, triste doncella,
que mi señor. . . .

D. Pedro.

Pero ¡harpía!
si marido es su agonía,
¿me he de casar yo con ella?

Doña Inés.

Non pido, non, vuestra mano.

D. PEDRO.

Ni tampoco te la diera.

DOÑA INÉS.

Tan solamente quisiera
que mataseis al tirano,
é al malandrin que sujeta
mi voluntad é mi amor.

D. PEDRO.

Esta piensa soy dotor, *Ap.*
y me pide una recéta.

DOÑA INÉS.

Matadle, señor, matadle.

D. PEDRO.

No haré tal, aunque la pese,
que luego gritarán: á ese,
ahorcadle, señor, ahorcadle.

DOÑA INÉS.

Catad, que es un majadero
que mi dicha desbarata.

D. PEDRO.

Hija, en casa no se cata
sino á las doce el puchero.

Doña Inés.

Que es un tutor, vos decia,
que me acucia en este instante.

D. Pedro.

Pues haced que vuestro amante
acuda á la vicaría,
y verá como su mal
pronto remedio recibe.

Doña Inés.

E decidme, ¿dónde vive
esta dueña?

D. Pedro.

Voto á tal, *Ap.*
que ya me huele á malicia
muger tan preguntadora.

Doña Inés.

¿Non respondeis?

D. Pedro.

Id, señora,
acudid á la justicia;
y no dude vuestro afan,
que si mira vuestro empacho,
os casará sin despacho
con el mismo preste Juan.

ESCUDERO.

¡A la josticia! ¿Olvidais,
ó será errata de cuenta,
que en mil cuatrocientos treinta
es el año en que fablais?
¡A la josticia! ¿E pudiera
esta Diosa haber su asiento
en donde á cada momento
se la ultraja é vitupera?
Non señor: El Rey, sin ley,
preso yace en Tordesillas,
é las dos pobres Castillas
se encuentran como sin Rey.
Los nobles las alborotan,
los moros las amenazan,
los vandos las despedazan,
los disturbios las derrotan;
é sin fuero é sin decoro,
el miserable pechero,
sufre mas del propio acero,
que del acero del moro:
aqui el interés de suerte
nos arrastra é nos divide,
que lo ageno non se pide
si no lo toma el mas fuerte:
aqui la pasion nos manda,
é los ojos nos fascina;
la venganza nos domina,
la piedad non nos ablanda;

é aunque las leyes se irriten,
como agora mudas son,
las quejas de un infanzon
á su espada se remiten.
Ved, pues, la causa, señor,
porque esta triste doncella,
á quien un necio atropella,
requiere vuestro valor.

D. PEDRO.

¿Y era esto lo que yo echaba *Ap.*
tan de menos? No en mis dias,
no mas, no mas gollerías:
bien estaba como estaba.

D. FELIX.

Acabad, é conceded
lo que pide la cuitada.

D. PEDRO.

Repito que no haré nada.

D. FELIX.

¿Tal dice vuestra merced?

D. PEDRO.

Como usted lo oye.

ESCUDERO.

Mal hace,

é harto pronto lo verá.

D. PEDRO.

Pero á mí que se me da
que se case ó no se case.

D. FELIX.

Pues estando yo delante,
no permito se desaire
á fembra de tal donaire: *Tira el guante.*
alzad luego aquese guante.

D. PEDRO.

Alcelo usted que lo tira,
que yo no soy su criado.

ESCUDERO.

Ya os hallais desafiado.

D. PEDRO.

¿Quién, yo?

ESCUDERO.

Vos.

D. PEDRO.

Eso es mentira;
el señor no pronunció
tal cosa.

...

D. Felix.

Mas vos tiré
el guante.

D. Pedro.

Pero no lo alcé,
y en el suelo se quedó;
con que asi no lo entendí.

D. Felix.

Si no reñis como noble,
voto á tal, que de un mandoble
dos mil muertes vos dé aqui.

D. Pedro.

¡Vióse apuro semejante!

Doña Inés.

Favorecedme.

D. Felix.

O reñid.

D. Pedro.

¿No hay remedio?

D. Felix.

Non.

D. PEDRO. *Al Escudero.*

Pues id,
Y venga el agonizante,
que de ambos modos me doy
ya por muerto.

ESCUDERO.

¡Qué demencia!

D. PEDRO.

Y la temible sentencia
en mí se ejecute hoy;
pues si hago lo que pedís
el verdugo me acogota,
y si no luego me acota
este nuevo Belianís
para trincharme sin duelo:
asi, pues, si este es mi hado, *Se tiende*
quiero morir descansado. *en el suelo.*

D. FELIX.

¿Qué, os echais por el suelo?

D. PEDRO.

Aunque tal cosa os enoje.

D. FELIX.

Enderezad, ó temed....

D. Pedro.

Para qué? Píncheme usted
por donde mas se le antoje.

ESCENA XI.

Dichos y un Paje á la española antigua.

Paje.

Acorred nobles fidalgos,
é ricos homes de pró,
que la patria vos requiere
contra propia sinrazon.

D. Pedro.

Esta es otra que bien baila.

D. Felix.

¿Por qué suspendes la voz?
Fabla al punto, é dinos, paje,
de tu queja la ocasion.

Paje.

Mi queja, solo es la queja
de todo el que fiel nasció,
é reniega la discordia,
é su desorden feroz:
los campos se ven sin mieses,
los ganados sin pastor,
é las hazadas se arriman

por apañar el bridon.
Ved los fijos como dejan
al que vida y ser les dió,
é los hermanos se apartan,
é se dicen luengo á Dios.
Ved el esposo cual huye
de la que fiel le sirvió,
é trueca el caliente lecho
por el rocin corredor.
Ved al amigo que olvida
la fe que tanto juró,
é por distintas veredas
encamina su valor;
ved, en fin, nobleza é plebe
de Olmedo en derrededor,
los unos con lanza enristre,
é los otros sin morrion,
formar diferentes vandos,
é provocar con furor
lid contraria á su ventura,
pero grata á su pasion:
en el un campo se miran
D. Fadrique el lidiador,
é todos los que tremolan
del descontento el perdon:
en el opuesto se cuentan
leales, é con razon,
el condestable é su fijo,
el gran josticia mayor,
el conde de Benavente,

el de Haro, el buen Albornós;
é por fin, el que se dice
de Castrojeriz señor,
que si en la paz non se muestra,
en la guerra siempre andó:
acorred, pues, los fidalgos,
cabalgad sin dilacion,
que cuando el clarin alarma,
é la trompeta sonó,
los homes que se están quedos
no son homes, vive Dios:
é si lidia el vil pechero,
¿qué fará el buen infanzon?

D. Felix.

Acorramos á las armas.

Escudero.

Voy por las de mi señor,
seguidme el paje.

Paje.

Ya sigo.

ESCENA XII.

Dichos, menos el Escudero y Paje.

Doña Inés.

¡Oh qué sin ventura soy!
cá ¿dónde, si ora vos matan,

hallaré desfacedor
de mi entuerto?

D. PEDRO.

En la botica
por dos reales de vellon.

D. FELIX.

¿E á qué lado vos inclina,
Sr. Perez, vuestro ardor?

D. PEDRO.

Buena pregunta, á fe mia,
no la hiciera un cabador.

D. FELIX.

¿E por qué?

D. PEDRO.

Porque no ignora
que nací rancio español,
y en el lado en que esté el Rey,
ó su nombre, alli estoy yo.

ESCENA XIII.

Dichos y el Dotor.

DOTOR.

Guarda el moro, guarda el moro,
cá de las sierras bajó,

é con seiscientos ginetes
por nuestros llanos se entró.

D. Pedro.

¡Otro susto!

D. Felix.

¡Quién lo cuenta!

Dotor.

Un personero llegó,
que el obispo de Jaen
con presura despachó;
é diz que todo lo taſan;
é que los manda Almanzor,
el cid de la Andalucía,
el que mil veces venció,
en los juegos con destreza,
en las veras con valor.

D. Pedro.

Pues á fe que la tal tierra
es tierra de promision,
segun lo quieto y tranquilo
que vive su morador:
cuando no son los de casa,
los moros le dan temor;
y cuando no son los moros,
los enamorados son.
¡Quién quiere vivir asi!

¡ay! ¡si me viera en Chinchon,
que allí no hay mas enemigos
que escribano y comadron!

DOTOR.

¿Qué facemos?

D FELIX.

Ir á Olmedo,
é lidiar luego que el sol
salga é brille; cá despues
iremos del moro en pos.

D. PEDRO.

¡Escelente plus café
se dispone!

ESCENA XIV.

Dichos, Escudero y Paje.

ESCUDERO.

Ya, señor,
teneis aquí preparadas
vuestras armas.

D. PEDRO.

Sí; pues vos
ídmelas enjaretando
como os parezca mejor,
que yo por no ser armado,

ni lo fui de procesion.

D. Felix.

¡Braba celada!

Escudero.

¡Buen peto!

D. Felix.

¡El escudo es de primor!

D. Pedro.

Pues ¿dónde dejan ustedes
tan descomunal lanzon,
que á su lado, el de Longinos
fue palillo de tambor?

Doña Inés.

Esta cinta vos presento
de favor.

D. Pedro.

¡Lindo favor!
Guardadla para divisa
de algun toro de Gijon.

Escudero.

Ya estais armado.

D. Pedro.

Me alegro.

D. Felix.

Servidnos, pues, de guion;
cá todos vos seguiremos,
é á vuestro lado....

D. Pedro.

¿Quién? ¿Yo?
Primero es que pueda dar
un paso.

D. Felix.

¿Sentis temor?

D. Pedro.

Qué temor ni qué morcilla,
lo que siento es veinte y dos
arrobas de peso encima
de mi cuerpo.

Escudero.

¡Qué baldon!

D. Pedro.

Será lo que ustedes quieran;
pero repito que no
puedo moverme.

PAJE.

El rocin
tasca el freno.

D. PEDRO.

Pues, señor,
lo dicho, dicho: si ustedes,
llevados de compasion,
no cargan conmigo acuestas,
aqui me quedo.

D. FELIX.

Por Dios,
que si no hay otro remedio,
podrán ayudaros dos
pajes hasta que logreis
cabalgar.

D. PEDRO.

No entiendo yo
de ayudas: carguen conmigo
si me quieren lanceador.

D. FELIX.

Pues que carguen.

D. PEDRO.

Pues que carguen.

ESCUDERO.

Facedlo, pajes; é vos
id delante.

D. PEDRO.

No me opongo:
Dios mio, dadme valor,
que si en ogaño me miro,
no quiero otro antaño, no.

ESCENA XV.

D. Juan é Isabel.

ISABEL.

¿Escuchaste?

D. JUAN.

Lindamente;
desde el principio hasta el fin.

ISABEL.

¿Y va bien?

D. JUAN.

Perfectamente;
mas ¿dónde toda esa gente
se encamina?

ISABEL.

Hácia el jardin:
álli desengañarán
su envejecida manía,
y luego celebrarán
tanta dicha, y bailarán
hasta muy entrado el dia;
pues habiendo ya llegado,
como llegó la noticia,
de que la corte ha logrado
el instante afortunado
de haber su Reyna y delicia,
no es justo, pues, que en Chinchon
esté muda la lealtad,
que no hay (por triste) rincon
desde donde la oblacion
no interese á la deidad.

D. JUAN.

Es cierto.

ISABEL.

Y tanto como es.

D. JUAN.

Pues podemos, segun veo,
ir nosotros.

ISABEL.

Vamos, pues;
y ojalá tengan mis pies
las alas de mi deseo.

ESCENA XVI. Y ULTIMA.

Jardin magníficamente adornado é iluminado. En el fondo se descubrirá el templo de la gloria, y á sus lados, pero mas hácia la escena, dos jarrones de murta, que se abrirán á su debido tiempo, y descubrirán los retratos de los Reyes. Cuando llegue este caso, deberá salir del templo una matrona, representando la España, con una corona en cada mano; siendo de laurel la que lleve en la derecha, y de oliva la otra, y figurará coronar con ellas á los retratos: aparecen ya sobre la escena D. Felix, D. Pedro, Doña Inés, Escudero, Dotor, Pajes y cuerpo de baile. Luego Isabel y D. Juan.

D. PEDRO.

Pero para tanto engaño,
y tal trapalonería,
forjado todo en mi daño,
¿qué motivo?...

D. FELIX.

Un desengaño
tan solo se apetecia.

D. PEDRO.

Desengaño!

D. FELIX.

Sí señor,
y digno de agradecer;
pues no hay servicio mayor
que disipar un error,
proporcionando un placer.

D. PEDRO.

No encuentro ninguno, cuando
se me asusta, como hicisteis.

D. FELIX.

Lo encontrareis, comparando
el bien que estais disfrutando
con el mal que antes hubisteis;
recordad del ya pasado
tiempo lo poco seguro,
lo agreste y desaliñado,
lo incierto, pobre y cansado,
lo ignorante, tosco y duro:
y ved luego la presente
sociedad tan baldonada,

cual camina diligente
hácia el estado eminente
de perfeccion deseada.

ESCUDERO.

Sábias leyes nos protejen,
y defienden y aseguran;
y aunque los malos se quejen,
no haya miedo que motejen
las ventajas que procuran.

DOTOR.

Ya los errores pasaron,
ya se busca la verdad;
y las ciencias alcanzaron,
con la luz que demostraron,
disgustar de obscuridad.

DOÑA INÉS.

Las artes encantadoras,
la música, la Poesía
engalanan nuestras horas,
produciendo seductoras
placer y cortesanía.

ESCUDERO.

Entonces todo era susto,
guerra, facciones y duelos;
y en tiempos de tal disgusto,
nadie esperaba lo justo,

...

á no venir de los cielos.

DOTOR.

Entonces la necedad,
deidad era peregina;
con tan magna ceguedad,
que para hallar la verdad,
se buscó en la medicina.

ISABEL.

El tierno amor se trataba
como materia de estado;
y el que diez años rogaba,
ni siquiera adelantaba
lo que ahora un recien llegado.

D. FELIX.

Negar, fue tener razon.

ESCUDERO.

Perseguir, filosofia.

DÑA INÉS.

Disputar, educacion.

DOTOR.

Y exacta demostracion,
un *ergo* de teología.

D. FELIX.

Y si acaso no cedeis
en vuestro temoso intento,
ni tampoco os convenceis,
veamos pues, ¿qué respondeis
á nuestro último argumento?

Da una palmada, y descubre los retratos.

D. PEDRO.

¡Qué miro!

D. FELIX.

Un REY adorado,
una REYNA apetecida,
un momento deseado,
y un enlace coronado
por la patria agradecida.

D. PEDRO.

¡Qué! ¿llegó ya?

D. FELIX.

Sí, llegó,
y nuestro orgullo con ella;
mas ¿qué respondeis?

D. PEDRO.

¿Qién, yo?

Que nadie nunca admiró
una adquisicion tan bella,
como sabe mi lealtad
admirarla en este dia;
y en prueba de tal verdad,
confieso mi terquedad
y mi anticuaria manía.

DÑA INÉS.

¿Nos perdonais, segun eso?

D. PEDRO.

Y os caso por buen garante.

DOÑA INÉS.

Grato fin.

D. FELIX.

Feliz suceso.

D. PEDRO.

Porque no tuviera seso
si no os casára al instante:
entre tanto celebrad,
amigos, tales venturas;
cantad, tocad y bailad,
que en tan gran festividad,
locuras serán corduras.

Baile general.

Versos que se recitaron en las primeras representaciones de esta comedia por los principales actores de ella, en obsequio de SS. MM.

OCTAVA.

Verdes coronas de laurel y oliva
Ciñan y adornen vuestra augusta frente;
Nunca se os muestre la fortuna esquiva;
Siempre su imperio la justicia ostente:
El nombre de BORBON eterno viva,
Y suene sin cesar de gente en gente,
Desde el siglo presente al mas remoto:
Tal es ¡oh Reyes! de la España el voto.

SONETO.

Cual cedro, que en el Libano levanta
De las nubes á par su altiva frente;
Y estendiendo sus ramas, no consiente
Arbusto en torno suyo, flor ni planta;
Asi descuella con grandeza tanta,
Reyna augusta, tu mérito eminente;
Pues bella entre mil bellas, solamente
Tu voz suspende, tu mirar encanta.
Mas ¿por qué estraño tal efecto, cuando
Dulce esperanza de la patria mia,

Eres esposa de FERNANDO cara?
Su dicha nuestra dicha vas labrando,
Su amor y nuestro amor en tí confia;
Y ya el nombre de madre te prepara.

OTRO.

Breve período de grandeza y gloria,
Aunque de ilustre y larga nombradía,
¿Puede acaso ninguno en este dia
mancillar con sus hechos tu memoria?
En buen hora recuerde nuestra historia
Esfuerzos de Numancia ó de Pavía;
Si lauro solo entonces se adquiria,
Laurel con libertad nos dió Vitoria.
¡Qué no se debe al pueblo que ha vencido
Por su FERNANDO en desigual pelea,
El noble grito de la patria alzando!
Honor y paz por ello ha conseguido,
Honor y paz, y dicha siempre sea
Divisa fiel del siglo de FERNANDO.

DON DIEGUITO.

COMEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS

POR DON MANUEL EDUARDO

DE GOROSTIZA.

MADRID:

EN LA IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEBRO.

1820.

Se hallará en la librería de Gonzalez, calle de Atocha, frente de los Gremios, con un surtido de Comedias, Tragedias y Sainetes.

PERSONAS.

D. Anselmo.
D. Dieguito.
D. Cleto.
D. Simplicio.
Doña María.
Doña Adelaida.
Simon, criado.

La Escena es en Madrid, en casa de don Cleto, y en una sala de la habitacion, que ocupa en ella don Dieguito.

DON DIEGUITO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO Y DON DIEGUITO.

D. Dieg. Mil veces y mil repito,
que habeis obrado muy mal.
D. Ans. Pero dime, pese á tal,
¿En donde está mi delito?
D. Dieg. En dejar á Santander,
sin escribirme siquiera
dos renglones.
D. Ans. Bueno fuera,
queriéndote sorprender,
enviártelo yo á decir.
D. Dieg. Pues si media hora tardais
en llegar, no me encontrais.
D. Ans. ¡Ola! ¿pensabas salir?
D. Dieg. Sí Señor; hay baile en Francia...
D. Ans. ¡Y te ibas sin mi licencia!
dígote que es imprudencia.
D. Dieg. Y la vuestra es ignorancia.

¡Cuánto sentís la montaña
tio y Señor!
D. Ans. Ya se vé
que lo siento y mucho; que,
¿no hay mas que salir de España?
D. Dieg. No quise hablaros tampoco
de tamaña tonteria;
solo sí, que Vmd. olia
á montañes.
D. Ans. Y dí loco,
sin respeto ni decoro,
¿A que huele un montañes?
porque si á escabeche no es,
bien sabe Dios que lo ignoro.
D. Dieg. Que os he de hablar, estoy viendo
siempre en lenguage muy llano.
D. Ans. Mira, háblame en castellano,
y verás como te entiendo.
D. Dieg. Pues sepa Vmd. ya que viene
de provincia, y no lo sabe,
(aunque ignorancia tan grave
casi disculpa no tiene)
que el ir á Francia, es lo mismo
que ir á ver su Embajador.
D. Ans. ¿Y quien entiende señor
tan elegante modismo,
á no ser uno de Vmds.?
D. Dieg. Es verdad; y apostaría
á que no se me entendia,
ni en Móstoles, ni en Paredes;
y ya vé Vmd. caro tio
si están cerca.

D. Ans. Si lo están.
Mas no, no te entenderán
de seguro, yo lo fio.
D. Dieg Pero dejemos á un lado
semejante necedad,
y decidme ¿qué deidad,
os ha tan bien inspirado?
¿qué genio os ha conducido
tan bienhechor y tan grato,
á Madrid?
D. Ans. Un Maragato,
es solo quien me ha traido.
D. Dieg. ¡Maragato! puf que horror.
D. Ans. Oyes, no era muy bonito,
mas con todo, te repito
que ha sido mi conductor;
y cuando el mal pensamiento
de ver á Madrid me dió,
con la idea de ser yo
padrino en tu casamiento,
no puse el mayor cuidado
en la beldad del muchacho,
sino en el trote del macho
en que vine atravesado.
D. Dieg. Segun eso amado tio
dejais por mí vuestro hogar.
D. Ans. ¿Y qué hay de particular
en eso sobrino mio?
¿No eres tú de mi caudal
solo y único heredero?
¿No te educó con esmero
mi cariño paternal?

Si vinistes á la Corte
á soñadas pretensiones,
no fueron, dí, mis doblones,
los que te dieron el porte
de galan y de entendido?
¿Contrarié jamas tu gusto?
pues entonces ¿no es muy justo,
ya que quieres ser marido,
que tambien quiera mi amor
conocer con barrabás,
la sobrina que me das?
D. Dieg. ¿Y cómo podré señor,
dignamente agradecer,
un favor tan señalado?
D Ans. Está luego harto pagado
si se llega á conocer,
pero Diego y con tu amante,
¿en qué alturas te hallas, dí?
D. Dieg. Toma, que me adora.
D. Ans, Sí,
pues has logrado bastante:
¿y el padre?
D. Dieg. Sin duda alguna,
me quiere con mas terneza
que la chica, y mas firmeza.
D. Ans. Jesus hombre y que fortuna.
D. Dieg. Si señor, y aunque abogado
de crédito cual ninguno,
no defiende pleito alguno,
sin haberlo consultado
antes conmigo.
D. Ans. ¡Qué dices!

¿y saben eso los clientes?
D. Dieg. Lo ignoro, pero son gentes
que tienen buenas narices
y ya lo habrán conócido.
D. Ans. Pues mira querido Diego,
quien pierda su pleito, luego
te ha de estar agradecido.
D. Dieg. Es mucho lo que me quiere
don Cleto, y sin opinion
propia, en cualquiera ocasion
á mi opinion se refiere:
por eso Vmd. le verá
preguntarme á troche y moche,
don Dieguito ¿es ya de noche?
don Dieguito ¿lloverá?
y otras mil cosas que evito,
por ser relacion molesta.
D. Ans. Ya, como que tiene puesta
su confianza en don Dieguito
D. Dieg. ¿Y la madre? ¡que señora
tan buena! si pierde el juicio
por mí, ¿pues y don Simplicio?
D. Ans. ¡Calla! ¿á que tambien te adora
don Simplicio?
D. Dieg. Que sé yo,
pero á lo menos lo dice;
y á cada instante bendice
la madre que me parió.
D. Ans. ¿Y quien es el tal?
D. Dieg. El tal,
es un amigo querido
del padre, que ha dirigido

la educacion racional
de la hija.
D. Ans. ¿Con que sabrá
mucho?
D. Dieg. Ya se ve que sabe.
¡Sabe el frances!
D. Ans. ¡Ola! grave
estudio.
D. Dieg. Y tradujo ya
no se si fueron dos mil
melodramas.
D. Ans. Pues amigo,
si tradujo bien, te digo
que no es ningun zascandil.
D. Dieg. Y cuánto no hubiera dado,
porque á sabio tan divino,
en casa de Seferino,
hubiese Vmd. escuchado
ayer mismo al medio dia.
D. Ans. ¿Es casa de algun señor,
de las ciencias protector?
D. Dieg. No, es una pastelería
donde fuimos á almorzar.
D. Ans. ¿Y quién pagó?
D. Dieg. Pagué yo:
porque á los hombres de pró,
jamas permito pagar.
D. Ans. No hiciera mas Salomon;
que un literato cabal,
tiene en letras su caudal,
nunca en reales de vellon.
D. Dieg. Pues como digo; fue tanto

lo que el hombre me elogió,
que casi me sonrojó.

D. Ans. Mas humilde eres que un santo;
¿pero que sabes hacer,
di, para que asi te adoren
las hembras, y se enamoren
los machos de tu saber?

D. Dieg. No sé, mas ello no es cuento.

D. Ans. ¿Será estrella?

D. Dieg. No es estrella;
sino mi figura bella
y mi gran entendimiento.
¿Quiere Vmd. que le refiera,
de que modo conocí
á mi Adelaida?

D. Ans. Hombre sí.

D. Dieg. Fue cosa muy lisongera.
Un domingo en cierta parte
donde bailabamos antes,
entre un grupo de elegantes
hijos de Venus y Marte,
que todos ellos hablaban
aun tiempo, y se divertian
infinito, pues reian
y asi propios se escuchaban:
una señorita estaba
tan discreta como hermosa,
que lánguida y desdeñosa,
apenas les contestaba.
Cuanto la vi, me gustó;
la hice señas, y en verdad
si os he de hablar realidad,

en ellas no reparó.
Su indiferencia por fin
cansó mi orgullo ofendido,
y asi poniéndome erguido,
arreglando el corbatin,
atusándome el cabello,
y el sombrero bajo el brazo,
me acerco paso ante paso
adonde estaba aquel bello
serafin, aparentando
que por distraccion me arrimo,
y saludando con mimo
á cuantas iba mirando,
llegué al cabo, y con la idea
de que viese el tono mio,
le hablé de calor y frio,
de Maiquez y la Correa,
de Paris, (donde no he estado,)
de bailes, músicas, cantos,
y en fin murmuré de cuantos
se hallaban á nuestro lado.
¡Mas hay Dios y que fracaso!
la ninfa de mis amores,
apesar de mis primores
no me hizo tampoco caso;
y cuando quise despues
ponderarla su hermosura,
el diablo de la criatura,
solo respondió con pues,
vaya, jesus que burlon,
son Vmds. muy ladinos,
ó con otros desatinos

que aumentaban mi pasion.
Aburrido al ver tan rara
frialdad, pensé en retirarme:
en esto siento abrazarme
por detras, vuelvo la cara,
halló un simple conocido,
que se informa cuidadoso
de mi salud, que enojoso
me abruma á puro cumplido,
que habla de Vmd., de su renta,
que exagera mi caudal,
y que despues informal,
sin despedirse se ausenta.
La niña con atencion
observaba aquesta escena,
y sin duda la enagena
mi talle y mi discrecion;
pues luego que el importuno
se va, con dulce sofiama
me mira, se rie, me llama
y distingue cual ninguno.
Bailamos señor, bailamos
en seguida siempre juntos.
Hablamos de mil asuntos
y del nuestro al cabo hablamos;
y fue tal nuestra pasion,
que ya nos juramos fe
eterna, en un balancé
del séptimo rigodon.
D. Ans. ¡Mire Vmd. tanto desvio
en lo que luego paró!
D. Dieg. Y en tal noche, no se yo

como pudo el dueño mio
de mi figura gustar,
por cierto lo extraño mucho;
pues estaba tan malucho,
y acababa de pasar
tal crugida, que en verdad
ya fue buena, como que
burla burlando, apuré
en mi corta enfermedad
cuantos diascordios habia
en la botica famosa
de la Reina Madre.

D. Ans. ¡Hay cosa
mas rara! pues si tenia
cuatro novios como tú
por vecinos, la botica
quedaba pronto mas rica
que una mina del Perú.

D. Dieg. Los padres no conocieron
nuestra pasion, porque atentos
me hicieron mil cumplimientos,
y su casa me ofrecieron.
Luego me dejaban solo
con ella por el jardin,
y luego... vamos por fin
me enamoré como un bolo.
¡Mas casualidad maldita!
cuando estaba mas metido,
sale el viejo con que ha olido
la maraña, gruñe, grita,
mil escrúpulos le asaltan,
me declara cruda guerra,

y de su casa me cierra
las puertas.
D. Ans. Vaya, no faltan
contratiempos en tu historia.
D. Dieg. Por fortuna no soy tonto,
y supe conjurar pronto
el nublado; aunque la gloria
debo en parte á don Simplicio,
pues fue quien me aconsejó
que de boda hablase yo.
D. Ans. ¡Cáspita y que beneficio!
¿Por supuesto bastaria
que esta voz se pronunciase,
para que al fin se allanase
todo?
D. Dieg. En aquel mismo dia:
despues una habitacion
se encuentra desocupada
en la casa de mi amada,
y sin ninguna intencion
se me ofrece por los viejos;
yo la admito porque al cabo
quise estar mas cerca.
D. Ans. Bravo,
siempre es mejor que estar léjos.
D. Dieg. ¿Quien lo duda?
D. Ans. Pero chito;
que he sentido cierto ruido
de campanillas. Querido,
¿tiene tu suegro bendito
calesin?
D. Dieg. ¿Y para qué?

D. Ans. ¡Toma! para ir la otoñada
al consejo.
D. Dieg. ¡Que bobada!
en caso fuera bombé:
mas sino me engaño, son
los sellos de don Simplicio.
D. Ans. pues eran para mi juicio
calesin ó procesion.

ESCENA II.

Don Simplicio y dichos.

D. Simpl. Señor don Diego sabed
que vengo comisionado
por vuestro dueño adorado
para que... ¡Ah! perdone Vmd. *repara en*
caballero. *don Ans.*
D. Ans. Servidor
de Vmd.
D. Simp. Vuestro me repito:
escuche Vmd. don Dieguito,
con licencia del señor.
D. Ans. Vmd. la tiene: este va *ap.*
á preguntar quien soy yo.
D. Simp. ¿De qué tapiz se arrancó *ap. á*
la figura que alli está? *D. Dieg.*
D. Dieg. Sepa Vmd... *id. á D. Simp.*
D. Simp. Por vida mia *id. á D. Dieg.*
que es espantosa vision;
¡qué chupa! ¡que casacon!
mullidor de cofradia

cuando menos será el tal.

D. *Dieg.* Don Simplicio poco á poco... *á Simp.*

D. *Simp.* O si en esto me equivoco,
podrá ser un animal. *á D. Dieg.*

D. *Dieg.* ¡De mi tio se habla asi! *id. á Simp.*

D. *Simp.* ¿Qué dice Vmd. por S. Telmo? *id. á D. Dieg.*

D. *Dieg.* Que es mi tio don Anselmo. *id. á D. Simp.*

D. *Simp.* ¿El de los millones? *id. á D. Dieg.*

D. *Dieg.* Sí. *id. á Simp.*

D. *Simp.* Acabára Vmd. de hablar. *id. á D. Dieg.*
Una y mil veces dichoso *á D. Ans.*
este instante venturoso
es para mi, si abrazar
al mortal ilustre puedo
cuya sensibilidad,
bondad, amabilidad,
providad, edad, y...

D. *Ans.* Quedo,
don Simplicio; basta ya
de piropos.

D. *Simp.* No señor,
no basta; porque mi amor,
es mucho amor. Ojalá
que la fama me cediese
por un instante, las cien
trompetas....

D. *Ans.* ¡Ay Dios! ¿y quién
quiere Vmd. que se estuviese
dos minutos á su lado?
pobres orejas.

D. Simp. Entonces
su nombre de Vmd. volára
de boca en boca, y lográra
eternizarse con bronces,
estatuas y monumentos;
entonces... pero que digo,
permítame Vmd. amigo,
que deje los cumplimientos,
y en alas de mi deseo,
noticia tan placentera
anuncie.

D. Ans. Como Vmd. quiera,
don Simplicio; pero creo
que mi trage no es decente,
para ponerme delante
de damas y...

D. Simp. Es elegante,
si señor; y ciertamente
todos dirán que su corte
es á la inglesa, que él es
obra de un sastre frances
establecido en la Corte,
y que os costó sendos reales.

D. Ans. Pues tenga Vmd. por muy cierto,
que es obra de un sastre tuerto
natural de Castro Urdiales.

D. Simp. Y añada Vmd. que tambien
se encuentra la prueba en eso,
del espantoso progreso
de las luces: ¿ digo bien,
don Dieguito?

D. Dieg. Qué sé yo.

fuera en verdad muy perverso,
si á la faz del universo,
no declarase que no.
Esa hechura en realidad,
no es de moda.

D. Simpl. Yo no digo
que lo sea, pero....

D. Dieg. No amigo:
en puntos de esta entidad,
no transijo con mi honor.

D. Simpl. Es terrible este *á D. Ans.*
don Diego:
jóven, rico, amable y luego
petimetre... mas señor
es preciso confesar
que teneis todo un sobrino.

D. Ans. ¿Quien lo niega?

D. Simp. Es desatino,
lo que debe adelantar
en su carrera.

D. Ans. Si tal;
cuando empiece una carrera.

D. Simp. No hay muger que no se muera
por él.

D. Ans. Pues hacen muy mal.

D. Simp. Ya se ve, tiene tan bella
figura....

D. Ans. No he reparado.

D. Simp. Su talento es despejado...

D. Ans. Me alegro.

D. Simp. Y despues aquella
instruccion, aquel despejo

que el cielo le ha concedido,
admira.
D. Ans. ¿Con que es instruido?
D. Simp. Si señor, por mi consejo,
se traga cuanto papel
ya docto, ya literario,
se imprime.
D. Ans. ¿Hasta el calendario?
D. Simp. Tambien se cuenta con él.
D. Ans. Sopla.
D. Simp. Mas quiero callar
porque pudiera ofender
su modestia y....
D. Dieg. No puede ser;
No señor, y continuar
debe Vmd.
D. Ans. Mas el recado
consabido....
D. Simp. Voy corriendo,
pero ántes será diciendo
que sois muy afortunado *á D. Ans.*
en tener tal sobrinito;
pues por mas que lo busqueis
es fijo que no podreis
hallar otro D. Dieguito.
D. Ans. ¡Y necio de mi! pues yo
no juzgué que el chico fuera,
un hombre como cualquiera.
D. Simp. ¡Como cualquiera! eso no;
es un ser muy diferente.
D. Ans. Ya lo empiezo á conocer.
D. Simp. Agur pues.

D. Ans. Hasta mas ver.
Qué necio y que impertinente. *ap.*

ESCENA III.

Don Anselmo y Don Dieguito.

D. Dieg. Vaya tio, la verdad,
no es cierto que Don Simplicio
es un pájaro de cuenta?
D. Ans. No hay duda sobrino mio;
es un hombre estraordinario.
D. Dieg. ¡Toma! por eso le he visto
siempre á la moda....
D. Ans. Lo creo.
D. Dieg. Y le llevan en palmitos,
y.... por eso me contentan
sus elogios repetidos,
mucho mas que si saliesen
de los lavios esquisitos
de un doctor en teología.
D. Ans. ¿Y si fuesen escesivos?
¿y si acaso te tratase
con demasiado cariño,
con harta parcialidad,
qué dirias? él es tu amigo,
y algo pródigo en elogios.
D. Dieg. ¡Pródigo en elogios! lindo,
precisamente de nadie
hablar bien nunca le he oido
sino de mí.
D. Ans, Mayor causa

para desconfiar sobrino.
Tú no eres ningun Adonis,
como ya te lo habrá dicho
el espejo muchas veces;
además ¿donde has seguido
los estudios? ¿cuáles aulas
has cursado? vaya, dilo
para encontrárte adornado
de un saber tan repentino?

D. Dieg. ¿Con que nada sé?

D. Ans. Sabrás
sino lo has puesto en olvido,
la gramática latina
que te enseñó siendo niño
el dómine en Santander,
y aquello que por tí mismo
hayas podido aprender
en Madrid; que si yo digo
lo que siento, nunca será
mucho.

D. Dieg. Pues mire vmd. tio,
lo que es gramática sé
bien poca, pero os afirmo
que nada absolutamente
desde entónces he aprendido.

D. Ans. ¿Luego tu ciencia es infusa?

D. Dieg. Infusa, ó no es positivo
que todos dicen que tengo
un talento peregrino.

D. Ans. El talento como el suelo
mas feraz, si de cultivo
carece, nunca produce

sino inútiles espinos;
así Diego, nada importa
que lo tengas esquisito,
si te falta la instruccion.

D. Dieg. No me falta, ¡ay tal capricho!

D. Ans. ¿Pues dime que sabes?

D. Dieg. Yo?

D. Ans. Tú.

D. Dieg. No lo sé á punto fijo,
pero ello es que hablo de todo,
y me aplauden, y decido
magistralmente y....

D. Ans. Pues eso
no es saber nada, Dieguito.

D. Dieg. Ya, porque no lo estudié;
como si fuese preciso
para ser un literato,
enterrarse entre los libros.

D. Ans. Hombre á mi me parecia
necesario requisito.

D. Dieg. En la montaña quizá
lo será, pero es sabido
que nunca en la Corte se hila
tan delgado.

D. Ans. Te repito
que no lo entiendo.

D. Dieg. Además.
qué interés habrán tenido
ni Don Cleto ni su esposa
ni Adelaida ni Simplicio
en engañarme y decir
lo que dicen? Adivino

que me saldreis con la pata
de gallo, que nunca han sido
voto las mugeres, cuando
nos hablan de sus queridos
hasta despues de casadas
con ellos; mas señor mio,
¿el Don Simplicio y Don Cleto
se casan tambien conmigo?

D. Ans. Soy de dictámen que no.

D. Dieg. Pues ámbos juran que han visto,
un pozo de ciencia en mí.

D. Ans. Permita el cielo divino
que no sea en falso.

D. Dieg. Mil gracias
por el cumplimiento, tio.

D. Ans. No te enfades hombre y sea
lo que quieras. Si han cabido
dudas en mi corazon,
si manifesté sencillo
mi temor, de que no fuesen
la buena fé ni el cariño
los sentimientos que dictan
elogios tan desmedidos;
no fué porque tú no puedas
merecerlos; pero amigo
por desgracia no soy jóven,
y muchas veces he visto,
ensalzar hoy, lo que ayer
mereció befa y ludibrio,
y vice versa. Te acuerdas,
dime, de Don Agapito,
aquel pretendiente á togas

tan flaco y tan consumido,
y de quien todos burlaban
en la tertulia del primo
Don Eustoquio?

D. Dieg. Sí me acuerdo.

D. Ans. Pues luego le he conocido
oidor en Oviedo, y ya
era un hombre muy sabido
y muy leído; despues
le nombraron para Quito
de Regente y ya era un sábio,
y se murió el pobrecillo
por último y volvió á ser
para todos un borrico.
Mira tú que altos y bajos
el concepto ha padecido
del pobre Regente, y piensa
si estás espuesto á los mismos.

D. Dieg. Como yo no fuí Regente,
ni....

D. Ans. Pero puedes ser rico,
y....

D. Dieg. Silencio por la Vírgen,
que viene....

D. Ans. ¿Quien? un novillo.

D. Dieg. No señor, mi suegro y toda
su familia.

ESCENA IV.

Doña María, Doña Adelaida, Don Cleto, Don Simplicio y dichos.

D. Cleto. Bien venido
señor Don Anselmo, vaya
tuvo vmd. bien calladito
su viaje....
D. Ans. Fué tan de pronto...
D. Clet. Y no sé como no riño
con vmd.; pero mejor
será abrazarle.
D. Ans. Del mismo
dictámen soy.
D. Clet. ¿Sabe vmd.,
que está rejuvenecido,
y que nadie le dará
treinta años?
Doñ. Mar. Ni veinte y cinco;
pues no ves el sonrosado
de las mejillas, el brillo
de los ojos, el.... si no
que lo diga Don Simplicio.
D. Simp. Teneis razon, y apostára
á que el señor ha tenido,
la fortuna de bañarse
en el seno cristalino
de la fuente de juvencio.
D. Ans. ¡Bañarme en fuente! pues digo
acaso los Montañeses

somos tan puercos; los ricos
tomamos baños en tina,
y los pobres en el rio.

D. Dieg. Hablaba en alegoría.

D. Ans. Ese es otro desatino,
guarde vmd. su alegoría
para el cortesano lindo
que dice lo que no siente,
y lo que no se le dijo
oye, pero á Montañeses
el pan pan, y el vino vino.
Mas hablemos de otra cosa;
supongo señores mios,
que de la amable Adelaida,
estoy viendo los hechizos?

Doñ. Adel. Soy muy servidora vuestra.

D. Ans. Advierto que mi sobrino
no me ha engañado y que son
sus retratos parecidos.

Doñ. Mar. ¡Ola! con que escribió á vmd.

D. Ans. Mil veces.

Doñ. Mar. Que picarillo,
y decidme ¿en prosa ó verso?

D. Ans. Con prosa sobra infinito,
cuando se pide dinero,
y como éste siempre ha sido
el objeto principal
de sus cartas....

Doñ. Mar. Pues amigo
tiene mucha habilidad;
y si no, vaya Dieguito,
recite vmd. si es que gusta

aquel soneto tan lindo
que compuso á un estornudo
de Adelaida.
D. Dieg. ¡Qué delirio!
Doñ. Mar. ¿Por qué?
D. Dieg. Sino vale nada.
Doñ. Mar. Modestia, usado artificio
con que siempre los autores
disfrazan su orgullo mismo;
así pues, fuera modestia.
Doñ. Adel. Quizá el señor no halla digno
el objeto y....
D. Simp. Un estornudo,
Adela es un desperdicio,
y un desperdicio de vmd.
puede dar harto motivo,
no digo para un soneto,
sino tambien para cinco
melodramas: por lo cual
soy de opinion que sin mimos
ni subterfugios, nos diga
su soneto Don Dieguito.
D. Dieg. Pero si....
D. Ans. Vamos no te hagas
de rogar, que si salimos
despues con lo que me temo,
mereces dobles silvidos.
D. Dieg. Pues señor, por obediencia
solamente lo recito.

A la encantadora Adelaida, oyéndola estornudar el dia 14 de Setiembre de 1818 á las 3 y 29 minutos de la tarde.

SONETO.

Si fuese negro, guachi repitiera;
Alá te guarde siendo musulmano,
y si hubiese nacido castellano
con un *dominus tecum*, respondiera.
Pero como la suerte lisonjera
me eleva á petimetre cortesano,
por mas que Dios me tenga de su mano,
te diré lo que nadie te dijera.
Primero te diré que el Dios Cupido,
tira flechas con arcos diferentes
para hacernos dichosos ó infelices;
y despues te diré que complacido
al observar mis prendas eminentes,
para mí, se sirvió de tus narices.

D. Simp. Bravo amigo, lindamente.
D. Clet. ¡Que soneto tan divino!
D. Simp. Esto se llama hacer versos;
que vengan pues los Virgilios,
los Lopes, los Garcilasos,
y verán....
D. Ans. Con que este chico
compone mejores versos
que Lope.
D. Simp. Con tercio y quinto.
D. Ans. ¡Y con esa figurilla

tan poco poética!
Doñ. Mar. Amigo
no teneis por Dios razon;
la figura de Dieguito,
es tal, cual siempre conviene
á la gente de su oficio.
¿Ha visto vmd. en su vida
un poeta gordo, rollizo
ni con buenas pantorrillas?
D. Ans. Son tan pocos los que he visto.
D. Clet. Don Dieguito ¿sale vmd.
esta noche?
D. Dieg. No, es preciso
sacrificarla en obsequio
de nuestro recien venido.
D. Clet. Pues entónces vamonos
á la sala, y divertidos
podremos pasar el rato
hasta la cena.
Doñ. Mar. Un tresillo
jugaremos.
Doñ. Adel. No mamá;
soy de parecer distinto,
mejor será que sigamos
nuestro tema interrumpido
por el señor.
D. Simp. Hablaremos.
Sensibilidad.
D. Dieg. Pues listo
vamos todos.
D. Ans. Vamos todos.
Ay Valladolid bendito *ap.*

que bien tu casa de orates
estuviera en este sitio.

ESCENA V.

Don Cleto y Don Dieguito.

D. Clet. Don Dieguito.
D. Dieg. Mande vmd.
D. Clet. Ya que llegó vuestro tio,
bueno fuera que á su vista
se zanjase el consabido
enlace, y si fuese pronto
mejor.
D. Dieg. Sí, sí muy bien dicho;
cuanto se desnude, pienso
hablarle.
D. Clet. Mañana mismo
viene á casa un Escribano
para ciertos asuntillos,
y puede hacer de una via
dos mandados; esto es, digo
si á vmd. le parece.
D. Dieg. Vaya
si me parece: poquito
lo deseo yo.
D. Clet. Y con razon;
porque caballero mio,
aun no sabe su merced
que gran cosa es ser marido.

FIN DEL PRIMER ACTO

DON DIEGUITO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SIMON.

Simon. Que ganas tengo de ver
á mi señor don Anselmo
y de abrazarle! tres años
(como quien dice tres credos)
hace ya que su merced
nos envió á Madrid, cediendo
de su sobrino querido
á los incesantes ruegos,
y otros tres hace tambien
que obediente á sus preceptos,
dejé de ser criado suyo
para serlo de don Diego;
porque al fin, siempre conviene
que un criado antiguo... mas siento
pasos... calla, si será
don Anselmo, si, en efecto,
él es.

ESCENA II.

Don Anselmo y Simon.

D. Ans. Sensibilidad:
mas habladora, no pienso
hallarla en toda mi vida,
cáspita y que... Simonzuelo.
Simon. Señor.
D. Ans. Muy caro te vendes.
Simon. ¿Con que me echó Vmd. de menos?
D. Ans. Pues no.
Simon. Cuando Vmd. llegó
estaba en el coliseo,
y por eso, ya se vé
no estaba en casa.
D. Ans. Lo creo.
¿y que comedia te han dado?
Simon. El mágico de Salerno.
¡Si viera Vmd. cuanta gente!
D. Ans. Como el tal es hechicero,
la habrá llevado por magia.
Simon. No señor; pero hay sus vuelos,
y sus maromas pintadas,
y su poquito de infierno,
y despues para acabar
hay su gloria.
D. Ans. Muy bien hecho;
no puede haber un final
que mas convenga.
Simon. Y por eso

va la gente, porque al cabo
á todos gusta lo bueno.

D. Ans. Tienen razon.

Simon. Pero vaya,
¿como encontrais á don Diego?

D. Ans. Muy bien.

Simon. ¿No habeis reparado
que estiron ha dado?

D. Ans. Cierto.

Simon. ¿Y qué bueno está?

D. Ans. Parece
canónigo de Toledo,
cuando en lo gordo no sea,
en lo sano y satisfecho.

Simon. ¡Ya! tal vida se mama.

D. Ans. ¡Oiga!
segun eso ¿está contento?

Simon. ¡Toma! pudiera no estarlo,
yo tambien lo estoy.

D. Ans. Me alegro
infinito.

Simon. Sí señor;
si desde que el casamiento
se trató, puede decirse
que estamos en nuestro centro,
pues se nos mima y regala
y cuida y....

D. Ans. Pues Simon, puedo
asegurarte que nada,
nada me complace menos
que esos mimos y regalos.

Simon. ¿Y por qué?

D. Ans. Porque por ellos
sin duda encuentro á Dieguito,
muy mudado.
Simon. No lo entiendo.
D. Ans. Yo sí : Dieguito allá en casa
no era ningun lince, pero
era moderado, humilde,
y callaba por lo menos.
Figúrate mi sorpresa
cuando esta noche le encuentro,
muy pagado de sí mismo,
charlatan hecho y derecho,
tirar tajos y rebeses
á todo y por todo, luego
no sé yo lo que te diga
de la casa de don Cleto,
todo en ella me parece
simple, estudiado, embustero
y.... por fin nada me gusta
ni la novia, ni los suegros,
ni el amigo.
Simon. Ya ve Vmd.,
como en casa era chicuelo,
todo el mundo le reñia,
y no es extraño que miedo
tuviese, pero ahora es novio,
y sin duda...
D. Ans. El majadero
no conoce que le adulan
y le engañan; dí, ¿no es esto
lo que me quieres decir?
Simon. ¡Engañarle! ni por pienso,

no señor, ¿quien dice tal?
una cosa es que atendiendo
á su cualidad de novio
y atentos y placenteros
á todo digan que sí,
reservando los desnuestos
para despues de casado,
y otra cosa es que su intento
sea engañarle.

D. Ans. Pero dime
¿Qué son pues los cumplimientos,
los gestos, las reverencias,
sino engaños y embelecos
con que los hombres disfrazan
interesados proyectos?
En la sociedad Simon
por un tácito convenio
se recibe esta moneda,
y aunque solo para el necio
tenga algun valor, los otros
no la desairan por eso
y la guardan.

Simon. ¿Para que?

D. Ans. Para el escarmiento ageno.

Simon. Bien sabe Dios que no sé
donde vá á parar....

D. Ans. Lo siento;
pero pronto lo sabrás.
Ahora marchate allá dentro
y en acostándose todos
sírvete de algun pretesto
y entra en mi alcoba, que allí

te esplicaré por estenso,
un plan que, ó mucho me engaño
ó ha de surtir buen efecto
luego que se ponga en planta.

Simon. Válgate Dios, ya tenemos
plan en campaña?

D. Ans. Si amigo,
y con él probar espero
lo que vale un desengaño
siempre que nos llega á tiempo.

Simon. Con que, hasta despues.

D. Ans. Agur.

ESCENA II.

Don Anselmo.

D. Ans. Pues señor, ensayaremos
la farsa, así como así
nada se arriesga, y si puedo
conseguir que mi sobrino
se reconozca, no pierdo
mi viaje, porque.... mas calla
¿no son aquellos los viejos
que vienen sin duda alguna
en mi busca? si por cierto
ellos son.... ¡qué par de muebles
para la feria! Ea Anselmo,
manos á la obra y de un golpe
cuatro avechuchos matemos.

ESCENA III.

Don Cleto, Doña María y dicho.

D. Clet. Amigo en busca de vmd.
venimos....
Doñ. Mar. Y en verdad, llenos
de sobresalto....
D. Clet. Y de susto....
Doñ. Mar. Y de congoja....
D. Clet. Y de miedo....
D. Ans. ¿Pues señores qué ha ocurrido?
¿Habeis visto algun entierro?
¿Está la gata de parto?
D. Clet. No señor, vmd....
D. Ans. ¡Yo!
D. Clet. Quiero
decir que vmd. es la causa
de nuestro desasosiego.
D. Ans. ¿Cómo y cuándo?
Doñ. Mar. Como vmd.
se salió del aposento
en que estaba, de puntillas
y sin decir nada, luego
ya se ve, nos figuramos
que estaba vmd. malo y....
D. Clet. Cierto.
Doñ. Mar. Y como precisamente
estaba entonces refiriendo
el bueno de Don Simplicio
aquel chistoso suceso

de las catacumbas.... todos
estabamos muy atentos
y no vimos la salida,
pero despues....

D. Ans. Agradezco
vuestro cuidado señores,
pero á fé de caballero,
que nunca me ví mejor.

Doñ. Mar. Vaya vaya, no lo creo.

D. Ans. Pero....

Doñ. Mar. Si no puede ser.

D. Ans. Repito....

Doñ. Mar. Esos fingimientos
son escusados amigo;
vmd. no puede estar bueno.

D. Ans. Muchas gracias.

Doñ. Mar. El cansancio
del viage, el traqueteo,
el olor de las posadas,
y los malos alimentos,
bastan sin duda ninguna
para producir un ciento
de enfermedades, y así
no es estraño que....

D. Ans. Protesto
de nuevo que mi salud....

Doñ. Mar. No tal, fuera cumplimientos,
y confiese que fué flato.

D. Ans. Jesus y qué sacrilegio,
¡flato!

Doñ. Mar. ¿Por qué no?

D. Ans. Señora

si he merendado un torresno
en el primer ventorrillo,
como quiere vmd.....

Doñ. Mar. Pues ello,
algo ha sido.

D. Ans. Ya se vé
que ha sido; espero al arriero
con alforjas y maletas,
y solo con el objeto
de averiguar su llegada,
dejé á vmds.

Doñ. Mar. ¿Y para eso
estaba vmd. tan solito,
reflexivo y macilento
cuando nosotros llegamos?

D. Ans. Mis órdenes di á el efecto
y despues entretenido
con solo mi pensamiento
me detuve....

Doñ. Mar. Basta, basta
que ya comprendo el misterio;
sin duda algun cuidadillo.....

D. Ans No faltan en el comercio
cuidados.....

Doñ. Mar. Pues ya se vé;
hacer con papel dinero,
mire vmd. si habrá que hacer
y en que pensar.

D Ans. Por supuesto;
pero hablando con verdad,
ahora estaba discurriendo
en cosa bien diferente.

Doñ. Mar. Y dígame Vmd. ¿podemos
saber en qué?

D. Ans. Sí señora;
pensaba en el casamiento
de mi sobrino.

Doñ. Mar. ¿Y qué, acaso
encuentra Vmd. que los genios
no conforman?

D. Ans. ¿Quién dice
tal?

Doñ. Mar. ¿El apellido nuestro
os disgusta? ¿sabe Vmd.
que mi marido don Cleto,
desciende por línea recta
de Juan Perez el Gallego?

D. Ans. Para mí señora mia
todos los Perez son buenos.

D. Mar. Pues entonces ¿qué os asusta?

D. Ans. Nada; antes bien el objeto
de mis reflexiones, era
de un carácrer muy diverso.
La risueña perspectiva
de un enlace lisongero
que el amor ha preparado
tan sin interes, confieso
que me encanta.

D. Mar. Y con razon.

D. Ans. Bien sé que algunos sugetos
dirán que el novio es muy jóven;
que á su edad se está muy léjos
de conocer los deberes
de un estado tan perfecto;

añadirán que no tuvo
ni aun el necesario tiempo
para apreciar el carácter
de la novia; que sin estos
requisitos, tal enlace
carece de fundamentos
sólidos, y de consiguiente
está á mil riesgos expuesto:
dirán tambien.....

D. Cleto. Pero Vmd.

D. Ans. Que los padres no debieron
de ningun modo asentir
á tan pueril devaneo;
que pudieron evitarlo,
y que pues no lo quisieron,
son ellos los responsables
de cuanto suceda luego.

Doñ. Mar. ¿Pero Vmd. qué dice?

D. Ans. Nada,
si quien lo dice son ellos;
yo no.

Doñ. Mar. Yá, pero Vmd. sabe
muy bien, que el mundo está lleno
de malas lenguas....

D. Ans. Sin duda.

Doñ. Mar. De malvados, de embusteros
y de gente que no mira
sino su propio provecho,
y despues caiga el que caiga.

D. Ans. Por lo mismo, los desprecio,
y seguiré mi camino
aunque rabien.

Doñ. Mar. Segun eso
¿habrá boda?
D. Ans. Sí señora,
y si es preciso bateo.
D. Cleto. Me parece que los chicos
lo desean y...
D. Ans. Hágase presto,
no veo en eso inconveniente.
D. Mar. Antes será muy bien hecho,
porque siempre en tales casos
lo mas pronto es lo mas bueno.
D. Ans. Dice bien esta señora.
D. Cleto. Con que, ¿asi los casaremos
en esta semana?
D. Ans. Lindo.
D. Cleto. Y mañana firmaremos
el contrato, ¿eh?
D. Ans. Sí, cuanto antes;
asi como asi deseo
salir del paso.
D. Cleto. Y tambien
nosotros.
D. Ans. Tengo un proyecto
hace tiempo y no podia
llevarlo á debido efecto
en tanto que mi sobrino
se hallaba libre y soltero;
pero luego que le mire
establecido y contento,
entonces será otra cosa.
Doñ. Mar. Teneis razon don Anselmo.
D. Ans. El matrimonio es estado

muy feliz...

Doñ. Mar. Eso á don Diego,
le he dicho mas de cien veces.

D. Ans. Tener uno en el objeto
de su amor, quien le aconseje
en los peligros y riesgos,
quien le cuide en sus dolencias,
quien sobre sí tome el peso
de la casa, quien le mime,
es en verdad mucho cuento.

Doñ. Mar. ¿Y por qué se deja vmd.
los chicos en el tintero?

D. Ans. Cierto.

Doñ. Mar. Mucho dán que hacer;
sino que lo diga Cleto.

D. Ans. No hay duda; debemos mucho
á vuestro apreciable sexo....

Doñ. Mar. ¡Cáspita! si nos debeis.

D. Ans. Pues por mi parte protesto,
manifestarle bien pronto
todo mi agredecimiento.

Doñ. Mar. ¿Cómo?

D. Ans. La amable Adelaida
es un objeto tan bello,
es tan dulce.

Doñ. Mar. Sí señor,
lo mismo que un caramelo.

D. Ans. La suerte de mi sobrino
tan envidiable....

Doñ. Mar. Doscientos
se dieran por conseguirla,
con un canto en ambos pechos.

D Ans. Así pues, me decidí.
Doñ. Mar. ¡Ola!
D. Clet. ¿Y á qué?
D. Ans. Dejo el comercio
para siempre.
Doñ. Mar. ¡Para siempre!
D. Ans. Si señora, que no quiero
mas riesgos ni mas peligros.
Doñ. Mar. Muy bien hecho.
D Clet. Muy bien hecho.
D. Ans. La vida de un comerciante,
es una vida de perros;
siempre pensando en borrascas,
siempre á merced de los vientos,
soñando quiebras y engaños,
hoy muy rico y sin dinero
mañana, con crédito ahora
y despues burlado y preso.
Comiendo sobre el bufete,
sin tener otro paseo
que el muelle, ni otra visita
que el corredor y el gallego.
Por libros solo el de caja,
por amigo el aduanero,
la desconfianza por norte
y el desengaño por premio.
Piensa vmd. Doña María,
que puede vivir contento
quien vive de esta manera?
Doñ. Mar. Ay amigo Don Anselmo,
mal haya amen quien le guste
andar entre marineros.

D. Ans. No mas especulaciones;
realizaré mis efectos,
y despues me fijaré
en la Corte.
Doñ. Mar. ¡Pensamiento
lleno de nobleza!
D. Clet. ¡Heróico
discurso!
D. Ans. Fincaré luego
y fundaré mayorazgo.
Doñ. Mar. ¿En Aragon?
D. Ans. Puede; es suelo
muy feraz.
Doñ. Mar. Y muy cortés
en sus leyes y sus fueros.
D. Clet. ¡Vaya, vaya un mayorazgo!
D. Ans. Aun hay mas.
Doñ. Mar. ¿Pues qué hay?
D. Ans. Que pienso
comprar despues, de Castilla
un título.
D. Clet. No lo apruebo.
Doñ. Mar. Yo sí.
D. Clet. Por un pergamino
dar diez ó doce mil pesos,
no en mis dias.
Doñ. Mar. ¿Y qué, no vale
nada, tener tratamiento?
D. Clet. Nada; delirios humanos.
Doñ. Mar. No digas tal, que en el cielo
hay tambien sus gerarquías,
y....

D. Ans. No enfadarse por eso,
la cosa no lo merece
á la verdad; tengo medios
sobrados, y puedo así
tener un capricho.
D. Clet. Bueno,
el que lo tiene lo tira.
D. Ans. Pretendo pasar el resto
de mi vida descansado,
vivir á lo caballero
y no hacer nada. Una casa
cómoda, un buen cocinero,
berlina, amigos, criados,
¡oh qué fortuna! y si encuentro
una muger....
Doñ. Mar. Mire vmd.
por si acaso que le advierto
hay malísima cosecha
ahora de amas de gobierno.
D. Ans. Y si encuentro una muger
con hermosura, talento
y atractivo; verbigracia
otra Doña Adela, cierro
ambos ojos y me caso
sin andarme en chicoleos.
Doñ. Mar. ¡Qué se casa vmd.! ¿y cómo?
D. Ans. Como se casó mi abuelo,
lo mismo.
D. Clet. ¿Y eso es de veras?
D. Ans. Sí señor, no soy tan viejo
que al fin y al cabo no pueda
esperar un heredero.

Nadie tiene mas edad
que la que demuestra, y creo
segun vmds. me han dicho
ántes, que no represento
arriba de treinta.

D. Clet. Ya.

D. Ans. Estoy sano, bien dispuesto
y.... en fin seré buen casado,
amigos, no lo dudemos.
Pero dejemos aparte
entretanto mi proyecto;
y tratemos de los chicos;
¡pobrecillos! cuan inquietos
estarán, voy á sacarles
de la duda, sepan ellos
la dicha que les espera
y nuestro consentimiento.

Doñ. Mar. Esperad....

D. Ans. Qué disparate,
si mañana los conciertos
se firman, ¿por qué esta noche
decírselo no podremos?
voy pues.

Doñ. Mar. Pero si....

D. Ans. Venid
si gustais, si no hasta luego.

ESCENA IV.

Doña María y Don Cleto.

Doñ. Mar. ¿Don Cleto?

D. Clet. Doña María.

Doñ. Mar. ¿Escuchaste?
D. Clet. Sí por cierto.
Doñ. Mar. Y bien ¿qué dices?
D. Clet. Yo solo
que nos ha dejado frescos.
Doñ. Mar. ¿Con qué se casa?
D. Clet. Bien claro
lo ha dicho.
Doñ. Mar. ¿Entónces el necio
del sobrino, nada hereda?
D. Clet. Nada.
Doñ. Mar. ¡Qué chasco tan fiero!
D. Clet. Terrible.
Doñ. Mar. Pobre Adelaida.
Y por este chuchumeco,
ha perdido su acomodo
con el anciano Don Pedro.
D. Clet. Es verdad.
Doñ. Mar. Aquel al cabo
esperaba un buen empleo
en el ramo de la nieve
y....
D. Clet. Marido veraniego,
no es mucha pérdida.
Doñ. Mar. Sí
pero es peor no tenerlo,
como nos sucede ahora,
ni en verano, ni en invierno.
D. Clet. ¿Por qué te afliges María?
no es el caso tan tremendo
cual tú piensas. Diego al cabo
tendrá entretanto alimentos

como inmediato, y despues
quien sabe....
Doñ. Mar. Lindo consuelo;
eso dura nueve meses.
D. Clet. ¿Nada mas?
Doñ. Mar. O quizá ménos.
D. Clet. ¿Y por qué?
Doñ. Mar. Porque ninguno
suele correr tanto riesgo
de ser padre ántes de cuenta,
como el que se casa viejo.
D. Clet. No te entiendo.
Doñ. Mar. Pues no ves,
que si desperdicia el tiempo,
en lugar de tornaboda
suele encontrar torna entierro.
D. Clet. ¿Y qué haremos?
Doñ. Mar. Qué sé yo.
D. Clet. No es justo sacrifiquemos
la chica, con quien no tiene
ni una blanca.
D. Mar. Por supuesto;
pero mira, se me ocurre
en este mismo momento
una soberana idea;
Don Anselmo está dispuesto
á casarse, pero hasta ahora
no se fijó en el objeto,
segun nos dijo.
D. Clet. Es verdad.
Doñ. Mar. Tambien hizo sin rodeos
mil elogios de Adelaida.

D. Clet. Cierto.
Doñ. Mar. Y si mal no me acuerdo
añadió que en encontrando
una copia de tan bello
original, la daria
con su mano su dinero.
D. Clet. Sí, pero....
Doñ. Mar. Pues bien, que tome
el original.
D. Clet. A el cielo
pluguiese, mas no querrá.
Doñ. Mar. ¿No sé por qué?
D. Clet. Por Don Diego.
Doñ. Mar. Donde se mezcla el amor,
nada importa el parentesco.
D. Clet. Pero dí, y su edad?
Doñ. Mar. Su edad
si se casa es lo de ménos;
lo que importa es que se case.
D. Clet. Piensa entónces algun medio
(ya que tú como muger
entiendes de casamientos)
para salir del apuro.
Doñ. Mar. Mira hombre si tuviesemos
la fortuna....

ESCENA V.

Don Dieguito y dichos.

D. Dieg. Señores
vengo loco de contento;
mi tio....

Doñ. Mar. Vaya qué imprudencia
tan grande! entrarse aquí dentro
sin avisar.

D. Dieg. Es que el tio....

Doñ. Mar. Siempre vmd. tuvo el defecto
de meterse de rondon
en mi cuarto, y es mal hecho,
sí señor.

D. Dieg. Perdone vmd.
pero el tio....

Doñ. Mar. Por mucho ménos
reñí yo con mi sobrino;
y era todo un racionero,
y al ménos si no avisaba
tosía.

D. Dieg. Hizo vmd. bien, pero
es el caso que mi tio....

Doñ. Mar. Su tio de vmd. es sugeto
muy apreciable, y no puede
enseñaros tan grosero
método de introducirse.

D. Dieg. Ya, pero me dijo....

Doñ. Mar. Y luego
debió vmd. de reparar
que hablabamos en secreto....

D. Dieg. Cierto y yo....

Doñ. Mar. Vmd. no debió
interrumpirnos.

D. Dieg. Lo siento
infinito....

Doñ. Mar. Es fuerte cosa
que en mi casa, nunca puedo

tener un momento mio!
D. Clet. Vámonos pues, dulce dueño,
que ya es hora de cenar,
y en cenando, concluiremos
el asunto principiado.
Doñ. Mar. Cuando estén todos durmiendo;
porque sino, nunca faltan
como el señor majaderos.

ESCENA VI.

Don Dieguito.

D. Dieg. ¡Ola! pues dígole á vmd.
que es bonito el cumplimiento:
caramba con la señora,
¡majadero á mi! me alegro
como hay Dios, y yo venia
tan alegre y satisfecho
con lo que me dijo el tio....
si me habrá engañado.... entremos
á cenar que luego yo
sabré apurar tal misterio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

DON DIEGUITO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ADELAIDA Y DON DIEGUITO.

D. Dieg. ¿No reparaste mi bien
el despego de tu padre?
Doñ. Adel. Y el mal gesto de mi madre
me ha sorprendido tambien.
D. Dieg. ¡No sé por Dios que pensar!
Doñ. Adel. Yo tampoco y ciertamente
para ser tan tristemente,
mas valiera no cenar.
D. Dieg. ¡Si vieras con que desvio
ambos á dos me trataron
despues que á mi tio hablaron!
D. Adel. ¿Habló de dote tu tio?
D. Dieg. No lo se por vida mia,
pero me inclino á que no.
Doñ. Adel. Cuando tan mal les sentó
la conferencia, si haria.
D. Dieg. ¡No puedo olvidar su ceño!
Doñ. Adel. Hasta Simplicio callaba
y la cabeza no alzaba

del plato.

D. Dieg. Solo risueño
y expresivo se mostró
don Anselmo.

Doñ. Adel. Es muy amable
y en extremo serviciable.

D. Dieg. Ya vi como te cuidó

Doñ. Adel. La primera me servia
de todo...

D. Dieg. Siempre te hablaba....

Doñ. Adel. Y cuando no me miraba
y despues se sonreia.

D. Dieg. No vi nunca hombre mas bueno.

Doñ. Adel. Una fineza tambien
le debí.

D. Dieg. ¿Cuál fue mi bien?

Doñ. Adel. Un calabacin relleno,
que sin que tú se lo vieras
de su plato separó
y por detras me le dió.

D. Dieg. ¿De veras?

Doñ. Adel. Y tan de veras.

D. Dieg. ¡Bendito calabacin!

Doñ. Adel. ¿Y por qué asi le bendices?

D. Dieg. Porque nos hace felices,
demostrándonos por fin,
que supistes conquistar
la voluntad de mi tio.

Doñ. Adel. Pero entonces el desvio
no podemos explicar
de mis padres.

D. Dieg. Ya se ve.

Doñ. Adel. ¿Cuál pues su causa habrá sido?
D. Dieg. No lo sé.
Doñ. Adel. ¡Ay Diego querido!
si segura de tu fe
estuviera...
D. Dieg. ¿No lo estás?
Doñ. Adel. Entonces no temo nada.
D. Dieg. Adelaida idolatrada,
no se puede querer mas,
que yo queriéndote estoy,
y aunque se oponga tu padre...
Doñ. Adel. Y aunque se enfade mi madre....
D. Dieg. Tuyo seré.
Doñ. Adel. Tuya soy.

ESCENA II.

Don Simplicio y dichos.

D. Simp. Alabo amigos queridos
vuestra envidiable cachaza.
D. Dieg. ¿Y por qué?
D. Simp. ¿Pues no notais
la estrepitosa borrasca
que sobre vuestras cabezas
se forma?
Doñ. Adel. Vmd. sin duda habla
(cuando asi nos la pondera)
de la notable mudanza
que en mis padres...
D. Simp. Sí señora,
de la misma.

Doñ. Adel. Es tan extraña
como repentina.
D. Simp. Y mil
desventuras nos presagia;
jamas he visto á don Cleto
tan sério.
D. Dieg. Ni yo tan agria
á doña María.
D. Simp. Es verdad,
y no dijo Vmd. palabra
por inocente que fuese
que no lograse enfadarla,
y á la que no replicase.
D. Dieg. Pues eso no ha sido nada
para como me trató
antes de cenar.
D. Simpl. ¡Caramba!
¿Y como le trató á Vmd.?
D. Dieg. De majadero en mis barbas.
D. Simp. ¡Jesus y qué sacrilegio!
D. Dieg. Hay verá Vmd.
D. Simp. ¿Y la causa
no sabe Vmd. de este enfado?
D. Dieg. Nadie puede adivinarla.
D. Simp. Quizá el tio...
D. Dieg. No señor;
él al contrario lo allana
todo, la boda apresura
y acaricia á mi Adelaida.
D. Simp. Y dígame Vmd. don Diego
¿tiene don Anselmo larga
parentela?

D. Dieg. No era corta;
pero en la guerra pasada,
se desgraciaron tres primos,
un tio se marchó á Francia,
mi cuñado naufragó
en el canal de la Mancha,
mi hermana murió de parto,
su chica vivió semana
y media, dos entenados
perecieron en Caracas,
una prima de mi abuela
se metió monja Bernarda,
otra tuvo alferecia,
otra....
D. Simp. Basta por Dios, basta
que si no nos cuenta Vmd.
la muerte de media España.
D. Dieg. Como Vmd me preguntó...
D. Simp. Sí, pero yo solo hablaba
de los vivos.
D. Dieg. Ya, ya entiendo.
D. Simp. De rama tan dilatada
¿quedaron bástagos muchos?
D. Dieg. Solito yo..
D. Simp. ¡Virgen santa!
pues dígole á Vmd. que tiene
epidémica prosapia.
Doñ. Adel. Pero don Simplicio nuestro,
en tamañas circunstancias,
¿que nos aconseja Vmd.?
D. Simpl. De eso mi amistad trataba;
supongo queridos mios

que Vmds. dos se idolatran
profana y constantemente.

D. Dieg. Si señor.

D. Simp. ¿Que vuestra llama
pudiera llamarse á prueba
de bomba?

Doñ. Adel. ¡De bomba!

D. Simp. Para
no decir (aunque es lo mismo)
que ella está tan cimentada
que ni los riesgos la asustan
ni la oposicion la apaga.

D. Adel. Verdad es.

D. Simp. No tengo duda
que el blanco de vuestras ansias
es el santo matrimonio.

D. Dieg. Ese mismo.

D. Simpl. Y si se casan
Vmds., ¿qué harán?

D. Dieg. ¡Que haremos!
toma, lo que todos hagan.

D. Simp. No pregunto eso.

D. Dieg. ¿Pues qué
pregunta Vmd.?

D. Simp. Preguntaba
si cuando se verifique
el enlace, Vmds. tratan
de cumplirme su promesa
y de llevarme á su casa
y de...

D. Dieg. Esa es nuestra intencion;
alli estareis como un Papa.

Doñ. Adel. A mesa y mantel...
D. Dieg. Servido....
Doñ. Adel. Festejado....
D. Dieg. No se pagan
con menos vuestras finezas.
Doñ. Adel. Contad con nuestra palabra.
D. Simp. Pues es una picardia.
Doñ. Adel. ¡Qué dice Vmd.!
D. Simp. Una infamia.
D. Dieg. ¡Don Simplicio!
D. Simp. Una heregía.
D. Dieg. Pero hombre...
D. Simp. Pues no faltaba
otra cosa; separar
como quien no dice nada
dos novios que asi se quieren,
y se casan con tan sanas
intenciones.
D. Dieg. Eso es cierto.
D. Simp. Privar tambien á la patria
de un sin fin de ciudadanos.
Doñ. Adel. Ya se vé.
D. Simpl. Arriesgando dos almas
que se desesperarán,
si lo que anhelan no alcanzan.
D. Dieg. Claro está.
D. Simpl. No les arriendo
por mi vida la ganancia
á vuestros padres. *á Doñ. Adel.*
D. Dieg. Ni yo
D. Simp. Ya verán lo que les pasa.
Doñ. Adel. Pero en fin ¿qué es lo que haremos?

D. Simp. Casarse.

Doñ. Adel. ¿Y cómo se zanjan
los temidos contratiempos?

D. Simp. Con firme perseverancia.

Doñ. Adel. ¿Y si mis padres no quieren?

D. Simp. ¿Son ellos los que se casan
acaso?

D. Adel. No, pero temo...

D. Simp. Amigos no temais nada;
los riesgos, contradicciones,
contratiempos y amenazas,
son entre gente de tono
cuando se casan, la salsa
de la boda, y solo se usa
en personas ordinarias
esto de casarse á gusto
de todos.

Doñ. Adel. No tienen gracia
á la verdad semejantes
matrimonios.

D. Simp. ¡Qué ventajas
no proporciona un enlace
formado á punta de lanza!
Los amigos traen y llevan
recados, los padres rabian,
la parentela murmura,
los criados meten cizaña,
el público se divierte,
y cuando todos se cansan,
los pacientes descansados
se unen y el cuento se acaba;
asi pues dadme las manos.

Doñ. Adel. ¿La derecha?
D. Simp. Dadme entrambas,
y entre las mias jurad
que no serán separadas.
Doñ. Adel. Con mucho gusto.... ay mi Dios,
el abanico.... mil gracias *á D. Simp. que*
don Simplicio. *lo levanta*
D. Simp. No hay de qué
señorita, pero calla
¡qué miro!
D. Dieg. ¿Qué mira Vmd.?
D. Simp. Si la vista no me engaña
estos dos retratos son
de Abelardo y de su amada
Heloisa!
Doñ. Adel. Solo por eso
compré el abanico.
D. Simp. ¡Alhaja
especial! ¡prenda divina
para aquestas circunstancias!
Doñ. Adel. Nueve reales me costó.
D. Simp. ¡Oh qué cosa tan barata!
venid, venid amiguitos
y agradeced á tan rara
casualidad, la fortuna
que su presencia os prepara;
nunca mejor se pudieran
pronunciarse las palabras
de amor, constancia y firmeza
que ahora; nunca se graváran
con mayor profundidad:
pronunciadlas, pronunciadlas;

vamos presto.

D. Dieg. Pero si...

D. Simp. Y vosotras escuchadlas
almas puras, almas grandes,
modelos de la mas larga
y mas anti-conyugal
pasion; ante vuestras aras,
promesas que se profieren
nunca quedan quebrantadas.
¿No es verdad?

D. Dieg. Sí, lo será,
pero hagame Vmd. la gracia
de decirme lo que yo
he prometido.

D. Simp. Constancia
indisoluble, y lo mismo
ofreció doña Adelaida.

Doñ. Adel. Testigos de ello Abelardo
y Heloisa.

D. Dieg ¡Dicha extremada!
ya nada temo, pues esto
me asegura y da confianza.

ESCENA III.

Doña María y dichos.

Doñ. Mar. ¿Qué hace Vmd. aquí?

D. Dieg. Hablar
con mi Adela y...

Doñ. Mar. ¿Y se levanta
Vmd. y nos deja solos

por eso?

D. Dieg. Si de ensalada
no gusto.

Doñ. Mar. ¿Pero y los postres?

D. Dieg. Se me indigestan las pasas
y las almendras.

Doñ. Mar. Con todo
exige la buena crianza
que no se levante nadie
hasta que el amo de casa
se levanta, y yo no sé
como un hombre que se jacta
de atento y bien educado
se conduce así con tanta
groseria.

D. Dieg. Siempre lo hice
y hoy solo se me regaña;
tambien es buena.

Doñ. Mar. Es que ya
don Dieguito estoy cansada
de sufrir vuestras tontunas;
Vmd. tomó muchas alas
y... pero ahora que me acuerdo
vaya Vmd.

D. Dieg. ¿Dónde?

Doñ. Mar. A la sala
donde cenamos; allí
bebe su copa de andaya
mi Cleto segun costumbre,
y á don Anselmo relata
por via de sobrecena
aquella célebre causa

criminal que defendió
y que le dió tanta fama.
D. Simp. ¿Quál, la del ahorcado?
Doñ. Mar. Sí,
y si don Diego no trata
de recordar á su tio
que son ya las doce dadas,
es fijo que no se acuesta
hasta pasado mañana.
D. Simp. Oh si don Cleto se empeña
en concluirla.....
Doñ. Mar. No acaba
nunca, figurese vmd.
que aun estaba en la sumaria.
D. Simp. ¡Jesus!
Doñ. Mar. ¿Qué no se vá vmd.?
D. Dieg. Iré, pero....
Doñ. Mar. Que bobada,
vaya Vmd. y no replique.
D. Dieg. Voy pues.

ESCENA IV.

Dichos ménos don Diego.

D. Simp. Sino se enfadára
Vmd. quizá la digera
que es en verdad muy extraña
esa acritud con don Diego
y....
D. Mar. Amigo Vmd. la aprobára
si supiera...

D. Simp. Siendo un jóven
de tan grandes esperanzas....
Doñ. Mar. Buenas esperanzas son
las suyas.
D. Simp. Y que ganada
tiene ya la voluntad
de la niña.
Doñ. Mar. Vmd. se cansa
inútilmente si quiere
justificarle.
D. Simp. Me pasma
esa dureza, ese enfado.
D. Mar. Son grandísimas sus faltas,
tiene mil defectos.
Doñ. Adel. ¿Y
acaso los ignoraba
Vmd.? sus impertinencias,
rarezas, extravagancias
necedad, mala figura
y ridícula jactancia,
¿no fueron decidme el tema
de todas nuestras diarias
y ocultas conversaciones?
¿no era yo quien repugnaba
tal enlace? ¿no fue Vmd.
quien ponderó sus ventajas?
¿no se decidió en familia
que para marido basta
con tener...
Doñ. Mar. Ese es el caso
que el hombre no tiene nada
D. Simp. Pero tendrá.

Doñ. Mar. No señor,
no tendrá; porque se casa
don Anselmo.
Doñ. Adel. ¡Don Anselmo!
Doñ. Mar. Sí querida, y solo tarda
en casarse lo que tarde
en hallar una muchacha
que se te parezca.
D. Simp. ¡Calle!
¿y el lo dijo?
Doñ Mar. En nuestras barbas.
D. Simp. Segun eso muger quiere
y no sobrina.
Doñ. Adel. Apostára
cualquiera cosa á que el amor
le cosquillea.
Doñ. Mar. No te engañas,
porque mucho me equivoco
ó le prendaron tus gracias.
D. Simp. Ojalá.
Doñ. Adel. Pero sus años....
Doñ. Mar. No son tantos, que no pasan
de cincuenta.
D. Simp. Y si se muere
que se muera, ¡linda tacha!
sus bienes le sobre-viven.
Doñ. Mar. Peor fuera que se casára
con otra y....
Doñ. Adel. Pero decidme
¿su voluntad está clara?
Doñ. Mar. En cuanto á casarse, sí.
Doñ. Adel. Eso es malo.

Doñ. Mar. Y tú le agradas,
no lo dudes, y si sabes
catequizarlo le atrapas.
D. Simp. Silencio, porque ellos vienen.
Doñ. Mar. Observemos sus miradas,
veamos sus movimientos,
retengamos sus palabras,
para que luego formemos
con acierto nuestro.....

ESCENA V.

Don Anselmo, don Cleto, don Dieguito y dichos.

D. Clet. Vaya
y cómo se pasa el tiempo,
¡quien diablos se imaginára,
que era la una de la noche!
Doñ. Mar. Tú relox siempre se atrasa
cuando agitas la sin hueso.
D. Clet. Confieso sin repugnancia
mi pecado, yo no soy
disputador ni machaca,
ni... pero cuando se toca
una materia agraciada
y festiva, como pleitos,
procesos, autos, demandas,
alegatos, conclusiones,
sentencias, cargos, probanzas,
y en fin cosas que no tienen
consecuencia, no acabára
en dos meses.

D. Ansel. Son muy buenas
para aquel que no las paga.
D. Clet. Ya se vé.
Doñ. Mar. Pero el señor
hizo una larga jornada,
y descansar necesita.
D. Ans. ¡Quién señora no descansa
en tan buena compañía!
Doñ. Mar. ¡Cumplimientos!
D. Ans. No se llama
lisonja, lo que los labios
dicen, si lo siente el alma.
Doñ. Mar. ¡Oh qué fino es don Anselmo!
D. Simp. ¡Qué atento!
Doñ. Adel. ¡Que amable!
D. Ans. Nada
tiene de particular
lo que dije.
Doñ. Mar. ¡Con qué gracia
se defiende!
Doñ. Adel. ¡Qué modestia
es la suya!
D. Clet. ¡Y qué cristiana!
D. Dieg. ¡Lo que quieren á mi tio! *ap.*
D. Ans. Con todo, como estas damas
es fuerza que se recojan,
y á fuer de bien educadas
no lo harán, hasta que yo
dé ejemplo, voime á la cama.
Doñ Mar. Sí, sí, lo mejor es eso.
D. Clet. ¡Supongo que nada falta *á Doñ.*
en la alcoba del señor! *Mar.*

Doñ. Mar. ¿Me duermo acaso en las pajas?
todo lo tiene arreglado;
ropa fina y bien sahumada,
mosquitero, guarda ropa,
confidente y....
D. Simp. ¿Las ventanas
ajustan bien?
Doñ. Mar. Si señor.
Doñ. Adel. ¿Y la gata?
Doñ. Mar. Está encerrada
en la carbonera.
D. Simp. Entónces *á Don Ans.*
dormireis como un patriarca.
D. Ans. Así lo creo: ea señores,
buenas noches.
Doñ. Mar. Hasta mañana
si Dios quiere.
D. Dieg. Vamos tio.
D. Ans. Y Vmd. amable Adelaida *le toma la mano.*
duerma bien, y si por dicha
con ilusiones variadas
se entretiene vuestro sueño,
dejadme pues la esperanza
que la imágen de un amigo
será tan afortunada
que podrá tener lugar *toma la mano á Adel.*
entre ellas.
Doñ. Adel. La duda agravia.
D. Clet. ¿Le tomó la mano? *á Doñ. Mar. y D. Simp. bajo.*
Doñ. Mar. Sí.
D. Clet. Bueno.
D. Ans. ¡Cuántas veces, cuantas

bendeciré el felíz dia
en que ví tan linda cara!

Doñ. Adel. Ay madre que me la aprieta. *con disimulo á su mad.*

D. Cleto. ¿Qué te dice la muchacha? *á Doñ. Mar.*

Doñ. Mar. Que se la aprieta.

D. Cleto. Mejor.

D. Simp. Ay Dios, si se la besará.

D. Ans. No puedo ya resistir
mas, mi corazon se inflama,
no sé lo que me sucede,
y pues nada me acobarda
diré á Vmd....

D. Cleto. ¿Qué dirá Vmd.?

Doñ. Mar. Calla hombre, no le distraigas. *á D. Cleto.*

D. Ans. Que cuando tanto interesa
la dicha, no se retarda
ni un minuto. Ola, Simon.

Simon dentro. Señor. *Desde adentro.*

D. Ans. Ven pronto.

ESCENA VI.

Simon y dichos.

Simon. Que manda
Vmd.

D. Ans. Mañana temprano
busca un notario de fama
para que estienda el contrato
de Dieguito y de Adelaida,
pues yo lo quiero firmar

en levantándome.
D. Cleto. ¡Calla!
¡ahora salimos con esa!
Doñ. Mar. ¡Qué escucho!
D. Ans. No te se vaya
el santo á el cielo.
Simon. Descuide
Vmd., que con dos plumadas
hay escribano en la corte
que á dos docenas casára.
D. Ans. Señora á los pies de Vmd.;
señores hasta mañana.

ESCENA VII.

Dichos, ménos Don Anselmo y Simon.

D. Dieg. No dirá Vmd. que mi tio *á Doñ. Mar.*
no tiene prisa, y....
Doñ. Mar. Mal haya
su prisa. Degeme Vmd.
en paz.
D. Dieg. ¡Qué dicha!
Doñ. Mar. ¡Qué rabia!
D. Dieg. Salto y brinco de contento;
y pues mi tio me aguarda
para recogerse, voy
si Vmd. lo permite....
Doñ. Mar. Vaya
Vmd. con Dios, y no vuelva
de su sueño hasta la pascua,

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Don Dieguito y Simplicio.

D. Clet. ¿Y nosotros dónde vamos?
Doñ. Mar. A consultar con la almohada
lo que debemos hacer
en tan tristes circunstancias.
D. Simp. Pero ántes será muy bueno
que convengamos....
Doñ. Mar. Cachaza,
y vénganse Vmds. todos
conmigo, que miéntras Juana
me pone los papillotes
el plan se hará de campaña.

DON DIEGUITO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Don Anselmo y don Dieguito.

D. Ans. Segun eso, no tendrás
el mas pequeño recelo.
D. Dieg. Ni por pienso.
D. Ans. Gran consuelo
con tu confianza me das.
D. Dieg. Me juró constancia eterna.
D. Ans. Entónces no hay que temer,
pues si jura la muger,
dormir puede el hombre á pierna
suelta, que sucederá
lo propio que sucediera.
D. Dieg. Es mucho lo que me quiere.
D. Ans. Si lo dice, claro está.
mas los amantes y amigos
suelen desdecirse presto.
D. Dieg. Ay tio, no temais esto;
porque tengo dos testigos
imparciales, por si acaso.
D. Ans. Si los tienes no replico;
mas dí ¿en dónde?

D. Dieg. En su abanico.
D. Ans. Calla, pues sí llega el caso
de una vil alevosía
y trata de abandonarte,
no tienes que molestarte,
llévalo á la vicaría
y te casan.
D. Dieg. Sí, lo haré.
D. Ans. Y de tu amante el desaire
demuestras: porque en el aire
escriben ellas su fé.
D. Dieg. Simplicio tambien oyó
tan sincero juramento.
D. Ans. ¿Y apoyaba vuestro intento?
D. Dieg. Toma, pues si presidió
el acto.
D. Ans. ¿Cómo?
D. Dieg. Enlazando
nuestras manos.
D. Ans. ¡Sin cordel!
D. Dieg. No lo necesitaba él
por cierto; considerando
que con las suyas podia
hacerlo.
D. Ans. Entónces no insisto:
mas famosísimo pisto
de manos se formaría.
D. Dieg. Asi ya no temo nada.
D. Ans. Bien haces, pero no olvides
á don Cleto y te descuides.
D. Dieg. ¡descuidarme! ¡qué bobada!
bueno fuera cuando ayer

noche tan mal me trató.
D. Ans. Pues ántes bien te aduló.
D. Dieg. No lo advertí.
D. Ans. ¿Y su muger?
D. Dieg. Me dijo doscientas cosas
que mi amor propio ofendieron.
D. Ans. Ola Diego ¿y qué se hicieron
las palabras cariñosas,
los elogios y cumplidos
de la tal doña María?
D. Dieg. No lo sé por vida mia.
D. Ans. ¿Si acaso fueron fingidos?
D. Dieg. ¿Fingidos?
D. Ans. Pues.
D. Dieg. ¿Y á qué asunto?
D. Ans. ¡Que sé yo! pero no extrañas
¿qué distinciones tamañas
se acabasen tan á punto?
D. Dieg. Ello es muy particular.
D. Ans. Quien dice que no lo es,
mas con todo el interes
acostumbra disfrazar
con la máscara engañosa
del cariño su intencion,
y si pierde la ocasion
se descubre.
D. Dieg. Linda cosa.
D. Ans. De otro modo no concibo
que quien te estime de veras
hoy te suba á las esferas,
y luego te trate esquivo.
Tan rara contradiccion

nunca cupo en la amistad,
que en ella la voluntad
sujeta está á la razon.
El amigo verdadero
aunque fino y complaciente,
aunque á veces indulgente
no por eso es lisongero,
excusa pero no irrita,
aprecia pero no ensalza,
y si el mérito realza
el desengaño no evita.
Diego, no nos engañemos,
y huyamos siempre de aquel
que ora tierno, ora cruel,
no conoce sino extremos.

D. Dieg. Siendo asi, fuerza es huir
del dichoso matrimonio
cual si fuera del demonio,
pues no hace sino reñir
y llamarme presumido,
majadero, necio, tonto...

D. Ans. Puedes serlo, mas tan pronto
no has de haber entontecido;
y pues ántes te llamaban
lo contrario, vive Dios
que te engañaban los dos
como un chino.

D. Dieg. ¡Me engañaban!

D. Ans. Ó te insultan sin razon
ahora, que no puede ser
rebusne hoy quien supo ayer
hablar como un Ciceron.

D. Dieg. Si tal supiera....
D. Ans. Y á tí
¿qué te importa? ¿no es tu amante
tan bella como constante?
¿no es fiel don Simplicio?
D. Dieg. Sí.
D. Ans. Pues entonces búrlate
del vejete y de la harpia,
y en tu Adelaida confia;
peor fuera sobrino....
D. Dieg. ¿Qué?
D. Ans. Nada porque estás seguro;
pero hay muchacha que quiere
al que su padre prefiere
para marido futuro,
dejándole de querer
con igual facilidad
si la misma autoridad
exige tal proceder;
y no es falso testimonio
lo dicho, que en caso igual
no se ama á don Juan de tal
sino á don Juan matrimonio.
D. Dieg. Pero no entiendo...
D. Ans. Decia,
que fuera mucho peor
si de tu Adela el amor
á éste otro se parecia.
Por fortuna no es así;
y respecto á que te adora
y á que se acerca la hora
de que pronunciéis el sí

que los dos apeteceis;
veamos si se han levantado
los de casa.
D. Dieg. ¿Qué hora ha dado?
D. Ans. Pienso que fueron las seis,
y muy pronto espero yo
con Simon al escribano.
D. Dieg. Me parece muy temprano.
D. Ans. Para quien se casa no.
D. Dieg. Pues vámonos á vestir.
D Ans. ¿Estás desnudo salvaje?
D. Dieg. No señor, pero este trage
no es propio para lucir,
y en tal dia....
D. Ans. Patarata.
D.Dieg. Se puede acaso negar...
D. Ans. Mira, ¿quieres apostar
á que yo con gorro y bata
y sin mi buen peluquin
logro llamar la atencion
mas que tú, en esta ocasion,
aunque estés un serafin?
D. Dieg. Vmd. señor se chancea.
D. Ans. Allá lo veremos Diego.
D. Dieg. Bueno será verlo, y luego
podrá ser que yo lo crea.
D. Ans. Anda hombre adornate bien,
mas no tardes....
D. Dieg. Al instante.
D. Ans. Que quiero ver elegante
á un Pasiego parisien.

ESCENA II.

Don Anselmo.

D. *Ans.* Pobrecillo, y que trabajo
le cuesta el desengañarse
confesándose á sí mismo
lo poco ó nada que vale:
este maldito amor propio
nos ciega ; cuantos ultrages,
cuantos disgustos pudiera
un hombre en su vida ahorrarse
si un espejo racional
tuviese siempre delante :
allí el presumido Adonis
detestára sus visages,
el lindo se hallará feo,
el semi-sabio ignorante ;
y en fin para concluir
aunque solo se ganase
que las mugeres se viesen
mugeres y no deidades,
se adelantaba no poco ;
no deben así arredrarme
en el plan que me he propuesto
las muchas dificultades.
Continuemos , pues que ya
empiezan á manifestarse
sus ventajas : mi sobrino
desconfia de los padres,
y principia á concebir

que pudieron engañarle;
quien sabe si en este dia
detestando falsedades
renegará como algunos
de su amigo y de su amante.

ESCENA III.

Doña Maria, Doña Adelaida y dicho.

Doñ. Mar. Vamos chica, no me olvides
la leccion; ese semblante *ap. á Doñ. Adel.*
opaco, los ojos bajos,
y en tu figura cierto aire
de timidéz, de reserva
como quien vá á declararse
y no se atreve.
Doñ. Adel. Sí, pero *id.*
no vendrá mal que se escape
de cuando en cuando un suspiro.
Doñ. Mar. Cierto, mas no lo malgastes; *id.*
y si suspiras que sea
con mucha discrecion.
D. Ans. Tate, *ap.*
ya están aquí.
Doñ. Mar. ¡Ola amigo!
para ser despues de un viage,
este es mucho madrugar.
D. Ans. Acostumbro á levantarme
con el dia.
Doñ. Mar. ¡Jesus! ¿y cuando

se acostumbra en los lugares
acostarse?

D. Ans. Con la noche.

Doñ. Mar. ¡Ay! pues en las capitales
es todo al revés.

D. Ans. Es cierto.

Doñ. Mar. ¿Y ha estrañado Vmd. el catre?

D. Ans. ¿Cómo quiere Vmd. señora
siendo bueno que lo estrañe?

Doñ. Mar. Segun eso ¿durmió Vmd.
bien?

D. Ans. No amiga, tuve un grande
desvelo, un desasosiego
que me impidió que cerrase
los ojos hasta las cinco
cuando ménos, mas no se hable
por la Vírgen en tal dia
de friolera semejante.
Hablemos ahora de boda
y del novio y....

Doñ. Mar. Gran dislato,
no señor; hablemos ahora
de Vmd. solo y de sus males,
que despues.... tambien la niña
nos dió esta noche bastante
cuidado.

D. Ans. ¿Estuvo Vmd. mala? *á Doñ. Adel. con interés.*

Doñ. Adel. Sí señor, tuve un ataque
horroroso.

D. Ans. ¿Fué de nervios?

Doñ. Adel. Me inclino á que sí.

D. Ans. ¿Qué diantre
y opresion despues al pecho?
Doñ. Adel. Lo mismo que si me ahogase.
D. Ans. Gran calor ¡eh!
Doñ. Adel. Mucho.
D. Ans. ¿Y frio
en ambas estremidades?
Doñ. Adel. En ambas.
D. Ans. ¡Cosa mas rara!
Doñ. Adel. ¿Por qué?
D. Ans. Por que tuve iguales
síntomas....
Doñ. Adel. ¡Qué dice Vmd!
D. Ans. Nervios, ahoguio, incesantes
latidos, palpitacion,
calor, frio y.... no hay que cansarse
tuve lo mismo que Vmd.;
solo por diferenciarme
en algo, sentí ademas
una especie de volcanes,
que abrasándome subian
desde el estómago....
Doñ. Adel. ¡Calle!
si á mí tambien me subian.
D. Ans. ¡Tambien á Vmd.! pues es lance
del demonio.
Doñ. Adel. Si señor;
he creido anoche abrasarme.
Doñ. Mar. Quizá vuestro mal es uno
mismo y no debe estrañarse
que entónces....
Doñ Adel. Ay.

D. Ans. ¡Suspirais!

Doñ. Mar. Si desde ayer por la tarde
está la pobre....

Doñ. Adel. ¡Ay!

D. Ans. ¿Pues qué
tiene?

Doñ. Mar. Sin duda pesares.

D. Ans. ¡Pesares en dia de boda!

Doñ. Adel. ¡Ay!

D. Ans. ¡Otro suspiro!

Doñ. Mar. Es dable
que alguna cosa que ha visto....

Doñ. Adel. ¡Ay!

D. Ans. Otro.

Doñ. Mar. Basta ignorante, *ap. á Doñ. Adel.*
eso es suspirar á estajo.

D. Ans. ¡Y que! ¿no podeis confiarme
ese terrible secreto?

Doñ Mar. Si pudiera lisongearse
que Vmd....

D. Ans. ¿Y puede dudarlo?
¿existe acaso quien trate
con mas intêrés los suyos,
ni quien tome mayor parte
en sus gustos, en sus penas?

Doñ. Mar. Hija, vamos....

Doñ. Adel. Es en valde
mamá, perdóneme Vmd.
á el señor ménos que á nadie.

D. Ans. ¿Y por qué tal desconfianza?

Doñ. Mar. Mire Vmd. es disculpable,
pues en verdad hay secretos

que deben adivinarse
y no decirse.
D. Ans. Señora,
¿fuí yo nunca nigromante?
Doñ. Adel. Ya, pero como se dice
á un hombre que.... no se canse
Vmd. por Dios, porque no
se lo diré aunque me maten.
D. Ans. ¿Os dió acaso mi sobrino
motivo de queja grave?
¡calla Vmd. y no responde!
¿le encontrais ménos amable?
¿baja Vmd. los bellos ojos?
quizá vuestro pecho amante
habrá encontrado otro objeto
mas digno, mas.... no me engañe
Vmd. querida Adelaida;
porque Vmd. misma no sabe,
si me dice la verdad,
lo que puede interesarle.
Doñ. Mar. Llora necia. *ap. á Doñ. Adel.*
Doñ. Adel. ¡Ay Vírgen mia! *llora.*
D. Ans. ¡Qué! ¿llora Vmd.?
Doñ. Mar. Toma, á mares.
Doñ. Adel. ¡Qué desgraciada nací!
D. Ans. No quisiera equivocarme
pero el amor.... el deseo....
este llanto.... aquellos ayes
su rubor.... la mala noche....
Doñ. Mar. Y todo desde ayer tarde.
D. Ans. ¿Esto es desde que llegué?
Doñ. Mar. Sí señor desde ese instante.

D. Ans. Bien sabe Dios....
Doñ. Mar. Pues amigo
ella no puede esplicarse
mas claro.
Doñ. Adel. Y si don Anselmo
sabe amar, debe evitarme
mayor confusion.
D. Ans. Si amada
Adela, fuera un vinagre,
un imbecil, si despues
de desmostraciones tales
no supiera á que atenerme,
y mi dicha no apreciase.
Pero ya se vé, esta dicha
á la verdad es tan grande,
tan inesperada, que
para imaginarla fácil,
es preciso que los labios
la confirmen, y la....
Doñ. Mar. Dale
bola, cuando una muchacha
calla en casos semejantes
es suficiente.
D. Ans. Con todo,
fuera harto mejor que hablase;
porque la que habla no deja
duda, y no debe quedarle
ninguna, á quien como yo
teme tanto equivocarse.
Vamos Adelaida, vamos
dígnese Vmd. confirmarme
mi felicidad.

Doñ. Adel. ¡Qué malo
es Vmd.!
D. Ans. ¡Y mis maldades
cuáles son!
Doñ. Adel. Pues ya que vmd.
se empeña en abochornarme
será fuerza que le diga
que desde que le ví.... ay madre
si Vmd. no ayuda, jamás
tendré valor.
Doñ. Mar. ¿Se persuade
Vmd. ya de que la niña
le quiere? ¿os queda un adarme
de duda?
D. Ans. Ahora no, mas siempre
confiese Vmd. que un amante
con peluca, hace muy bien
por si acaso, en no confiarse.
Yo la tengo á pesar mio,
y además (sin adularme)
tengo mis buenas arrugas,
y mis sendos alifafes,
y mi tos y mi ronquera,
y en fin lo que es inseparable
de la edad; pero tambien
lo que es harto repugnante
para el amor: así amiga
no se queje Vmd. ni estrañe
si yo....
Doñ. Mar. Y no dice Vmd. nada
de sus prendas relevantes,
de su mérito, esperiencia
y....

D. Ans. Sí, tengo bastante
esperiencia, no lo niego
pero ella misma es quien me hace
incrédulo pues se adquiere
á costa de Navidades.
Luego Dieguito es un jóven....

Doñ. Adel. Demasiado.

D. Ans. Es elegante....

Doñ. Adel. Un hombre es mucho mejor
para marido.

D. Ans. Tiene aire
cortesano....

Doñ. Adel. Si tendrá;
pero al cabo siempre es aire.

D. Ans. Versifica....

Doñ. Adel. No me gusta
andar tras los consonantes.

D. Ans. Baila....

Doñ. Adel. Talento pedestre.

D. Ans. Y en fin tiene habilidades
que juntas le constituyen
un rival muy formidable.

Doñ. Adel. Para Vmd. es bien pequeño.

D. Ans. Ojalá, mas olvidarme
no puedo, de que Vmd. misma
no lo halló tan despreciable
cuando....

Doñ. Adel. Si le admití fué
por obediencia á mis padres.

D. Ans. Con todo, Vmd. le alababa....

Doñ Adel. ¿Sintió Vmd. que le alabase?

D. Ans. Sentirlo no, pero nunca

á quien sabe amar, complacen
las agenas distinciones;
y esto no debe estrañarse,
porque el amor propio siempre
se ofende y....

Doñ. Adel. Basta, no pase
Vmd. cuidado que....

D. Ans. Pero....

Doñ. Adel. Ya verá Vmd. si se sabe
complacerle.

D. Ans. No os entiendo.

Doñ. Adel. Yo si entiendo á Vmd. y basta.

ESCENA IV.

D. Dieguito y dichos.

D. Dieg. Era tanta mi impaciencia,
señoras, de presentarme
á vmds. que yo no sé
como pude acicalarme
tan pronto; vaya, yo mismo
estoy admirado.

Doñ. Adel. Suave *á Don Ans.*
frescor, hermosa mañana,
amigo, para pasearse.

D. Ans. Mas nó muy segura, pues
el tiempo tira á variable.

D. Dieg. Figúrese Vmd. que vengo
casi, casi sin peinarme
porque, ¿quién diablos repara
en vísperas de casarse.

en un rizo mas ó ménos?

Doñ Adel. ¿Sería Vmd. de dictámen *á D. Ans.*
que diésemos cuatro vueltas
por el jardin?

D. Ans. Lo que mande
Vmd. querida Adelaida,
nunca puede disgustarme.

D. Dieg. ¡Qué es esto! ninguno vé
ni oye.

D. Adel. Pues entónces dadme *á D. Ans.*
vuestro brazo y vamos.

D. Ans. Vamos.

D. Dieg. ¡Ay que se van sin hablarme!
no, pues no piensen que yo
he de sufrir tal desaire;
tio, tio, señorita....

D. Ans. ¡Ola! ¿tú aquí?

D. Dieg. Toma si hace
dos horas que...

D. Ans. Mire Vmd. *A Doñ. Adel.*
que adornado, que elegante
se presenta...

Doñ. Adel. ¿Quién?

D Ans. Dieguito.

Doñ. Adel. Jesus señor, y que trage
tan rídiculo.

D. Dieg. Señora,
¡qué es lo que Vmd. habla!

D. Adel. Sastre
como el de Vmd. no se encuentra
aunque se busque en Getafe.

D. Dieg. Si es la última moda y...

Doñ. Adel. Vaya,
es preciosísimo el fraque;
con sus faldones de cola
á manera de faisanes,
sus botones de metal
avelonado, su talle
de doncellita opilada,
y en fin su cuello de abate,
pues y el pantalon... ¡qué corto!
¿Sirvió acaso á vuestro padre?
D. Dieg. Adelaida ¿está Vmd. loca,
ó quiere Vmd. sofocarme?
D. Adel. Vámonos pues, y dejemos *á D. Ans.*
á el señor con sus disfraces,
que solamente son buenos
para cuando llegue un baile
de máscara.
D. Dieg. Tan si quiera
permitid que os acompañe.
Doñ. Adel. No, que se levanta fresco,
y puede vmd. constiparse.
D. Ans. Quedate, quedate aquí,
y así podrás avisarme
cuando venga el escribano.
D. Dieg Deteneos un instante.
Doñ. Adel. ¿Para qué?
D. Dieg. Tengo unos versos
que pudieran recitarse
y....
Doñ. Adel. Pues yo no tengo tiempo
para escuchar vaciedades.

ESCENA V.

Don Dieguito y Doña María.

D. Dieg. ¡Sin duda yo estoy soñando!
Doñ. Mar. Hay sueños que son verdades.
D. Dieg ¿Y podeis señora mia
en este caso, explicarme
á quien debo yo el favor
de tan nuevas sequedades?
Doñ. Mar. Á Vmd. mismo.
D. Dieg. Muchas gracias.
Doñ. Mar. ¿Qué no pueden aguantarse
presuncion y vanidad
juntas en quien nada vale?

ESCENA VI.

Don Dieguito.

D. Dieg. Apostemos dos ochavos
á que si llego á enfadarme
á todos mando á pasear;
¡qué palabras! ¡qué modales!
¡qué sonrisa tan burlona!
y todo antes de casarme;
pues señor no sé que harán
cuando en efecto me case.

ESCENA VII.

Don Dieguito y Don Simplicio.

D. Simp. Válgame Dios si se habrá
agotado el chocolate.
D. Dieg. Ay Simplicio de mi vida
venga vmd. á consolarme.
D. Simp. Estoy de priesa amiguito.
D. Dieg. Todo el mundo se complace
en mi mal.
D. Simp. Cuando es ageno
suele ser muy agradable.
D. Dieg. Sepa Vmd. que mi Adelaida
me desprecia.
D. Simp. Disparate;
eso será disimulo.
D. Dieg. No señor que sus desaires
son bien claros.
D. Simp. Pues entónces
no debe Vmd. molestarse
en necias cabilaciones
D. Dieg. ¿Por qué?
D. Simp. Porque es indudable
que quien desaira no quiere.
D. Dieg. Lindo consuelo.
D. Simp. Apreciarle
debe Vmd. si por lo ménos
le desengaña.
D. Dieg. Qué diantre,
ni por política quiso

deteneerse ni escucharme
estos versos....
D. Simp. Con que... agur,
porque se vá haciendo tarde.
D. Dieg. Leedlos por vida mia.
D. Simp. No puedo, no.
D. Dieg. Vaya, acabe
Vmd. por Dios de tomarlos.
D. Simp. Es empeño formidable,
¿y para qué?
D. Dieg. Para ver
si son buenos.
D. Simp. ¿Qué donaire?
¿pues qué acaso pueden serlo?
D. Dieg. ¡ Que dice Vmd. !
D. Simp. Que no valen
sus versos de Vmd. un bledo.
D. Dieg. Y mi soneto.
D. Simp. Pasable
á duras penas.
D. Dieg. Y Vmd.
¿no lo encontraba admirable
ayer noche cuando ménos?
D. Simp Si por moneda contante
toma Vmd. cuanto le dicen
podrá al cabo equivocarse
en su cuenta, que quien no
sabe restar, nada sabe
D. Dieg. Eso es decirme....
D. Simp. Que Vmd.
es un pobre principiante
que si se aplica, podrá

con el tiempo señalarse
y ser algo, pero que ahora
es solo....

D. Dieg. ¿Qué?

D. Simp. Un badulaque.

ESCENA VIII.

Don Dieguito.

D. Dieg. ¡Habrá tamaña insolencia!
y este es mi amigo... pedante,
pícaro, desvergonzado,
ya te diré ... pero tate
¿y si dice la verdad
por qué debo de enfadarme?
Vamos, no hay remedio, es fuerza
que á todos juntos les cante
la palinodia, y que sepa
como yerno y como amante
á lo que debo atenerme,
pues no es justo que se paguen
ántes de casarse deudas
que despues se satisfacen.

DON DIEGUITO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Don Anselmo, Doña María y Doña Adelaida.

D. Ans. Lo dicho dicho señoras;
perdonadme si soy franco,
y molesto y machacon,
mas no puedo remediarlo.
Doñ. Mar. Vaya por Dios Don Anselmo,
esplíquese Vmd.
D. Ans. Mas claro
no puedo hablar, con que así
ó herrar ó quitar el banco.
Doñ. Mar. ¿Pero qué banco?
D. Ans. Señora,
yo nací muy desconfiado
os lo dije en el jardin
y lo digo en este cuarto.
Añada Vmd. que me veo
sumamente enamorado,
que quien ama tiene celos,
y quien recela es un sandio
sino busca su remedio
en un grato desengaño.

Doñ. Mar. Todo eso está muy bien dicho;
pero es cuando son fundados,
cuando hay motivo. Mi Cleto
vervigracia hace diez años
tuvo celos y fluxion
á los ojos; pero vamos
¿y por qué fué? porque un tal
Don Marquitos de Abendaño
me miró catorce veces
seguidas; cinco en el prado,
y nueve en el jubileo,
ya ve Vmd. que su quebranto
aunque sin culpa de nadie
por fin se fundaba en algo,
mas en el caso de Vmd....

D. Ans. Mi caso no es tan estraño
como á Vmd. se le figura,
porque al cabo si Don Marcos
estando fuera de casa
os miró y remiró tanto,
¿que no hará mi sobrinito
decidme, cuando esté al lado
todo el dia de Adelaida?

Doñ. Adel. Si hubiere Vmd. reparado
de que modo maltraté
á Don Dieguito hace un cuarto
de hora, no fuera tan grave
entónces vuestro cuidado.

D. Ans. Convengo en que Vmd. le puso
como un trapo; pero el trato,
la costumbre y... vaya vaya,
es preciso no engañarnos;

donde se encuentran cenizas
hubo fuego.
Doñ. Mar. En este caso
Vmd. no se tranquiliza
ni desengaña entretanto
que vuestro sobrino viva
en casa.
D. Ans. Disimularlo
no puedo.
Doñ. Mar. Y siendo don Diego
un pariente tan cercano
de Vmd. ¿ cómo se le pone
en la calle?
Doñ. Adel. No lo alcanzo.
D. Ans. Yo no digo ni aconsejo
tal cosa; Vmds. son harto
prudentes y en este asunto
harán lo mas acertado
sin duda, pero el tiempo urge,
y si llega el escribano
y Vmds. no se deciden
les aseguro y declaro
que no puedo responder
de cual será el resultado.
Doñ. Mar. Pero Don Anselmo....
Doñ. Adel. Pero
señor don Anselmo....
D. Ans. En vano
se cansan Vmds. hoy,
ó se firman los contratos
con Dieguito ó se le quita
toda esperanza; pensadlo

y obrad en su consecuencia:
una hora teneis de plazo;
aprovechadla, que yo
por si van mal dadas, marcho
á ponerme la peluca
y los botines de paño.

ESCENA II.

Doña Adelaida y Doña María.

Doñ. Adel. ¿Sabe vmd. qué es gran apuro?
D. Mar. No lo es si reflexionamos
que por mas que lo evitemos
ello al fin tarde ó temprano
hemos de reñir de veras
con don Dieguito, que el chasco
no es para ménos.
Doñ. Adel. Es cierto,
¿pero quien tiene el descaro
de decirle que se vaya?
Doñ. Mar. Tú.
Doñ. Adel. ¡Yo!
Doñ. Mar. Sí, porque en los labios
de una muger que se quiere
todo está bien.
Doñ. Adel. Convengamos
en que lo que sienta mal
nunca se oye con agrado.
Doñ. Mar. Con todo hay gran diferencia,
pues al cabo si á un estraño
se le dice que es un necio,

un menguado, un mentecato,
quien sabe lo que éste suele
respondernos y llamarnos;
pero un amante... no hay miedo,
bien puedes cargar la mano
y decirle y aun hacerle
lo que quieras, porque al cabo
él solo te ha de llamar
ingrata y sales del paso.
Doñ. Adel. Tambien coqueta y....
Doñ. Mar. Tambien;
pero esta gente en estando
enfadada, cuanto dice
tiene igual significado.

ESCENA III.

Don Cleto y dichas.

D. Cleto. Mirad que viene Don Diego.
Doñ. Mar. Mejor.
D. Cleto. Le estuve observando
en el jardin, y á lo léjos
le he seguido por gran rato.
Si vierais como miraba
al cielo y luego las manos
cruzaba y despues tosía
y estornudaba y....
Doñ. Mar. San Franco
de Sena le valga, que eso
es estar desesperado.
D. Cleto. Cuando digo que....

ESCENA IV.

Don Simplicio y dichos.

D. Simp. Señoras,
don Dieguito....
Doñ. Adel. ¡Ay cielo santo!
D. Simp. Que viene ya....
Doñ. Adel. ¿Pues en donde
le dejó Vmd.?
D. Simp. En el patio
de los naranjos.
Doñ. Adel. Permita
Dios que se vuelva naranjo.
¿Y qué hacemos? *á Doña María.*
Doñ. Mar. Oyes chica,
si tú te aturdes, lo echamos
todo á perder. Es preciso
que calmes tu sobresalto,
y le esperes á pie firme.
Doñ. Adel. Con que he de ser.....
D. Clet. Concluyamos,
que alguien sube la escalera
y no sea que.....
Doñ. Mar. Retirados
nosotros, te observaremos
y saldremos en tu amparo
cuando llegue la ocasion.
Vamos Cleto.
D. Clet. Vamos.
D. Simp. Vamos.

Doñ. Adel. Eso es dejarme en las astas
del toro.
Doñ. Mar. No, te dejamos
con quien ayer fue tu novio,
y hoy es solo tu contrario.

ESCENA V.

Doña Adelaida.

Doñ. Adel. Él es, ¡y qué cara trae
el pobre de renegado!
vaya que estará furioso,
pero no me da cuidado
que yo le cortaré á tiempo
el revesino.

ESCENA VI.

Don Dieguito y Doña Adelaida.

D. Dieg. Rabiando
de celos....
Doñ. Adel. Jesus, don Diego;
no hable Vmd. por Dios tan alto
porque tengo una jaqueca
que ya, ya....
D. Dieg. Buenos estamos
para andarnos en jaquecas.
Doñ Adel Nada os cuesta hablarme piano,
D. Dieg Qué piano ni qué guitarra.
Doñ. Adel. Toda mi vida he odiado

las voces, y... mire Vmd.
tuve por novio un muchacho
(catalan era por cierto)
jóven, rico y bien plantado,
á quien desprecié, porque
me requebraba gritando.

D. Dieg. Señorita, yo no vengo
ahora con requiebros.

Doñ. Adel. Bajo
don Diego.

D. Dieg. Por vida de....

Doñ. Adel. Mas bajo ó sino me marcho.

D. Dieg. Vamos, bajaré la voz.

Doñ. Adel. ¿No ve Vmd. cual es mi estado?
si apénas tengo valor
ni para mover los labios.

D. Dieg. Digo que no gritaré.

Doñ. Adel. Veamoslo pues.

D. Dieg. He notado
Adela.... ¿va bien así?

Doñ. Adel. No va muy mal.

D. Dieg. Vuestro estraño
proceder....

Doñ. Adel. No apoye Vmd.
en la final del vocablo
porque el tímpano padece.

D. Dieg Y....

Doñ. Adel. ¡Ay Dios como me ha estropeado
esa conjuncion malvada!

D. Dieg. Carguen con Vmd. los diablos
y con la tal conjuncion,
con el novio, con el piano

y conmigo, pues que tuve...
paciencia para aguantaros.
Doñ. Adel. ¡Cómo, cómo! Vmd. ignora
sin duda de que está hablando
con Doña Adelaida Perez,
Fernandez, Rodriguez, Castro,
Mendoza....
D. Dieg. Pero si....
Doñ. Adel. Almarza,
Blanco, Rojo, Nieto y Calvo....
D. Dieg. Señorita....
Doñ. Adel. Valladares
y Lainez. ¿Ha olvidado
Vmd. las prerogativas
que en todo tiempo gozaron
las mugeres de mi clase?
¿sabe Vmd. cuan escudados
están todos sus caprichos
en su sexo, en sus encantos?
D. Dieg. Adelaida....
Doñ. Adel. Sois un necio.
D. Dieg. Mil gracias.
Doñ. Adel. Un mentecato.
D. Dieg. Tambien esa.
Doñ. Adel. Un ignorante,
un grosero, un desalmado
un hombre, en fin, y con eso
digo todo lo que callo.
D. Dieg. Pues no es mucho lo que calla
Vmd.
Doñ Adel. Cada vez me aplaudo
mas y mas del juramento

que hice ántes de abandónaros.
D. Dieg. Mire Vmd. qúe fué de amarme.
Doñ. Adel. Está Vmd. equivocado
eso fué anoche, mas hoy
ha sido solo de odiaros.
D. Dieg. Mal haya tanto jurar. *ap.*
Doñ. Adel. Y sino fuera mirando
mi jaqueca y que no puedo
hablar casi....
D. Dieg. Sin embargo *ap.*
lo disimula bastante.
Doñ. Adel. Os diria que.... mas ay santos
cielos.... mi pobre cabeza
se desploma.... yo me abraso
de calor... jesus.... jesus
de esta hecha sí que no escapo.

ESCENA VII.

Don Cleto, Doña María, Don Simplicio y dichos.

D. Simp. ¿Qué es esto?
D Clet. ¿Qué te sucede?
Doñ. Mar. ¿Por qué das voces?
D. Clet. Temblando
está como una azogada.
Doñ. Mar. Dinos pronto qué te ha dado.
Doñ. Adel. ¡Ay señora! ¡ay padre mio!
este hombre me ha asesinado.
Doñ. Mar. Justicia de Dios, justicia.
D. Dieg. Calle Vmd. por san Pancracio,

no pase, lo oiga y lo crea
algun alcalde de barrio.
D. Cleto. ¿Te ha insultado?
Doñ. Adel. Si señor.
D. Dieg. No tal, yo no la he insultado;
ella fué quien....
D. Cleto. Hombre vil,
¿y Vmd. se atreve á negarlo?
salid pronto de mi casa.
D. Dieg. Señor don Cleto, despacio,
mire Vmd. que yo no sufro
de ningun hombre....
Doñ. Mar. ¡A mi amado
esposo así se amenaza!
idos de aquí.
D. Dieg. No amenazo;
pero si se desvergüenza
conmigo le descalabro.
Doñ. Adel. ¡Descalabrar á mi padre!
Doñ. Mar. ¡A un Perez!
D. Simp. ¡A un abogado!
Doñ Mar. ¡Qué insolencia!
D. Simp. ¡Qué delirio!
Doñ. Adel. De mi vista id desterrado.
Doñ. Mar. Fuera, fuera de mi casa.
D. Dieg. Pero....
D. Cleto Fuera.
D. Dieg. Si....
D. Simp. Marchaos.
D. Dieg. No sé lo que por mí pasa.

ESCENA VIII.

Dichos y Simon.

Simon. Señorito ya ha llegado...
Doñ. Mar. Y ya era tiempo á fé mia.
D. Dieg. Oyes, dile al escribano
de mi parte, que se vuelva
por donde vino.
Doñ. Mar. Desbarro
igual no lo vi jamás;
¿y por que?
D. Dieg. Yo te lo mando;
anda, marcha.
D. Mar. Nada de eso,
yo te mando lo contrario;
que se quede, que se quede.
D. Adel. ¿Y no os parece acertado *á Doñ. Mar.*
que al pobre se le entretenga
con dos magritas y un trago
para que no se fastidie?
D. Mar. Sí, sí que almuerce el Notario,
que cuando se está en ayunas,
sienta mal cualquier contrato.
D. Dieg. Á ver como no le dán
Vmds. todo el marrano;
que me importa, lo que yo
os digo es que no me caso.
D.Adel. ¿Y quién dice...
D. Dieg. Nada, nada,
no me caso.

Doñ. Mar. Estais soñando,
¿ y quién se quiere casar
con Vmd. ?
D. Simp. Ninguno.
D. Dieg. Vamos
que con alguna intencion
se detiene al secretario.
Doñ. Adel. Hombre necio, pues que no
mereceis otro dictado,
¿ cómo imaginais siquiera
que quien os ha despreciado
como yo os desprecio, puede
solicitar vuestra mano ?
D. Dieg. Pues ayer....
D. Adel. Ayer fingí,
obediente á los mandatos
de mis padres, que os amaba,
y no estando preocupado
mi corazon de otro objeto
se prestó sin embarazo
á una ficcion que podia
proporcionarme un estado
ventajoso, una salida....
Doñ. Mar. Porque amigo vamos claros;
los padres quieren salir
de las hijas y....
D. Dieg. Canasto
con que solo por salir
de la ganga...
Doñ. Adel. Lisongeando
vuestro amor propio, sufriendo
vuestro caprichoso trato,

adulando vuestros gustos,
mintiendo, disimulando
se consiguió fácilmente
el proyecto deseado;
pero ya no nos conviene,
amiguito, y por lo tanto
sepa Vmd. que ayer como hoy
no ha sido Vmd. sino el blanco
rídiculo, del afecto
menos desinteresado.

D. Dieg. ¿Con qué todo fue mentira?
Doñ. Adel. Todo.
D. Dieg. ¿Y mi talle? ¿Y mi garbo?
Doñ. Adel. El espejo os lo dirá.
D. Dieg. ¿Y mi gracia?
Doñ. Mar. Se ha eclipsado
con la herencia.
D. Dieg. ¿Y mi talento?
D. Simp. Fué de la amistad regalo
generoso, don gratuito.
D. Dieg. ¡Qué esto escucho y no me mato!
¿y entónces porque se queda
el Notario?
Doñ. Mar. Es un arcano
que pronto...
Simon. ¡Pero señores
están Vmds. borrachos;
¿qué notario es ese? ¿quién
ha sido el que lo ha buscado?
D. Dieg. ¡Cómo! pues no fuistes tu...
Simon. No señor, ni imaginarlo.
D. Dieg. Pícaro ¿y dejas hablar

sobre un supuesto tan falso
dos horas?

Simon. ¿Y Vmds. á mí
por si acaso, me han dejado
meter baza?

Doñ. Mar. ¿Pero quién es
el que espera?

Simon. El maragato
con quien vino don Anselmo.

Doñ. Ans. Pues dí no te dijo tu amo
que avisases...

Simon. Si señora,
me lo dijo en este cuarto;
pero en el suyo me dió
contra órden.

D. Cleto. ¿Y qué diablos
tenemos ahora que ver
nosotros con el malvado
maragato?

Simon. ¡Qué se yo!
mi amo quiso...

D. Dieg. ¿Es el tio Pablo?

Simon. Si señor.

D. Dieg. ¿Y se vá pronto?

Simon. Toma esta tarde á las cuatro.

D. Dieg. Me alegro como soy Diego,
porque á las cuatro me largo
á Santander.

Doñ. Adel. Hará Vmd.
divinamente.

Doñ. Mar. No acabo
de comprender la razon

porque don Anselmo ha dado
esá contra órden.
D. Cleto Ni yo.
Doñ. Adel. Ya la sabremos, salgamos
ahora de don Diego, y luego...
D. Dieg. Por salido.

ESCENA IX.

Don Anselmo y dichos.

D. Ans. ¡Qué fracaso!
Doñ. Mar. ¡Otro susto!
D. Ans. ¡Qué desdicha!
¡Qué golpe tan impensado!
Doñ. Mar. Pero hombre...
D. Ans. Frustrarse así
mis esperanzas, conatos,
y deseos, tener ahora
á pesar de mi cansancio
que emprender otro viage,
y vuelta á los malos pasos,
y á las mesoneras puercas
y al arroz y al bacalado,
y á las chinches... vaya es cosa
de darse un pistoletazo.
Doñ. Adel. D. Anselmo de mi vida,
¿Qué dice Vmd.?
Doñ Mar. Explicaos.
D. Cleto. Sin duda algun contratiempo.
D. Ans. Si señor, marcha volando, *á Simon.*
y llevate las maletas
al meson.

Doñ. Mar. ¡Al meson!
D. Dieg. Bravo.
D. Ans. Sí mi señora: al meson *á Doñ. Mar.*
de los huevos. Ten cuidado *á Simon.*
con las alforjas; que vayan,
ya que en cuaresma no estamos,
bien provistas...
Doñ. Adel. Luego Vmd....
D. Ans. Compra tocino, garbanzos
chocolate, salchichon *á Simon.*
y en fin todo, porque alcabo
no hemos de encontrar ni al piste
en pasando del portazgo.
Doñ. Mar. Por la inmaculada Vírgen...
D. Ans. Y no te dejes el saco *á Simon.*
de la ropa sucia.
Simon. Bien;
pero despues que dejado
quede todo en el meson,
¿he de volver á buscaros?
D. Ans. No por cierto, que yo iré
sin perderme, preguntando.
Simon. Pues por mí no ha de quedar.
D. Ans. Oyes, que te ayude Pablo.

ESCENA X.

Los dichos ménos Simon.

Doñ. Mar. Segun eso ¿Vmd. se vá?
D. Ans. Ahora mismo.
Doñ. Mar. ¿Pero acaso

urge tanto ese viage?

D. Ans. Ay señoras, urge tanto
que un minuto, un solo instante
me pierde, desperdiciado.

D. Cleto. ¿Ireis entónces en posta?

D. Ans. Me voy con el maragato
que es la posta de mi tierra.

Doñ. Mar. ¿Y el proyecto concertado?

Doñ. Adel. ¿Y mi boda?

D. Ans. Impracticable.

Doñ. Mar. ¡Cómo!

D. Ans. Si estoy arruinado.

Doñ. Adel. ¡Arruinado!

D. Ans. Si señora.

Doñ. Mar. ¡Tan pronto!

D. Ans. Un cálculo falso...
Un error... que quiere Vmd....
Yo no puedo remediarlo
mi corresponsal...

D. Cleto. ¿Quebró?
¿deja concurso?

D. Ans. No.

D. Cleto. Malo.

Doñ. Mar. ¿Se fugó?

Doñ. Adel. ¿Murió?

D. Simp. ¿Cegó?

D. Ans. Tampoco, pero me ha dado
una terrible noticia;
sepan Vmds. que un barco
que esperaba de mi cuenta
desde Veracruz cargado
de Soconusco, llegó

¡oh qué desgracia! averiado,
y solo con Guayaquil
á Santander es un chasco...
Figúrese Vmd. don Cleto,
de Guayaquil.
D. Cleto. Desgraciado
suceso, mas me parece
que no es tan desesperado
porque....
D. Ans. Ay amigo, se conoce
que no entendeis de cacao.
D. Cleto. Tomo siempre el que me envia
Torroba y...
D. Ans. Vaya, es petardo
sin ejemplo; pero yo
pondré remedio; me marcho
esta tarde, llego el lunes,
y entónces...
Doñ. Adel. ¿Será muy largo
este asunto?
D. Ans. Largo no,
¿qué puede tardar? ¿dos años?
cuanto escribo á Veracruz,
me responden, y si acaso
no convenimos, se vuelve
á escribir, y contextado
que sea, se pone el pleito
y despues...
Doñ. Adel. Nunca me caso,
ya está visto.
D. Ans. Ese maldito
contratiempo ha trastornado

todos mis proyectos, pero
Dieguito está enamorado
de Vmd., y asi cumplirá
por mí.

D. Dieg. ¡Yo!
D. Ans. ¿Por qué no?
D. Dieg. Vamos
¿Vmd. se burla de mí?
D. Ans. Adelaida te ha estimado
siempre, su padre te adora,
su madre te aprecia tanto;
y Simplicio...
D. Dieg. ¿Quiere Vmd.
que veamos si tengo macho
que me lleve?
D. Ans. Pues ¿te vienes
conmigo?
D. Dieg. Sí tio, y no paro
de correr, hasta que llegue
á Santander.
Doñ. Adel. Pero amado
don Dieguito...
Doñ. Mar. Yerno mio...
D. Cleto. Señor...
D. Simp. Amigo estimado...
D. Dieg. No hay que cansarse, porque
ya conozco lo que valgo
y lo que valen Vmds.:
mi partido está tomado;
á la montaña me vuelvo;
no mas ciudad, no mas vanos
cumplimientos ni lisonjas,

no mas amor cortesano;
una pasiega rolliza
que me estime y me hable claro,
una muger que se case
conmigo y no con el gato
de don Anselmo, una buena
madre de mis hijos, trato
de buscar cuando la encuentre
mi corazon, y mi mano
la daré del mismo modo
que alegre y desengañado,
agradezco á Vmds. todos
la leccion con que me honraron. *Vase.*

Doñ. Adel. ¡Que insulto!

Doñ. Mar. ¡Que picardía!

D. Ans. Ya ve Vmd. es el muchacho
tan vivo que... pero yo
le diré lo que hace al caso,
y cuando os escriba, pienso
que... con que amigos pasadlo
bien. Pobre gente y que pieza *ap.*
tan fiera les he jugado.

ESCENA XI Y ULTIMA.

Dichos menos don Anselmo y don Dieg.

Doñ. Mar. Esperad... No hay duda que
con lucimiento quedamos.

D. Cleto. ¿Y cuya es la culpa?

Doñ. Mar. Toma,
¿de quien ha de ser? del barco

que en lugar de Soconusco
trajo Guayaquil.

Doñ. Adel. ¡Malvado
Guayaquil! pero prometo
aunque padezca de flato,
no tomar mas chocolate
en mi vida.

D. Cleto. No lo aplaudo
ni apruebo, porque nosotros
debiéramos tomar cuatro
gícaras cada mañana
y aun era poco.

Doñ. Mar. No alcanzo
la razon.

D. Cleto. Para memoria
de su burla y nuestro chasco,
y no te enfades María,
pues este es el resultado
mejor, que tienen las bodas
que el interes forma, y...

Doñ. Mar. ¡Bravo!
eso solo nos faltaba:
la moraleja.

D. Simp. Es muy sano
acudir á la moral y
cuando nos vemos chasqueados:
ella nos dice...

Doñ. Mar. Que Vmd.
como amigo doble y falso,
de todo ha sido la causa,
con sus consejos malvados.

D. Simp. Sí dice, pero tambien

añade que no es estraño
se encuentren tales amigos
en la casa donde el amo
apetece solamente
adulaciones y aplausos:
si don Cleto menos debil
no os hubiera abandonado
el gobierno de su casa,
si Vmd. en el grave caso
de establecer á su hija,
hubiera antes consultado
su corazon, si Adelaida
tuviera un carácter franco,
y un pecho sensible, entónces
ni se hubieran engañado
Vmds. ni mis consejos
fueran tan interesados.
Doñ. Mar. Es verdad pero...
D. Simp. No amiga,
confesemos sin reparo
nuestro error y plegue á el cielo
que tan solemne petardo,
nos sirva en lo sucesivo
para proceder mas cautos.

FIN.

En dicha librería de Gonzalez calle de Atocha, frente la casa de Gremios, se hallan las comedias siguientes.

Indulgencia para todos.
El tal para cual, ó las mugeres y los hombres.
Las Costumbres de antaño.
El Caballero, ó sea el Expósito ilustre.
La Cabeza de bronce, ó el desertòr húngaro.
El Hombre gris, ó el ceniciento.
Abelino ó el gran Vandido, tragedia.
Aviso á los casados.
Los Amantes desgraciados, ó el Conde de Comin
La Huer, ó lo que son los parientes.
Todos ha castillos en el aire.
Roma libre, tragedia.
La Muerte de Abel, tragedia.
Nino II, tragedia.
El Pelayo, tragedia.
El Orestes, tragedia.
El Oscar hijo de Osian, tragedia.
Cecilia y I an.
El Viajante desconocido.
Blanca y Moncasin, ó los Venecianos, tragedia.
El Calavera.
Citas debajo del olmo.
La Condesa de Castilla, tragedia.
El Contrato Anulado.
El Delincuente Honrado.

El Delirio ó las consecuencias de un vicio, ópera.
Don Sancho García Conde de Castilla, tragedia.
El Duque de Viseo.
Eduardo en Escocia ó la terrible noche de un proscripto.
La Escuela de la Amistad ó el filósofo enamorado.
El Español y la francesa.
Estátira ó los Zelos de Rojana, tragedia.
Idomeneo, tragedia.
El Imperio de la verdad ó el sepulterero.
El Imperio de las costumbres, ó la viuda de Malaba.
El Jóven de sesenta años.
Lo cierto por lo dudoso ó la m[illegible] firme.
Mardoqueo, tragedia.
Marica la del Puchero.
Matilde de Orlein.
El Médico á Palos.
La Misantropía desvanecida.
Mis Clara Arlove.
La Moza de Cántaro.
Numancia destruida, tragedia.
El Opresor de su familia.
El Padre de familias.
El Pluto.
La Posada ó el Calavera escarmentado.
La Reconciliacion ó los dos hermanos.
El Reconciliador.
La toma de Ay por Josuet, drama sacro.

